

68-1555



61

FELIPE BUENDIA

LA SETIMA SECCION

COLECCION LA PERLA

COLECCION LA PERLA

La edición de este libro estuvo al cuidado del autor.

Este primer volumen de **La Colección La Perla** es un homenaje a la memoria de **José Luis Castro De Los Ríos**, de la Promoción Fundadores del Colegio Militar Leoncio Prado, muerto en la India el 27 de Diciembre de 1963

1104772

COLECCION LA PERLA

“El mar lejano, Las montañas
lejanas, Los seres lejanos...”

NOVALIS

Lima - Perú

A LOS LECTORES DE ESTE LIBRO

No hay libro que no fuerce a una apologética, o lleve un comentario de astuta introducción. El primer volumen de esta empresa editorial ha apuntado su fé en un escritor cuyos innegables méritos literarios le han consagrado ya un lugar en las letras peruanas.

FELIPE BUENDIA ha desparramado su obra en diarios y revistas llegando al público con escepticismo simpático en algunos casos, con fervor en limitados sectores y encerrado en "pintoresquismo" para usar una frase del propio autor de esta novela autobiográfica, en otros.

Con esta obra el público tendrá oportunidad de enterarse de su intrepidez conceptual, de su valor axiológico aunado a un dominio del lenguaje excepcional, y de sus innegables condiciones narrativas.

BUENDIA, se inició a los 17 años con una pieza de teatro y a los 22 estrenó en la AAA su fábula dramática FAUSTO dirigida y protagonizada por el propio autor. Luego va a Europa a estudiar cine y deambula por París donde escribe FIEBRE, novela ganadora de un premio nacional. Luego, se suceden en la vida de este escritor apasionado, viajes, fundaciones de "troupes" de teatro y el público empieza a conocerlo por sus narraciones fantásticas en los suplementos dominicales de los diarios, especialmente de "El Comercio". Más tarde obtiene varios premios teatrales. La puesta en escena de ellos conlleva más de una censura. La angustia de esta sórdida inaceptación hace viajar continuamente al poeta y lo obliga a buscar salidas en todas las artes y disciplinas intelectuales probando así su protéica personalidad, pero, sacrificando su imaginación novelística (CUENTOS DE LABORATORIO) a la que ya en plena madurez empieza a abocarse.

BUENDIA, es sin duda un escritor discutido, ha sido obviado por muchos sectores, ignorado concientemente por otros, pero, nadie ha sido capaz de negarle la honestidad insobornable de su pluma, ni que posee la vida y la imaginación más raudalosa en fantasía de los últimos tiempos.

LOS EDITORES

N.E. Esta novela forma parte de una trilogía cuyos dos segundos títulos son: "SUBORDINACION Y CONSTANCIA" Y "VIVA EL PERU"

INDICE

<u>TITULOS</u>	<u>Pags.</u>
EL PRESIDENTE LEGUIA	11
EN LA PELUQUERIA	16
LA TIA CONSTANZA	19
LA TIA AGNES	22
EL BARCO DEL TIO PEDRO	26
EL MILAGRO	28
EL TARRO DE AVENA	29
ZAVALA.	31
COMO MURIO EL CARPINTERIO MELO	34
PAPA GARMENDIA	37
EN EL JARDIN DE UN TEMPLO CHINO	40
EL CLAVO, EL DISCURSO, LA MISION	42
EL COLEGIO MILITAR	44
LO QUE SUCEDIO CUANDO LLEGO EL PIANO	47
“EL TENIENTE KEDENSKY”	53
“EL TENIENTE RANGAL”	57
HIROSHIMA Y NAGASAKY	62
LA MUJER DEL PUERTO	64
EL MAYOR CHILONIDES	68
LA SETIMA SECCION	73
MOSQUITO	82
EL CAPITAN BARANDUN	85
LOS OCHO MARINEROS	96
LA VISITA DE ARTEAGA	98
EL CAPITAN OLIVEIRA	100
EN EL “ATELIER”	107
LA RAMERA Y LA BESTIA	108
LOS NIÑOS DEL PARAISO	114
LA FLOR AZUL	118
LAS PALTAS DE SFORZA	121
LA LLEGADA DEL MINISTRO DE GUERRA	126
LA MUERTE DE PEPE	128
EL SARGENTO BIBLIOTECARIO	134
VEINTE AÑOS DESPUES	140
EL HOMBRE DE LA CABEZA LADEADA	142
ELEGIAS A LA MUERTE DEL TÑTE. RANGAL.	144
CANTO A LOS DE LA SETIMA SECCION	147

CAPITULO I

EL PRESIDENTE LEGUIA

Para los que no saben: Los inviernos de Lima son de parafina que envuelve a la ciudad en perla concavidad acuosa. Los inviernos de Lima aprietan el corazón y demudan los oídos. No son inviernos ortodoxos sino odoríferas estancias, en las que se está como dentro de un acuario. Son inviernos grises posesos de una acústica desafinada, como si una orquesta irreal ensayara detrás de la cortina de grimosa espectación.

Los inviernos de Lima están hechos de tranvías chirriantes (1). De cúpulas africanas. De mirones desangrados. De vidrios apabullados. De railes bruñidos. De cielo apelmazado cuando llovizna, y de techos infinitamente orinados por gátos y por locos.

Los inviernos de Lima no se parecen a ninguno, por la sencilla razón de que están entre el cielo y la tierra y participan de los extraños poderes atmosféricos que procuran una ionización demoníaca, exultadora de vergonzosos acnés, de blanda esquizofrenia, de rumores inextrincables.

Los inviernos de Lima no anteceden a la primavera ni proceden del otoño. Vienen de un oscuro piélago donde se fraguan estaciones mandadas a hacer a la medida por dioses en estado de iniquidad.

Los inviernos de Lima tienen una edad islámica, pero al mismo tiempo se presentan como una virgen rediviva. Parece que si no llegara el invierno a Lima, no rodaría el mundo. El sol no lo importuna, coloidal, asoma fosforecente y pálido detrás de las estepas siderales cargadas de agua; y todo es un cierzo friolento que corre libre en la gloria tímida del romadizo...

(1) Escrito antes de la desaparición de los tranvías. Es explicable la descripción de Lima, hoy transformada por el progreso urbano. N. del E.

Los inviernos de Lima aspergian una neblina ácida en las mañanas y encapotan con su niebla significativa las noches desoladas. Si bien este invierno tiene alma de poeta léutico, esta asimismo mudo de mordiente vitriolo que devora los nervios... Y mora en las terrazas de barro, y en los zaguanes diamantinos, en las foscas escaleras de tuberculosa demografía. No sólo se entroniza en las iglesias morunas y revoca el aspecto de todo con sus manos ausentes, de garúa, también levanta el sexo, opulenta la sensualidad, hace deseable la vida a su manera; y abre un apetito distinto a cada poro de la piel propicia, y en cada sentido funda cada año una nueva ilusión.

Las gentes circulaban tardías por las calles pulimentadas, llenas de plomo; gentes perfectamente horizontales con relación a las edificaciones balconudas cual galeones españoles, balcones pintados hirvientemente, de madera mordida por alarifes.

Las iglesias hedían a zahumerio, vidriadas con toscos cristalones color burdeos y culo de botella.

Los tranvías, ruinas gualdas, rechinaban coronados de basura, que arrojaban los duendes desde los techos, y así andaban rolando como animales cargados de fantasía; cual el río, amarillento miaus de gato lamedor del pétreo puente.

Mil iglesitas de barro florecían doquier. Iglesitas para enanos, para gatos, para buitres, para viejas momificadas, para sordomudos, para mendigos oxidados, para grandes señores falsificados, para esquizofrénicos candidatos a la Presidencia de la República, para ladronzuelos repudiados por la nobleza de la ira, para señoritas de lascivia encerrada, para místicos de segunda mano, para todos y para nadie

El Palacio de Pizarro solía abrirse cada 28 de Julio desbordando pretorianos chapados de bronce y charreteras sanguinolentas, con yelmos refulgentes, enristradas las foscas lanzas. Los coraceros de negro y oro, jinetes en corceles de cartón escoltaban a la carroza del Presidente, mostachudo... Salían también los dignatarios, feos, enanos, llenos de cintarajos y espadines.

Comencé a distinguir entre brumas a los gatos, las ratas imperiales, mi casona agusanada de espejos delirantes. A los duendes y pulgas, dioses tutelares de la ciudad. Mi casa era un castillo pleno de molduras, pasadizos piramidales, rejas forjadas, balcones ópimos, entablados endebles. Los muebles tocaban el techo y macetas sosas, en las que habitaban geranios y helechos errabundos, corrían por los patios abandonados. Había también pajarrillos tristes encarcelados en sus jaulas de alambre. Perros mañaneros que se convertían en tapadizos caballeros de la noche. Perros huéspedes procedentes de mil cruzadas razas al igual que los amos, ah, y temblores, temblores de tierra anidados en todos los rincones.

Desde mi balcón se avistaba la calle tersa, transitada por aúa-aúas Fords, Plymouths, Hispano-Suizos, etc., Carretillas de maniceros que en las duras noches exhalaban por sus escapes de vapor un pito lóbrego, cual locomotora ortopédica. ¡Y el cielo!... Un cielo surcado eternamente, eternamente, por los buitres peregrinos, pomposos, de negros chaqués, de arrugados cuellos, ávidos y macabros buitres... buitres... buitres...

Viejas de oriental mantón negro, gastaban las aceras con sus zapatones que encarcelaban juanetes descomunales. Pilluelos asomaban por los despanzurramientos.

Policías contrahechos vacilaban en las esqui-

nas, y borrachines entres los que se encontraban mis tíos Pedro y Tomás, eran los testafierros de las cantinas de chinos y japoneses fruncidos, inmutables. Las carbonerías se desmoronaban. Las panaderías se quemaban. Heladeros con sus cornetines tocaban a la carga. Y los turroneiros operaban sobre la miel, rivales de los melcocheros que se envolvían en sus mundos de masa enlozada. Los melcocheros morirían algún día bajo los tentáculos de melaza. En cambio sobrevivirían los turroneiros, ventrudos, casi reyes. ¡Ah y los afiladores italianos que tañían su flauta de pan reclamando al atardecer con su tañido cromático... desbaratando los pólipos de las tinieblas!... Se pegaban al véspero como sombras hasta desaparecer... Y las cúpulas miliunanochescas, los panzudos ábsides, todo iluminado pobrememente como un cuento de calleja.

Frente a mi casa estaba el Teatro Forero. El Presidente Leguía solía venir en coche negro, inmenso, reluciente, con agoreros palafreneros de anteojeras y guantes de gran manga, empolainados, que presurosos abrían la portezuela al enanito de elevado chistera, cruzada el alba pechera con una franja de seda rojiblanca cual un pajarito herido...

En tales ocasiones el "hall" del teatro se llenaba de espuelas, cascos empenachados, viejas enjoyadas, encorsetadas beldades y "fracs" postizos. Amenazadores y asustados guardias corrían de un lado a otro. Los coraceros atronaban las baldosas. Yo miraba desde mi balcón aquel mundo miniaturesco pero sólido. Aquel viejito había reynado once años detrás de sus inampuestos crueles. Una noche el viejecito pechirrojo no vino más. No hubo más coche inmenso y negro, ni terribles palafreneros. Dijeron que había muerto. Preso. A balazos. No entendía bien. Que un militar mestizo lo había matado de pena. Cierta noche el Forero volvió a in-

cendiarse de luces. Un cholo uniformado descendió del "Rolls-Royce". Este llevaba el pecho constelado de medallas que dinamaban reflejos. Sus ojuelos eran perversos, llenos de pasión ladina. El pantalón orlado de bandas de la Infantería. Amenazadoras bandas. En vez de gran mundo había guerreros y mujeres descocadas. Rugió la Marcha Presidencial. Este militar no venía todas las noches. Luego me dijeron que tenía que ir al Colegio Agustiniiano.

CAPITULO II

EN LA PELUQUERIA

Una vez matriculado en el Colegio, cuya puerta principal se hallaba frente a la Peluquería, mi padre el Señor Garmendia me abrió una cuenta en ésta, empujándome a la adultez. Ya no iría a la Peluquería de Señoras donde un figaro maricón me diría "¿Cómo está su mamá?" y me atusaría la peluca como a una damisela. Pero la barbería del japonés me aterraba. Una vez vi salir un tipo que manaba sangre de un profundo corte en el rostro. Era un borrachín obeso y grosero. Se increpaban con el japonés con la navaja de por medio. Pero ahora debía ir. Tímidamente empujé los batientes de vidrio de letras doradas. Me azotó el rostro un hábito de gomina, cosméticos, cremas mentoladas y jabón vaporizado. Los japoneses estaban inclinados sobre sujetos envueltos en sábanas blancas. Navajas centelleantes rasuraban mofletudos cachetes, se-gaban las chuscas cabelleras. En las repisas moraban redomas de líquidos esmeraldinos. De una mesilla se podía coger revistas manoseadas. Tomé una en la que se mezclaban eventos automovilísticos, mujeres desnudas y la Gran Guerra. El propietario un joven nisei de agradable rostro me observó. Cuando terminó de rascarle la barba a un tipo me miró significativamente. Me aproximé.

—¿Usted es el Hijo del Señor Garmendia?

—Si.

—Siéntese aquí—. El japonés tendió una tabla formando un puente entre los brazos del sillón adaptándolo a mi estatura. El rumor de las tijeras me transportó a regiones ignotas. Una vida superior y elegante. El gran espejo límpido que tenía delante me devolvía una imagen de mí mismo embellecida. Me alcanzó una revista. La sábana almidonada me envolvía como a un sacerdote de inquietante religión. Me trizaban la pelambre. Me adormecía.

—¿Ya está usted en el Colegio?— el respeto

del japonés me detuvo al borde del sueño absoluto. A mi lado aplicaban un paño hirviente a un hombre. Me espanté. ¿Cuando fuera grande me harían lo mismo?...

En sillas de viena se repantigaban otros clientes aguardando turno. De pronto "algo" me hizo volverme y aprovechando que el barbero volcaba agua de colonia sobre su palma para friccionalme, espí lo que me había turbado. Ese "algo" era un individuo regordete, vestido de negro. Con las manos cruzadas en el vientre, impassible, sin pestañear, sin mover un solo músculo de su rostro mofletudo algo sonrosado. Los ojos fríos entrecerrados. Labios finos, casi invisibles. Esa mirada gélida y sin dirección escudada tras espejuelos redondos me estremeció. El japonés con brusquedad profesional me volvió la cabeza a su lugar y empezó a friccionalme. Cuando terminó conmigo, el hombre que no era sino apenas más alto que yo, se dirigió con paso rígido al sitio que yo había dejado y se sentó. Observé que una especie de parálisis le mantenía extrañamente la cabeza de lado. Lo envolvieron en una sábana y el peluquero empezó a desbastar esa cabeza ladeada e inamovible. Por pura curiosidad hojeé revistas y me quedé hasta el final de la operación.

El tipo se dirigió en derechura a la sombrera y se colocó su fieltro negro sobre la cabeza. En derechura se encaminó a la puerta, empujó el batiente y se internó por las callejas. Yo lo seguí un buen trecho seducido por esa manera rígida de caminar con el cráneo fijo y vencido hacia la izquierda como apoyándose levemente en un reclinatorio invisible. El Hombre de la Cabeza Ladeada siempre estaba en la barbería cada vez que me tocaba a mí. Rígido. Mudo. Mecánico. Sin variar jamás sus movimientos.

En la Petuquería

El Hombre de la Cabeza Ladeada supervive. Una noche lobuna lo vi venir de un beaterio. Creyó que no lo atisbaba nadie. Un rapazuelo jugaba solitario. El hombrecillo seboso se le acercó apagadamente. Miró en torno por si le espiaban y le aplicó un feroz cachetadón al pequeño. Luego siguió hacia su casa, próxima al Pasaje de los Huérfanos. Yo ya era un hombre. Y "aquello" quizá un símbolo eterno o semieterno de la realidad ambiente. A veces nos cruzamos en el Ministerio.

Procede de una gran familia a la que ha renunciado y ejerce humildes tareas. Me mira con sospechosa desconfianza y me saluda respetuosamente.

CAPITULO III

LA TIA CONSTANZA

El sexo de Lima es femenino. Constanza odió toda su vida a los hombres. Tan sólo un amor aberrante, mezcla de erotismo y católica reverencia, hizo que se enamorara perdidamente de algunos frailes. Idealizándolos. Contando mil anécdotas risueñas de improbables santidades y dones fabulosos de sus confesores, a quienes solía invitar a casa — donde ella ejercía de institutriz, parienta pobre y dama de compañía—. Era incapaz de comprender a los hombres. Lo único que sabía de estos era que llevaban pantalones y hacían hijos con un pene absurdo. Todos los problemas físicos y metafísicos los había resuelto con sus pacatas referencias a Dios, a quien llamaba indistintamente. Padre Mío, Todopoderoso (a nosotros nos enseñó a llamarlo el Barbudito) y en el colmo de la elocuencia patética y para los fines de remitirse a un argumento universal, cósmico, enteléquico, elevaba sus negros ojos al cielo, juntaba piadosamente las reumáticas y sucias manos, y escarbando las crenchas onduladas, de azabache, se rascaba ahuyentando un piojo, mientras formulaba un... "Padre Eterno"... entre desgarrador, rutinario, holgazán y fervoroso; todo en una misma fórmula invocante...

Sin embargo Constanza, que vivió y murió virgen como su hermana Agnes, y su hermano Tomás, era una mujeruca muy útil. Para ella sólo existían dos cosas en el mundo, su coro de la cofradía de la Iglesia de Santo Domingo, a la que perteneció toda su vida y toda su muerte, y su familia. Es decir nosotros. Pues Constanza, que provenía de una acaudalada familia italo-española de una ciudad agrícola vecina a Lima, vivía con nosotros a raíz de haberse arruinado, como centenares de familias que después de instaurada la República, fueron desplazadas por inmigrantes infatigables, y estructuras sociales emergentes, como ser militares, advenedizos

y comerciantes de usura que aprovechaban la anarquía de la naciente República para medrar. Y medraron. Y siguen.

Como yo fuí el último de los cuatro hijos de la familia Garmendia, que había sufrido un proceso parecido al que he descrito en el párrafo anterior, con la diferencia que el primer Garmendia entró en el Perú como Virrey y acabó poco menos que en la horca, la tía Constanza se hizo cargo de mi educación religiosa complementaria. Esa era su función más delicada. Primero adoró a mis hermanos mayores, pero cuando estos se aburrieron en razón de sus estudios avanzados, de los mimos de Constanza, me tocó a mí el turno. Siempre lo mismo. Era para ella necesidad viciosa mimar a un sobrino. Adoró a mis otros hermanos mientras fueron pequeños, pero así que ellos se ocupaban más de sus estudios, el pequeño Bruno Garmendia, a quien todo el mundo mimaba por ser el menor, pero descuidaba también porque su fantasía era muy agresiva para una familia llena de vitalidad y de prejuicios, fue tutelado por Constanza. Los señores Garmendia se hallaban ya fatigados para una nueva infancia que vigilar con exageraciones, o con afecto tierno.

Fuí paseado y zarandeado de iglesia en iglesia y de procesión en procesión. Una vez que el señor Garmendia padre, me llevó al colegio agustiniano, Constanza se encargó del resto. Me llevaba y me recogía. Los domingos íbamos a misa a la Iglesia de Santo Domingo. Me mareaba con el incienso, me aburría con los sermones, y los ángeles y serafines pintados en las bóvedas me habían resultado odiosos a fuerza de mirarlos en busca de distracción. Pero Constanza me persuadió de que Dios estaba en el tabernáculo. Hasta hoy. Eso fue lo bueno. Mucha gente me ha persuadido de muchas cosas,

buenas y malas, vagas o patéticas, necias o utilitarias, pero tuvieron que apelar a la pedagogía, a la violencia, al látigo, al odio o al amor. Constanza se limitó a soplar en la oreja unas oraciones para que las repitiera mecánicamente y me señaló el tabernáculo, diciéndome que allí estaba Dios. Y lo creo desde entonces, pese a mis flaquezas, dudas y apostasías. Si hay un cielo, allí debe estar Constanza, rascándose la cabeza y mirando desde arriba la maldad de los hombres. “¡No toquéis música” nos decía agostando el rostro... “Pero ésta es alegre” ... decíamos. “Toda la música me da pena” declaraba invariablemente. Mi hermana Valia detenía a Mozart en el teclado.

CAPITULO IV

LA TIA AGNES

Alta, ojiazulencia, bordeando los sesenta, reptaba por el humillo azul de Lima. Venía del oficio de una de las centenares de iglesias que había doquier... No importaba cual fuere. De Abajo el Puente, de Monserrate, de los Cármenes Bajos o Altos. Donde veía una iglesia se metía como el monicaco en su palacete al celo musical del organillero...

Salía de una iglesia chata, se metía en otra, picoteaba en esotra, robaba pétalos benditos, satisfacía ocultas redomas con agua bendita, recogía estampas devotas pisoteadas y luego invariablemente se venía para casa como un general gotoso después de la remonta.

Recorría kilómetros de kilómetros. Infatigable. Austera. Hablando para sí; erizada de alfileres que le sujetaban al raído y tenebroso mantón a la cabeza diminuta que era otro alfiler...

Se detuvo, husmeó, y por el aire coligió la hora, posición de la marcha, peligro y derrotero a seguir. En su cabeza de hueso redondito y huero, jamás cruzaban pensamientos... Sólo imágenes preteritas. No sabía lo que era el presente ni tenía la menor noción del futuro. Pisaba sobre recuerdos. Sólo había rostros de muertos y de amigos desaparecidos por las circunstancias o por el segador chasco de la muerte. Incluso los vivos sólo vivían en su mente en función de los tiempos pasados y veía a mi madre, cuando chiquita que les decía juramentos y flasefemias que eran celebradas como chistes y gracias... Yo que apenas alzaba cuatro palmos del suelo era listo como un anciano, pues de más pequeño hice tal o cual cosa...

Tenía una verruga en la barbilla empolvada sin arte, al punto de enharinar el ruedo de la toca.

Su rostro jamás lavado pero si empolvado parecía el de un "clown" de circo fantasmal. Las manos sarmantas que emergían del sayón negro restregaban incansablemente botoncitos de rosas marchitas, de jazmines, cualquier peciolo bendecido... Cargaba presionándolo con su codo agudo un carterón desvencijado, donde almacenaba estampitas, medallitas, y galletitas destinadas a sus sobrinos.

Iba dejando descorrerse en su mente empomada y volátil figuras de pasadas fechas... Su padre, caballero en una mula enjaezada, borrachín, hermoso, ojazulenco, con la fusta medía las costillas de su parentela cuando empinaba el codo y vivaba a Cáceres... Y su hermano Tomás, sargento de la Escolta, alto, hermoso, mostachudo, magro, de piel ázima, ojazulenco... guitarrista y juglar. Poco amigo de las mujeres, nada más que su bota de aguardiente y su guitarra y sus espuelas... Las imágenes acudían a su mente sin nexo alguno, sin asociación ni motivadas por ningún estímulo, venían, simplemente y sonorizaban su cabecita y hacían mover los abultados y exangües labios.

Ahora veía su gato egipcio..., de garras de peluche, ojazulenco, devorando el pescado que le había puesto en la escudilla... Adoraba a ese gato, adoraba a todos los gatos, adoraba al Dios Felino por encima del Dios Católico. Toda su familia y anexos adoraban a los gatos. Lima entera se prostaba ante el ídolo de cuatro patas y ojos fosforescentes... Lo demás era superfluo. Cuando hablaban de gatos, como comían, como maullaban, como jugaban los cachorros, qué inteligentes eran, como habían alcanzado una muerte heroica bajo las llantas asesinas de un aúa-aúa, como ronroneaban en sus modorras catatónicas, cuán mimosos eran arañando hasta desgarrar la piel, cómo se sufría cuando enfer-

maban, qué monos quedaban con sus cintas anudadas primorosamente al cuello, qué elegantes se relamían en su higiénico tocado lingual... Cuando la gatología se expandía en una charla llena de maravilla incidental, era como si sus vidas tocaran el objetivo para el que estaban predestinadas por el Olimpo dudoso de la Trinidad, del Padre Eterno o mejor dicho, por el gobierno de Dios sobre la tierra, sobre el mundo que era Lima, Lima y nada más que Lima. No había nada más allá, excepto la Divinidad que se había de representar por los frailes y por los gatos, pero sobre todo por los gatos...

Se detuvo nuevamente y miró insistentemente a un viejo sudoroso, borracho como una cuba, apoyado en un portal con el que dialogaba haciendo pantominescos alegatos. El viejo gastaba un chaqué seboso. De pronto se durmió parado. La vieja no le quitaba los ojos de encima. Dormiría cosa de cinco minutos. Roncaba fuerte. Resoplaba sus bigotuelos canos. De pronto se despertó y comenzó a hacer las mismas monerías. Con sus ojos azulencos, acuosos por el alcohol se la quedó mirando de pronto advirtiendo la muda vigilancia. Relampaguearon por un instante las cuatro flamitas azules. El viejo se descubrió quitándose su "sara" de paja de Italia teñida de negro y embetunada por la mugre, ornada con un crespón negro... Se miraron unos segundos y la vieja se vino para casa... y el viejo se fué a otra cantina peor que aquella en que había cojido la curda... Era el Tío Pedro. Almirante de la Mar Oceana, garibaldista, asaltante de amigos invitadores de tabernas, enanoide, bufón de la Corte del Rey Víctor Manuel; otro gato en la manada de gatos oji azulencos...

—¿Quién es esa vieja? ¿Dónde la he visto? ... se preguntaba, aunque sabía perfectamente que era la

hermana de la mujer de su hermano, aquel que era el sosias del Rey Víctor Manuel... Pero su cerebro de venillas empapadas en pisco, era muy bromista y espirituoso y muy dramáticamente enredador. Se persuadió prestamente de que no la había visto ni en matanza de perros y se fué a vaciar otro trago... Sí, nunca la había visto... ¡Jamás! A pesar de esos ojos azulencos... ¡Bah!

La vieja, murmurante, encorvada, luchando contra un viento inexistente, también se preguntaba quién era ese vejete que la había excitado a la curiosidad y que la había saludado tan caballerosamente pese a que estaba borracho perdido... Claro que era el hermano del marido de su hermana, pero no lo terminaba de reconocer. Frunció sus vitrales celestes. Arrugó con mil surcos la frente calaverosa, empolvada inuniformemente, y guarecida por el capuchón de la manta que aliñaba planchándolo con el índice y el pulgar hasta formar una cúpula en el centro mismo de la frente allí donde empezaba la raya en medio de su mata de pelos teñidos con hollín, y se alejó conducida por sus zapatones que ganaban las ace-ras plomas, aventajados por los aúa - aúas de toldo de hule, y por los tranvías. Divisó las rejas de la puerta principal de casa, el Teatro Forero; me vió asomado a mi balcón... Suspiró, murmuró una oración y se metió fatigosamente como lo había hecho mil veces, preparando el discurso y las galletitas para sus sobrinos...

Murió tirada en un catre inmundo. Gronn Gronnn le hacía la garganta luchando con el decreto de la muerte. Con ella murió Lima. Yo y una prima estábamos a su lado. Al tratar de moverla para enderezarla y que el "rigor mortis" no la pescara tronchada exhaló el último suspiro. Se fué al cielo. Años antes su hermano Tomás ocupó una cama del Hospital "2 de Mayo" se gangrenó y murió. Me escribieron a Europa para hacérmelo saber

CAPITULO V

EL BARCO DEL TIO PEDRO

Enanoide, con su sombrero de paja de Italia teñido de negro, en cuya orla campeaba un crespón grasiento: El tío Pedro de pupilas azulecas donde las venillas enrojecían las córneas acuosas de alcohol, cada vez que se topaba conmigo, formulaba la ceremoniosa promesa de regalarme el buque que me había prometido.

Este navío se hallaba ya en los astilleros de mi memoria. Ardía en deseos renovados de verlo flotar y nada, nada en el mundo me hubiera hecho desistir de reclamárselo, así es que a cada topetón con aquel duende de chaqué mugriento, inquiría anhelante:

—Tío Pedro ¿cuándo me terminas mi buque?

—¡Ah, cuerpo de tal! ¡Nada más que la pintura me falta sobrino! ¡Un calafateo previo, la pintura y al agua!—. Acto seguido gritaba cascada pero bizarrrante:

—¡Soldado valiente! ... ¡Atención!

Y el Soldado Valiente se cuadraba a la usanza militar llevando la manita agarrotada en un esfuerzo por estirla con garbo hasta la gorra de marinero comprada en los almacenes "La Florida".

—¡Descanso! — ordenaba el Almirante Haraposo, acomodándose los puños postizos que se resbalaban.

Y yo hacía restallar mis suelas en el pavimento en la posición requerida. Esta escena se repetía muchas veces por mes, pues el tío Pedro no se despegaba de su taberna favorita, o sea la del japonés de la esquina de casa, quien envenenaba lentamente a toda la veteranía del barrio. Y cada encuentro entre los grandes capitanes era una lucha sorda y moral por la consecución del bergantín.

—Tío Pedro ¿y mi buque?

—¡Listo y relisto sobrino, nada más que el palo mayor, que falta embanderar!

El carpintero Melo, una especie de Rasputín de conventillo, entró en la alcoba de mamá que hacía "grochet" y hablaron en voz baja. Temían que yo, el Sagaz Pericote me enterara:

—Fuí señora. Eché la puerta abajo. El viejo estaba muerto sobre su cama. Llamé a la policía y luego la telefoneé a usted...

—Lleva esto para su entierro—. Mi madre le alargó un billete.

Si señora...—. El artesano hizo ademán de retirarse. Vacilaba.

—¿Qué hay?...—. Un timbre de indiferente curiosidad vibró en la voz de mi madre.

Melo se rascó la cabeza con un dedo mientras con dos garfios de la misma mano retenía por el ala su asqueroso sombrero:

—¡Qué curioso señora —observó girando sobre sí mismo y avanzando unos pasos hacia mamá que no cesaba de hacer "grochet"...—, la habitación estaba llena de palos. Había un martillo que se me había desaparecido hacía tiempo, serrucho, cola, había también pintura... Figúrese usted... Algo así como... ¡Se va a reír!... Algo así como un buque gigantesco estaba armando el buen hombre... ¡Palabra, no se ría usted!... ¡Un buque señora, un buque de verdad!

Y el servidor coreó a su patrona con risa despiadada, profana, inconcebible. Reían a mandíbula batiente, impotentes para reverenciar ni entender. No sospechaban que me habían desgarrado el alma, que habían desbaratado mis astilleros... Que me crispaba allí escondido, el dolor, la compasión, la tristeza, mientras por mi mejilla resbalaba una quemante lágrima viva.

—¡Un buque señora, un buque de verdad!...

CAPITULO VI

EL MILAGRO

Yo deseaba ardientemente un revólver que fuera de juguete pero mortífero. Mi precocidad había acrecentado dentro de mí un pudor incurable. No me atrevía a pedir que me regalaran un revólver de juguete que fuera al mismo tiempo una verdad de la fantasía. Los libros devotos me habían procurado una paz publicana, farisea, muy fresca y monacal. Así es que me resolví a pedirle el revólver al mismísimo Adonais.

Todas las tardes al salir del rosario obligatorio recitado en la capilla agustiniana, me arrodillaba brevemente ante el altar mayor:

“—Señor, Dios mío, yo que soy un niño bueno y gentil aunque algo pillo con las sirvientas, en lo cual no veo nada malo porque me da un gusto celestial. Yo que defiendo al débil y odio al malvado, que obtengo los mejores calificativos en Catecismo e Historia Santa, que me sé de corrido las Virtudes Teologales y la Vida de San Agustín de Hipona, yo que a despecho de las matemáticas en las que me dan cero, estudio la Liturgia y repaso el Devocionario, pónme un revólver en mi almohada este amanecer...”

Y llegada la mañana comprobaba el incumplimiento del Padre Eterno. Hasta que decidí darle un plazo a la Divinidad. Mi ruego y mis volteadas de almohada se repitieron varias mañanas. ¡Yo había estado tan convencido que Dios no quedaría mal conmigo! ... Pero debajo de la almohada nunca había nada ¡Nada! Rabioso le dí un ultimátum al Espíritu Santo. O mañana aparecía mi revólver debajo de la almohada o perdía la fé. Pues perdí la fé y el revólver. Entonces pedí una moneda a mi padre y me abrí una cuenta de ahorros para niños en Banco Popular. Moneda a moneda amasé una pequeña fortuna y me compré un hermoso y amedrentador revólver “Gene Autry” que con el correr del tiempo me robó un chico malo...

CAPITULO VII

EL TARRO DE AVENA

Desde muy temprana edad me han aguijoneado los más hondos problemas metafísicos. Un conflicto constante me ha puesto al borde de la más negra desesperación, nacido de la inacabable lucha de mundos que se destruyen idealmente unos a otros. El desvelo ha sido mi hado, el sentimiento de la limitación de la inteligencia humana mi más perseguidor convencimiento.

La interrogante del infinito me ha apuñaleado a lo largo de toda mi vida, y he creído ver en todo lo creado una respuesta en clave, una suerte de sutil charada indespejable pero cierta. Un tarro de avena contemplado en la infancia, objeto al parecer desentrañado de todo significado especial, ha hecho posible la siguiente disgresión:

“En un envase de avena, figura un rey de naipes sosteniendo en la diestra un tarro de la misma avena, en cuya superficie cilíndrica figura como es de suponer: un reyezuelo sosteniendo otro tarrito de avena, en el cual tarrito está contenida como es lógico afirmar, la misma figurita de un reyecito sosteniendo un tarritito de avenita, y en dicho tarritito de avenita se ve a un reyecito sosteniendo en la diminuta manecita, un tarrito de minúscula avena, en el cual tarrito ha de verse por consecusión inevitable un minúsculo soberano en cuya casi invisible diestra ha de observarse un cilindro casi microscópico, y en ese cilindro casi microscópico “tiene” que figurar aún un soberanito todavía más pequeño, mostrando un cilindrito de avena, y allí donde la vista no alcanza ni siquiera con la ayuda del microscopio, habrá otro reyecito y otro... y otro; todos con sendos cilindritos que a su vez contendrán en escala depresiva, infinidad de monarquitas que ostentan de su parte soberanos que podrán ser apreciados teniendo en cuenta medidas que escapan a toda comprensión, y den-

tro de ellos, series interminables de idénticos reyecitos, y así, hasta que el más pequeño e inapreciable de los reyecitos dé la vuelta y venga a ser el rey de naipes que en aquel tarro de avena que tenía ante mis ojos, sostenía en la diestra un tarro de la misma avena, en cuya cilíndrica superficie había un reyezuelo más pequeño conteniendo otro idéntico a él mismo, y proporcionalmente más pequeño, y así en series progresivas, reyecitos dentro de reyecitos, en los cuales reyecitos como es lógico suponer, hay otros reyecitos, hasta llegar al más pequeño e inapreciable de los reyecitos que...”

CAPITULO VIII

ZAVALA

En aquellos días aconteció que llegó Zavala. Nadie supo de dónde. A mitad del curso, mientras nos dormíamos oyendo al Padre Restituto describir las guerras del Peloponeso, lo pusieron a mi lado. Percibí un aroma suave y distinguido. Zavala poseía un perfil extraterreno, la piel española. Perfecta bóveda frontal. Se volvió hacia mí y musitó su nombre tendiéndome la diestra, modulando las frases con sus labios de trazo clásico. Sus gafas de fina montura de oro relumbraban en el claustro umbroso traspasado por los haces de los tragaluces. El padre Restituto viendo una cara nueva lo invitó a ponerse de pie para que hiciera un resumen de lo que había escuchado. Zavala desarrolló el tema con una elocuencia y justeza que humilló al pobre religioso. Nunca habíamos oído algo más completo y hermoso. Era un ángel. El deporte como el estudio y el culto los cumplía con concentración absoluta. Sobresalía en sapiencia y fantasía como un faro en aquella borrasca de vulgaridad. Por las tardes al fin de clases, cambiábamos unas pocas palabras, deferencia que me honraba ante comunidad y pupilos. No se podían explicar el respeto que me profesaba Zavala, el niño más completo del mundo. Aquella estima no la he vuelto a sentir de parte de ningún mortal. Nuestro salón de clase se nimbó con la grandeza de Zavala. La elegancia de Zavala me compulsó a lavarme las rodillas y cepillar mi gorra. A fin de año Zavala se hizo acreedor a la Gran Excelencia. ¡Y hasta yo obtuve el premio de Bellas Artes! Aquel niño inefable me hizo retomar el hilo de la gracia perdida.

El patio de honor había sido preparado para la solemnidad del fin de curso. Se llevaría a cabo la repartición de premios. Los músicos afinan sus instrumentos. Un chicuelo gordo berrea un aire de Zarzuela. Otro recita una dulce sandez. El edecán del Presidente de la República, mustio sombrío y estirado, de monóculo, se apoya en la empuñadura

de su espada. Es el representante de aquel militar revolucionario que le quitó el poder al viejito Leguía, ese reyezuelo de chistera que venía todas las noches al Forero. Más tarde los apristas matarían a balazos por la espalda al usurpador. Al lado del heraldo, un almohadoncillo cobija la medalla de la Gran Excelencia destinada a Zavala. Destella y deslumbra esa medalla. Un fraile lee con voz monocorde la relación de los premiados. Risas nerviosas. Allí están mi madre, la tía Agnes, la tía Constanza, mis hermanos, mi prima Rosa y sus hermanas de faldellines cortos, el Tío Pedro incrédulo y semiborracho, hasta el Carpintero Melo endomingado. El señor Germendia padre da cuerda a su imponente reloj de oro macizo. Se oye "mi nombre". Ebrio de gozo desconocido pues nunca me habían galardonado, aturdido de importancia, sin sentir las piernas me voy hasta el florido palco del edecán del monóculo. El pomposo guerrero me prende el medallín en el pecho. Pero no veo a Zavala por ningún lado. El fraile hesita de propósito para solemnizar el efecto de la Gran Excelencia... "Gran Excelencia al alumno Zavala"... Silencio. Zavala no aparece. Las cabezas se estiran interrogantes. El edecán se impacienta. A mí me golpea loco el corazón. Aparece en el tablado otro fraile que murmura un secreto en la oreja del maestro de ceremonias. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede...?. Que no se presenta Zavala ni ningún pariente suyo a reclamar la codiciada medalla. Acaba la ceremonia. La multitud gozosa abandona el colegio. Un hombre solo, inexpressivo, se pone su sombrero y se va. No ha venido por nadie. No ha venido a nada. Pero estaba allí. Sus pasos rígidos y cortos ganan la salida y se pierden entre el gentío. Es el Hombre de la Cabeza Ladeada.

Jamás supimos de Zavala: ¿qué sucedió aquella vez? ¿Lo llevó la muerte? No era suficientemente digno este mundo para él?... Ahora en este trajín adul-

to que llaman trascendente, en los respiros que nos da la vida y nos baña la luz del claustro agustiniano desde su sucumbido fondo, se nos aparece su rostro de indescriptible, noble amabilidad. Pasan los años y las mezquinas dichas. Y siempre aflora, quedo, un murmullo íntimo: "¿Qué será de Zavala?".

CAPITULO IX

COMO MURIO EL CARPINTERO MELO

Melo era empleado en los menesteres más absurdos. Jamás abandonaba la casa de los Garmendia, excepto cuando tenía que ocuparse de arreglar alguna empalizada o una ventana en algunas de las deplorables propiedades del señor Garmendia. Para los fastuosos cumpleaños de la señora Garmendia a los que solía asistir el Presidente Leguía con su cochazo negro, Melo trabajaba de sol a sombra preciosando el viejo caserón, siempre con el sombrero puesto y los clavos sustentados por sus labios descoloridos. Bebía como todos los hombres maduros del barrio, bebía el infame aguardiente de la clase obrera, y cuando su mujer lo abandonó, bebía todas las noches en compañía de otros hombres obreros, vagos, abandonados por sus mujeres, o peor aún acompañados de una mala bruja desaseada. Era la ignorancia. El nepotismo. La anarquía de la República en andariegas. Melo se aparecía de pronto en un banquete. Alto, flaco, de pómulos sobresalientes en el macilento rostro, el cabello negro pegado a las sienes cóncavas, los labios resecos, borracho perdido empezaba una perorata que constaba de un solo "leimotiv" sin variaciones:

"—Melo sabe, señor Garmendia, con el debido respeto señora Garmendia, Melo sabe, si niñito Bruno, Melo sabe, digan lo que digan Melo sabe... Melo sabe..."

¿Qué sabía melo? Nadie sino él podía responder. Pero ni cuerdo ni borracho Melo hilvanaba un pensamiento. Se limitaba a bromear y cantarrear. Cuando ingresé al Colegio Militar, en vacaciones ayudaba a mi padre. Cierta vez me mandó a buscar a Melo que no aparecía por ninguna parte y lo necesitaba para una refacción de urgencia. Mi padre le había regalado un cuartucho en una de esas casonas que poseía, llenas de miasmas, moscas y

populacho triste. Toqué la puerta de Melo repetidamente. "Hace días que no sale" gritaron algunos chicuelos. Con funesto presentimiento derribé la puerta tal como Melo mismo había hecho con ocasión de la muerte del Tío Pedro... Me acordé de sus palabras en aquella vez: "Fuí señora. Eché la puerta abajo. El viejo estaba muerto sobre su cama"...

Pues lo mismo hice yo, y al señor Garmendia hube de contarle una historia parecida:

—Fuí papá. Derribé la puerta. Melo estaba muerto sobre su cama. Se había ahogado con una hemorragia. La sangre teñía las cobijas, el suelo, era la tisis papá...

Y el buen señor Garmendia, al igual que mi madre en oportunidad de la muerte de Pedro, el Almirante Haraposo, me tendió billetes de banco, pero él no reía nervioso, su sentimentalismo era digno y resignado, Melo lo había acompañado muchos años desde su sitial de modesto operario...

—Ocúpate del entierro...

En una carroza de beneficencia iba Melo en su ataúd de pino. Yo iba detrás en el coche de los Garmendia. Nadie más. "Melo, sabe niño Bruno..." Iba repitiendo en su ataúd. Lo bajamos y lo metimos en su nicho. Escribí su nombre y su fecha de muerte en la lápida provisional. Puse unas flores y me marché. Era un invierno muy triste. "Melo sabe... Melo sabe... Melo sabe"... ¿Qué diablos sabía Melo? Seguramente lo que todo el mundo. Es decir nada. Pero en su ebriedad se le hacía más comprensible y seguro que él, Melo, el último de los hombres, que sólo sabía clavar y encolar, no estaba por debajo de nadie en materia de incomprendibilidad de la vida y el mundo aparente que nos rodea.

Por los alrededores del cementerio vi venir al Hombre de la Cabeza Ladeada. Nos cruzamos. ¿De cuál sepelio vendría él? Tal vez de ninguno. Andaba por el cementerio como por las elegantes calles de la ciudad. Al pasar junto a mí, desvió un milímetro su rígida cabeza, y a través de los anteojos redondos, me dedicó una mirada fría y sin curiosidad, simplemente una mirada.

CAPITULO X

PAPA GARMENDIA

El señor Garmendia había adquirido una pianola en la que se complacía en pedalear óperas de Puccini. Mi hermana Valia que poseía una hermosa voz lírica berreaba con mucho ímpetu arias difíciles. Inmediatamente fue enviada al Conservatorio. A mí siempre me había gustado con vicio inenarrable tirarme en la gran alfombra de la sala para aprovechar las vibraciones que venían del instrumento. El señor Garmendia también tocaba la guitarra. Todos estos gustos le costaron su patrimonio. Mi gigantesco abuelo preguntó a sus hijos qué querían: tierras o dinero. Mi padre que era de estatura pasadera y poseía proclividades capitalinas pidió dinero. El abuelo de enormes manazas y soñadores ojos azules (aunque sólo soñara con preñar campesinas y con sus fanegas de algodón) le dió dinero y un puntapié al menor de sus hijos. Sus gigantesco hermanos prefirieron trabajar la tierra. El abuelo se ahorró testar. Guardó para si una casa y algo de dinero, allí a pesar de sus setenta años se dedicó a fornicar y beber. De vez en cuando merodeaba por los algodones, mirando cómo se deslomaban sus hijos y pensaba sin melancolía en mi padre, despilfarrando las libras de oro en la corrompida Lima.

En la antigua capital de los virreyes, el hijo pródigo se instaló en un departamento pretencioso. Adquirió un piano y se procuró una profesora. Compraba sus corbatas donde Crevani. Se proveía de los mejores perfumes europeos; gastaba escaarpines, se ensortijó las manos y remolineaba un bastón con un puño de oro. El señor Garmendia siempre aseguró que los mejores años de su vida fueron los que pasó de "dandy" gastándose la herencia adelantada en fruslerías. Cuando notó que el dinero se le acababa pensó seriamente en estudiar teneduría de libros que por entonces era una carrera moderna. Con sus maneras flemáticas y caballerescas, un apellido saneado,

trajes bien cortados y un rostro que aunque desfigurado por la viruela conservaba cierta nobleza vigorizada por la vida campestre, el señor Garmendia se colocó por medio de paisanos influyentes en un establecimiento comercial importante. Y robó.

Ni él mismo supo cómo sucedió. De natural romántico, era lógico que se enamorara de su profesora de piano. Esta era una bella solterona empolvada que resultó una zorra. Esquilmo al joven provinciano metiéndose en su cama y contándole historias del folletón. El patrón llamó al señor Garmendia.

—Usted ha robado...

—Si señor...—. Inmediatamente el joven pensó en el suicidio.

—Debo meterlo en la cárcel.

—Si señor...

—Firme usted esto...

El patrón le entregó un billete y el aprendiz leyó: "Conste por el presente que soy un ladrón, y tomé veinte libras de oro de la Caja de la Firma Tal y Tal, que deberé restituir en el plazo de un año, trabajando sin percibir otra cosa que lo necesario para mi alimentación. Cuando la suma robada haya sido restituída en su integridad en la forma anteriormente expresada podré recobrar este documento infamante"...

El aprendiz de tenedor de libros firmó. Y se entregó al trabajo con un denuedo horrible. Todo el resto de su vida trabajó. Siguió comprando corbatas donde Crevani, y a veces melancólicamente pasaba sus manos macizas por el teclado, pero el norte de su vida fue el honor, la honradez, la pulcritud, el orden, hasta que conoció a la que sería la opulenta señora Garmendia. Pero a pesar del huracán del matrimonio, el señor Garmendia prosiguió

Papá Garmendia

siendo el incorruptible burgés que una venalidad juvenil apartó del esnobismo de una ciudad barriguda a la que se entregó deslumbrado. Una mañana lo encontramos muerto, sentado en el vestíbulo, puesto correctamente el saco de fumar, apretando un llavero.

CAPITULO XI

EN EL JARDIN DE UN TEMPLO CHINO

La victrola chillaba en las fronteras del Imperio.

Puse las manos tras la nuca. Compraba discos viejos en las librerías de viejo. Revistas pornográficas. Una enorme planicie de fantasía pura desprendida de los grabados españoles de novelas rosa.

Era carnavales. Olía a éter. Fon-Li me hizo una seña. El Emperador me recibiría en el Palacio de las Mil Puertas, allá en la Ciudad Prohibida. Plagado de esclavas de laca y sándalo. El sexo era amarillo y cadmio. El sexo era todo. No había nada más que sexo. Un sexo caliente, de cal, de aluvi6n, de música, Sexo de té jazmín, indestructible. Sexo inmortal, fuera de las preocupaciones cotidianas que esplendía en las páginas de la geografía escolar, campeaba en los discos rayados, florecía en los cinemas, endulcoraba la carne de las mujeres maduras, estucaba las estancias de soledad onanista, fundaba linajes protozoarios, reventaba en los labios mulatos, se escondía poderoso en las ninfas escrofulosas, agazapado aguardaba al mediodía, y en la noche escapaba en redomas de perfume ardiente y ensoñador. El sexo lo abarcaba todo con su misterio innombrable, inmaduro, tigresco, definitivo, patente en todo. Audaz en todo. Procaz en todo. Como una peste consagratória. Como un huracán inmarcesible. Un combustible inagotable y querido. Incambiable. Favorito y temido. Un sello de seguridad en la vida. Sin el sexo no había vida ni tampoco muerte. Sin él no se podía vivir. Había que practicarlo indesmayablemente, robándole aliento al aliento, escatimando horas de vida ilustre y burguesa para rendirle el culto gimnástico de su rito potente y real. El sexo se expandía con el ritmo del universo y florecía en las mujeres. Únicamente en las mujeres. De tal modo que en cierta manera las mujeres lo eran todo: fuerza magnética, ovárica, escondida en los abanicos, en la humedad de la escler6tica, en el brillo deseoso del iris pupilar, en las uñas aceitosas, en el aliento quemante de

canela o de vitriolo, en los brazos gordezuelos y potentes, en el vello de las piernas perfectas, en el vientre insinuado bajo el satén, en el escote intrépido, en las mangas kimono que dejaban ver el bosquejo de las axilas, en la expresión animal y griega de sus rostros impíos, en las comisuras invitantes, en las sutiles resquebrajaduras de sus labios adorables untados de "rouge", en el cigarrillo que fumaban a la oriental, en las corvas ceñidas de tela resbaladiza, en la cintura lista para el amor, en el suave y pesado desplazarse de los muslos temblorosos, en los tobillos inmaculados, en los pezones de ámbar y chocolate, en el modo de andar animal y complaciente, en la mayestática costumbre de subirse el corsé, en el entrecruzarse los dedos pintados, en los dientes incrustrados en las encías de terciopelo, en sus hombros listos y potentes para el coito atlético, en la religión tan pura de sus pestañas, en la falta de nuez de sus cuellos de ánades, en las ligas de metal que contrastan con los poros morenos de las piernas rotundas, en el bamboleo de los glúteos juguetones, en la concavidad intocable del pubis, en el aposento censurable y magnífico del bajo vientre. Sexo, sexo puro y químico. Sexo sin miedo. Sexo pirata, lleno de angustias gozosas, incomparable, matemático, orgiástico y místico, fálico y ritual, pianístico, rarificado.

El amor puramente zoológico, así concebido bajo una sexualidad sin ambages se expandía como el agua sobre el azúcar hasta rebalsar las ánforas del anhelo, empujando mares de inquietud, almacenando energías preciosas y gratuitas. Como la biología, el sexo se repetía en todo y para todo, era el fin y lo primero, era más que todo porque era más potente, era un himno con sus propias agallas, con sus leyes reilonas pero graves y circunspectas que había que cumplirlas aunque fuere con la imaginación. El sexo no conocía razas ni prejuicios de pelambre ni situación clasista, porque era más que todo lo instituido y lo creado.

CAPITULO XII

EL CLAVO, EL DISCURSO, LA ADMISION

El "hacer novillos" en el Perú le decimos "hacerse la vaca". Después del terremoto del año 1940 empecé a "hacerme la vaca" de seguido. Sin parar. Todos los días. Ebrio de abedules recorría la Avenida Arequipa y aledaños. Mis padres decidieron que terminara mis estudios en el Colegio Militar. Metiéronme en una academia en la que reaprendía matemáticas a empujones y me hice amigo de un muchacho llamado Crovetto. También nos "hacíamos la vaca" de la academia. Pero ingresamos al Colegio Militar resbalando por las últimas plazas de cupo. El oficial que en el "Guadalupe" nos instruía en marchas y contramarchas nos felicitó emocionado. Se iniciaba una nueva e inquietante experiencia. De músico insigne que quería hacerme; se me abrían las puertas de un internado castrense.

Para la ceremonia, que con asistencia del Presidente de la República, diplomáticos y legislativos, se llevaría a cabo en junio, se convocó a un concurso entre los mejores cadetes "fuertes" en literatura. Yo lo gané. Pero se armó una batahola muy latina en la programación de la ceremonia y se olvidaron de mí. Uniformado de gran parada, con mi discurso enrollado en un pergamino con la cinta bicolor iba de oficial en oficial y todos me mandaban a la mierda pues trajinaban cada quien en sus asuntos. Me fuí derecho al Coronel. Lo hallé poniéndose los pantalones. Abrió la boca ante tamaña audacia pues yo había traspuesto el recinto de la dirección sin permiso. Pero pronuncié mi discurso antes que él. Mi madre llegó a la mitad. Lo noté. Me temblaban las piernas de susto y emoción. En la noche, de paisano concurrí a un cine desvencijado. En aquel tiempo largaban la música de intermedio directamente de las radios locales. Escuché un noticiero. Oí mi nombre

En el "Guadalupe" una vez había golpeado a un gordito por haber cometido una procacidad a mis

espaldas. Jamás me había enfurecido tanto. El gorgito fué a dar contra la pared medianera de madera apolillada en la que sobresalía un clavo. Hizo un gesto de dolor. Lo "desclavé". No dijo nada. Ahora es un contador más gordo y pacífico. Cuando me ve me saluda afectuosamente, pero soy yo quien siente el dolor del clavo en mi espalda.

CAPITULO XIII

¡EL COLEGIO MILITAR!

Nos aproximamos con Crovetto. El cielo era un ramaje gasañil, sin pausas desagradables entre sus nubes errantes que iban sabe dios a qué países. Se elevaba un pañol sobre la cubierta sideral de ese cielo de La Perla bajo el que asomábamos las narices. Era un mundo desconocido para nosotros, limeñitos de clase media adinerada. Nos trajo un bus de lata, reventando por todas partes. Bufaba monóxido de carbono. Cuando echamos pié y tierra, nos maravilló una larga, soleada avenida de palmeras. La recorrimos mudos, absortos. El Colegio Militar se erguía junto a unos farallones interceptados por una pista de asfalto deteriorada.

El orín del mar lo había roído todo con minuciosidad pirata.

—¡Este es el cuartel— me indicó Crovetto amedrentado. Yo recurrí mentalmente a los primeros compases de la Quinta Sinfonía de Beethoven— fué construído por Sánchez Cerro para la Guardia Chalaca—, continuo con su voz nasal y melíflua de niño bien. Mordía perezosamente el cabo de una orejera de sus gafas oscuras. Dentro se veían algunos cadetes forrados en dril verde oscuro. Súbito sonó un cornetín y desaparecieron. El sol detrás de nosotros en la rada empezaba a ponerse candente. Oteábamos mudos, respirando las sales marinas. Empezó a refrescar. Un miedo heróico nos poseía. Era una sensación física y anímica. Pronto nosotros nos forraríamos de verde como aquellos que habiendo venido de las provincias recibían albergue adelantado en ese enorme cuartel negro y patinado de herrumbe, cascados vidrios y torre adversa, desafiante y majestuosa. Permanecemos cosa de media hora hasta que el sol hundido trajo vertiginosamente la noche. Se encendieron las luces costaneras. Un perro ladró lejos en una huerta. Por la rugosa pista apenas si pasaban coches. De pronto y entre las som-

bras surgió un cadete pálido. Muy ceremonioso y correctamente uniformado.

—¿Son ustedes cadetes de Lima?

—Si.

—¡Ah, vendrán pronto!

—Pensamos internarnos a fin de semana.

—Es mejor, --apuntó con aire de superioridad--, así aprenderán más pronto. Yo los tendré a mi cargo—. Nos miró de arriba abajo.

—Es... es... muy... quiero decir ¿hay mucha disciplina?... balbuceó Crovetto aterrado.

—Yo soy el más "antiguo" —prosiguió el otro sin darle respuesta a Crovetto—, sé la verán conmigo, pero no teman —añadió paternalmente— en una semana estarán "preparados"

—¿Cómo?

—¡Calla! —intercepté a Crovetto— porque el cadete pálido se esfumaba en la noche haciendo resonar sus zapatones en el pedregullo— ¡oye espera—, grité—: ¿qué es eso de "antiguo"?

El mozalbete volvió sobre sus pasos y se nos aproximó hasta poner su cara en el espacio que dejaban dos enormes barrotes de madera carcomida.

—Cuando comprendan el principio de autoridad sabrán que quien sin tener un rango especial pero está más tiempo en el "servicio" que otros asume el mando. Es el responsable. Instruye... —y se fué esta vez definitivamente.

—Vámonos —dije a mi compañero que empezaba a mocosar por efectos de la soplada humedad marina. Se nos quedó el recuerdo de esa voz seria y varonil del cadete de la cara pálida. El respeto por sus pantorrillas marciales. El mar rugía sordamente.

Nos aparecimos con nuestras valijas repletas de camisas immaculadas, cuellos postizos y gemelos y pijamas tal como estaba escrito en el reglamento.

La señora Garmendia había comprado de lo mejor para su hijo. Y el hijo había pedido que añadiera una máquina de afeitar "Valet". La señora Garmendia se extrañó, pero mirando de reojo mis mejillas accedió. El cadete de cara pálida que se llamaba Revilla o Causillas y que no aparecerá más en estos relatos porque inexplicablemente se apagó, nos recibió con sonrisa profesional, imitada a mi juicio del sargento de "Beau Geste". Nos enseñó en un periquete a tender la cama. A plegar el mosquitero. Sonó un silbato y salimos corriendo asustadísimos a la formación para la comida. Un oficial envuelto en un capote nos miró desconfiado "es un tigre, se llama Kedensky" cuchichearon. El oficial pareció percibir el rumor con oído finísimo y miró hacia nosotros. Sentí helármeme las vísceras. ¡Pero la tarde había muerto tan victoriosamente allí frente a la rada! ¡Las luces costeras se iluminaban en rosario tan sugerentemente lejanas! Me persuadí que estaba en la Legión Extranjera. Era una aventura.

CAPITULO XIV

LO QUE SUCEDIO CUANDO LLEGO EL PIANO

—¿No duerme usted?... ¿Fatigado?

—No mi capitán. El mar está golpeando y no me da reposo...

—¿Usted no seguirá la carrera, verdad? El oficial dirige el haz de luz de linterna eléctrica sobre mi rostro deslumbrándolo.

—No mi capitán, creo que no...

—¡Jum!...—: bajo la "cristina" el renegrido entrecejo se frunce benévolaemente, sus ojos azules tratan de meter un alfiler a mi alma extraña, pero el soldado es como una visagra que juega merced a impulsos de una lógica mínima.

—Bueno... No lea tanto y oiga menos esa música endiablada. Verá como duerme como un tronco. ¡Hasta mañana!...—. Quita el rayo de luz y lo vuelve más sumiso accionando un botón que regula la potencia de las pilas.

¡Hasta mañana!— respondo —ni convencido ni cordial. Sus botas resuenan en la cuadra con una rotunda realidad subrayada por la noche indiferente en la que el mar de la Perla está estúpidamente iracundo. Temible.

Cuando el chillido del clarín de diana corta la bruma de la madrugada, enloquecidos corríamos para no llegar retrasados a la formación. Los que llegaban últimos eran anotados. Estaba en juego la salida del sábado y acaso la del domingo. Apenas si se ve el capote del oficial bailoteando en la bruma pesada y amarillenta. Sus órdenes llegan alteradas por los empujones y jadeos. Bajo mi brazo hay libros. Beethóven, Chopín, Berlioz... en vez de la cartografía o el Reglamento de Servicio en Campaña.

—¡Qué marche el cadete Garmendia o lo anota! —brama un suboficial—. Pasamos bajo la severa e inestable mirada del capitán.

Hay examen de matemáticas. No sé nada. Absolutamente nada. Ni el teorema de Pitágoras. Tropiezo al sumar. Tengo que recurrir a los dedos. Mi odio se vuelca más en los profesores de matemáticas que en la abstrusa ciencia de la que pende el mundo. En el pupitre miro neciamente la hoja en blanco, hasta que el sabio en geometría me hace una seña. Con audacia perfecta y sincronizada, cuando el suboficial hastiado de bostezar y fingirse severo, suelta sus músculos de cholo contumaz y bonachón por ratos y nos da la espalda y fijamos con ojos penetrantes y alertas el morro rapado, que ofrece una nuca desprevenida, cambiamos las pruebas. En un santiamén el sabio llena mi hoja. Otra vuelta del morro pardo y le devuelvo la suya. Hemos estafado a la sociedad.

La Octava Sinfonía resuena en mi cabeza rapada. Con los toscos zapatones llevo el compás... "Nació en Bonn, hijo de un padre alcohólico y una madre tuberculosa"... "Habitaban en una casa cuya puerta no se podía salvar sino bajando la cabeza"... "La cara color de almagre llena de cicatrices de antiguas pústulas"... "Se inicia con un adagio tempestuoso"...

Los cadetes se alínean frente al horizonte de mar turquí. Esplende la rada con balsámicos golpes de brisa salobre. Los fusiles en las enguantadas manos. Pasan revista. Ese mar bestial que brama en las noches está allí domeñado, acallados sus presagios, quieto como un vasto óleo de azur bordeando los yermos acantilados. Unos minutos más y nos ampararemos en el espejismo resoñado de la ciudad y sus mil laberínticos goces. ¡Allí van cabalgando las nubes hacia regiones extrañas! ¡Un cielo movible se desgaja y rehace!... La brea de la carretera se deslía a causa del calor vaharoso. Me voy por esa blandura negruzca, respirando fuerte la salazón tramada con

el viento que llega hasta la vereda.

Al morir el domingo. Cuando retornamos en la noche, nos despojamos del brillante uniforme comentando procazmente los incidentes del permiso. Los mosquiteros se cierran en las literas. El mar recomienza su bravata y con el puño golpea las paredes, viene para aullar en mis oídos, para aplastarme los sueños...

Me respetaban como a un loco apostólico. Los jefes y oficiales no se atrevían a formarme consejo de disciplina. Igualmente me motejaban "Schubert" o "Beethoven". Cada día me profundizaba más en mi alquimia sonora. Copiaba largas horas las biografías de los grandes maestros. Desconociendo la teoría heptafónica, los sistemas de combinación armónica, la música se me antojaba un universo de posibilidades multiformes, infinito...

Pero mis compañeros, comunidad vacilante y "normal" me habían destinado a un mundo incomunicable de desvarío, pues al no afiliarme a las leyes de la vida práctica a las que ellos pese a su juventud estaban aherrojados, me anjaulaban en un pintoresquismo con el que creían defenderse de mi revolución viva y prematura. Yo era un leproso del ideal, un enfermo de la belleza para ellos negada. Además ¿quién iba a poner en duda que yo abandonararía la carrera militar, me haría director de la Orquesta Sinfónica Nacional y adoptaría ese aspecto estatuario de las imágenes que ilustraban el diccionario Larousse?...

Cierta vez llegó un camión. Un pesado camión solitario.

—¡Allí traen el piano! —gritó Pepe que no perdía ocasión de anunciar alguna alegría.

El acontecimiento conmovió al batallón anémico de sensacionalismos. Luego de cerciorarse que

efectivamente el camión descargaba un viejísimo "Pleyel" todas las miradas se posaron sobre mí, obediendo a una asociación de ideas implacable...

Quien por entonces era mi amigo más íntimo, el colosal Dragomar, un zagalón prognático, muy basto y muy bueno, se inclinó hacia mí y me dijo:

—Podrás tocar todos los días—. Esa frase era una condena a muerte. Se me congeló la sangre. El estúpido y emocionado candor de Dragomar me ponía en un compromiso tantálico. Yo era el Supremo Pontífice de la música bien cierto, una leyenda romántica, ¡Pero no sabía tocar el piano! ¡Ignoraba la teoría!... Y aquellos intonsos cadetes no concebían que un músico hiciese otra cosa que desparramarse por el teclado poniendo los ojos en blanco, aporreando el clavijero con la melena erizada... Si, mis conocimientos eran profundísimos en cuanto a anecdotarios y biografías. Mi memoria era perfecta para las sinfonías, perneando y haciendo visajes frente al receptor de radio cuando transmitían una obra por mí conocida... ¡Pero jamás había tocado un piano!

La oficialidad reunida en el casino de jefes, comentaba la llegada del piano como un azar misteriosamente divertido que probaría "deus ex machina", el genio de Bruno Garmendia.

El piano y yo éramos la dignidad del cuartel. Hasta los sirvientes, semianalfabetos, segregados, me señalaban con el dedo y señalaban el piano... ¡Quién demonios iba a imaginar que el cadete músico ignoraba por completo el mecanismo pianístico!... Para ellos el zafio piano y yo éramos una misma cosa. ¿Cómo había llegado el monstruo hasta el oxidado cuartel, para humillarme?

El director de coros era quien había conquistado al coronel para que se comprase el viejo piano de cola. Serviría para que en las ceremonias patrióticas

desafinara con los himnos y repentinamente
—A partir de la intromisión del piano, la vida se
me hizo escarnejadora, pero lo disimulaba. Los cadetes
me dirigían miradas de comprensión, los insólitos apre-
tones de mano. Era objeto de cuidados múltiples y
sutiles de parte de todo el mundo, como el torero
que se va a enfrentar a la muerte. El jefe de mesa
me colmaba el plato hasta rebalsarlo. Los profesore-
res se hacían los desentendidos aprobándome en ma-
temáticas, el pantano de mi fantasía. Hasta los sol-
daditos me dedicaban tímidas sonrisas... Los ofici-
ales ¡oh dulce escándalo!, eran quienes más acti-
vaban mi culto personal. Si hubiesen podido me ha-
brían metido dentro de una campana de cristal...
¡Todos esperaban el gran día de mi concierto!... María
Antonieta debió sufrir menos horas antes de la guil-
lotina.

La población civil y militar del Colegio, esta-
ba dispuesta heroicamente a participar en una forma
u otra en la realización de un sueño de índole tan
elevada, en figurar al lado de aquel advenimiento...
Dragomar estaba vivamente turbado, hablaba todo
el día del puta piano. Se había atribuido el empleo
de secretario privado del cadete músico y atendía
peticiones, ruegos y adhesiones...

Un cadete al que yo profesaba un menosprecio
inocultable por su ladinería y fealdad. El más feo
injerto de chino con metizo, de moral vacilante y pre-
coz acné. De quien menos hubiese esperado emoción
ante la belleza, o respeto por el espíritu, se me
aproximó perrunamente durante una revista y arries-
gando un castigo me susurró suplicante:

—Nos levantaremos al amanecer y podrás to-
car sin que nadie te oiga...

Por la noche el mar redobló su sordo estruen-
do. No dormí.

Tan cansino y reposado era el jadeo de mis compañeros como arrítmicos y desesperados los latidos de mi corazón, tan dulce la paz de los durmientes como tenaz la rebelión de mis párpados...

De pronto al despuntar el alba, el injerto saltó de su lecho y vino hacia mí. Nos vestimos en silencio. La serena luz se filtraba por los vidrios.

—Seré el primero en oírte tocar...

La brisa temprana alborotaba nuestros capotes. Un breve rocío había prismado la grama. Como un autómatas me dejaba conducir. Ahora me daba cuenta que quizá era ese el único acto puro que mi discípulo llevaría a cabo en su vida... ¡Y yo lo habría de frustrar tan espantosamente!...

Salvamos el campo de ejercicios cuidando de no arrastrar los pies ni provocar ruido alguno. No hubo dificultades con la puerta del salón de ceremonias, pues el injerto la había "acondicionado" la noche anterior. Penetramos. El salón ofrecía un espectáculo deslumbrante a causa de la prolijidad en el aseo. Ahora nuestras pisadas se oían pavorosas, netas, inflexibles...

Allí, al fondo del salón sobre un estrado alquitranado: el piano... Apurábamos los últimos pasos, yo agonizaba, mientras mi compañero cobraba una grandeza paulatina. No tardaría en acabar esa farsa en deshonra, con el escándalo más enmierdante...

Se adelantó mi verdugo, quitó la funda de un sólo e impaciente gesto no exento de grave untuosidad. Tentó la tapa... y esta no cedió. ¡El piano estaba firmemente cerrado con llave!...

Esa tarde enfermé, recluyéndome en la enfermería. No me levanté en mucho tiempo.

CAPITULO XV

EL TENIENTE KEDENSKY

El teniente Kedensky como todos los oficiales, habían sido escogidos para instruir a los bisoños traídos de alquerías del Ande, de mosqueados pueblos del litoral, de los bosques y la manigua; de todas partes...

Lucía un bigotito luciferino. Era muy derrengado, algo patizambo, la color fina y la piel suave, mofletuda en los carrillos. Miraba atravesadamente. Su voz chillona, una pizca eunucoide como ocurre con la mayor parte de los cholos blancos, hería mis oídos. Donde aparecía (y de pronto emergía en las situaciones más teatrales) imponía el pánico a los suboficiales y cadetes. Era por encima de todo un arengador sublime:

—Ya estoy harto de veros por allí en la traza más horrible. Quiero que seáis elegantes y para esto estoy yo aquí. Saludáis como idiotas, os vestís como peles... ¡Somos militares! Estamos obligados a mostrar una sola limpieza, una sola característica... Si no, me voy pues a la calle y me pongo mi sombrero verde y mi pantalón colorado; me meto las manos en los bolsillos y silbo. ¡No señor! Conmigo saldréis o muertos o decentes... ¡Suboficial, anote a ese alcornoque que pestañeó mientras yo hablaba!... Y anotaron a Dragomar.

Lo odiaba con las fuerzas de mi alma. Su presencia se me había hecho intragable. Kedensky simbolizaba para mí todo lo sórdido e inhumano de la vida de cuartel, la negación de la belleza, la intolerancia y el militarismo más prepotente... Pero... ¿Quién iba a imaginar siquiera el curso que habrían de tomar nuestras futuras relaciones?... ¿En qué se habrían de convertir mi inícuo odio y su desaparecible indiferencia?...

Se repartía la correspondencia y Kedensky nos hacía llamar por el Brigadier General, quien se des-

EL TENIENTE KEDENSKY

gañitaba en la tarde gris, y nebulosa, por la que se colgaban rosarios de lucecillas benedictas en las montañas costeras. Me tocó el turno. El corazón parecía querer descostillarme el pecho. El jihuagránputa de Kedensky ya había privado de libertad a la veintena que me había precedido so color de fruslerías como la de saludar con las yemas de los dedos un milímetro por debajo de lo reglamentario.

—¡Cadete Bruno Garmendia!...
—¡Preee sentel!— Mis tacones resonaron como un disparo. Alcé los antebrazos vigorosamente hasta la cintura. Cumplí con la clásica carrerita acompañada, sin tropezar con traidores, guijarros ni bambolearme. Sentía los maléficos ojillos de Kedensky vigilando la menor falla... Seis pasos antes del Brigadier General que se me cagaba de frío, volví a cuadrarme con estruendo satisfactorio. Saludé haciendo que los pelillos de mi ceja derecha se alborotaran con el ventarrón producido por mi mano rígida en perfecta línea recta con mi antebrazo tal como lo exigía el puente militar. Recibí mi carta, la carta de una ninfa bizca de Miraflores, y me abrí el camino.

Leería las garrapateadas bobadas de mi Musa de trenzas rubias y trajecito más arriba de las rodillas. Mi ninfa cuyo rostro casi había olvidado pero que se acrecentaba en mi corazón de cadete bien alimentado. Dí media vuelta superando todo garbo: ¡Una media vuelta que hubiera atribulado al mejor mortón del Palacio de Buckingham! Me iba a retirar cuando...
—¡Ese cadete! Usted, venga por acá!...
—Helado me dirigí hacia el demonio: ¿Quién...
—Oiga usted cadete... ¿Por qué mira hacia abajo?... ¿Por qué no mira de frente como los hombres?...

—Yo no miro hacia abajo...
—¿Cómo? ¿Qué cosa?... —Ahora era Ke-

den sky quien se ahogaba de rabia, estupefacto... ¿Contestarle en ese tono a él, al omnipotente y chusco Kedensky, maestro de armas de una etiqueta más atrevida y cruel que la española? ¿Negar mi delito tan cínica como ladinamente? ¿Enfrentármele a él, al escarpinoso teniente Kedensky, y a un cadetito limeño, magro, blanquiñoso y temblecón?...

Pero la fiera no podía hacer nada. Lo había desarmado. Se vengó como se vengán los villanos:

—¡Anótelo!

Ese "anótelo", frío, exacto, espeluznante, significaba la destrucción de mi sábado, la muerte de las trenzas rubias, la prohibición del Miraflores encantado, cuajado de árboles ópimos de resinas planíferas. Significaba no ver los viejos tranvías cucarachescos atiborrados de población lacayuna vestida a la dominguera. No dormir en la tibia alcoba paterna, azulada, quieta como un agreste movimiento beethoveniano. Contuve las lágrimas de despecho. Saludé con ojos que vomitaban odio mientras "él" los bajaba avergonzado, vencido, perruno, pero dueño de la situación y...

Una tarde leyendo una novela, trotando al amor de los faroles del Patio de Honor, oí unos alegres sonos que partían del casino de cadetes instalados en los comedores. La juerga era brutal. Se escuchaba palmas, silbidos, galope de baile. Me aproximé. Atisé por el ventanón. Gran número de cadetes rodeaba el piano disputándose la primera fila para gozar del ejecutante quien electrizaba a su auditorio con los compases de una alegrísima polka criolla, coreada a rabiarse...

¿Quién podía ser?... ¿Quién desenfadadamente golpeteaba la vieja dentadura del "Pleyel" con tanta enjundia jaranera?... Mi menosprecio —en calidad de futuro compositor de sinfonías— por la música ple-

beya me hizo fruncir las narices... Pero el que tocaba, tocaba como un perito en la materia, era un jaranista de primera agua que estaba haciendo saltar de contento las cuadernas de esa vieja ballena sonora, resucitando con bengalas cromáticas el momificado instrumento... Después de todo un virtuoso de la valzada moralla y el tundete nativos era cosa respetable... Me abrí paso entre los juergistas, cejijunto de curiosidad, se hicieron a un lado deferentemente y yo patriarcal al descorrerse la cortina de cuerpos me di de narices con... ¡Kedensky!... ¡El maldito Kedensky campeón sobre el piano!... ¡El incommovible, frío Kedensky, el tigre sanguinario, remaba jocundo sobre el amarillento teclado, feliz, y en vez de sangre en las fauces ostentaba una perlada sonrisa de niño!... No daba crédito a lo que veía. La quijada se me descolgó... ¿Era aquel el sórdido demonio del oscurantismo castrense, el ángel que aquí cabalgaba transportado de armonías?...

Kedensky descuidando la digitación, con los bigotillos erizados de malicia y los contraídos belfos húmedos de alegría elevó su rostro hacia mí... ¡y me guiñó un ojo!

Pero este oficial tuvo la peor de las muertes. Murió vivo. Abandonó el ejército por una viuda acaudalada. Es ahora un mercachifle avezado. Aquel Marte atrabiliario, con verdadero y sazonado amor por el ejército, cuando me ve por la calle "es él" quien baja la mirada.

CAPITULO XVI

"EL TENIENTE RANGAL"

—¿Qué lo traen a Lima?... ¿Qué una embolia cerebral?... ¿Qué está muy malo?... ¿Qué hay pocas esperanzas?... ¿Y todo por una maldita congestión nasal?...

Alguien me enteraba, después de tantos años como han pasado, de la postración del que fuera desmesurado y amadísimo teniente Rangal. Un hombra-
chón de casi dos metros de estatura, enteco, de botas
pequeñísimas para sus calancas nervudas. El cogote al
rojo vivo, la pelambre bermeja. ¡Y los mostachos!...
¡Sendas avalanchas rubias que se desparramaban
por las troneras de las narices! ¡Bigotes dotados
de vida propia serpeando encima de la abultada boca!

Una boca que era una mueca. Serio, furioso,
tierno o indiferente. Rangal no podía cambiar de
expresión. Su jeta fruncida parecía que iba a reventar
de risa sofrenada.

Durante una formación me permití un bostezo
descomunal acompañado de una maldición de lo más
selecto del repertorio de cuartel. Rangal aconchaban-
do su cartílago auditivo, sopesó la doble trasgresión
y me llamó. Estaba perdido. Rangal era de los que no
perdonaba en punto a disciplina.

—¿Qué ha dicho usted cadete?... Y se reía...
(al contrario, estaba furioso).

—Disculpe mi teniente...

—Repita lo que dijo...

Proferí el atroz juramento. Rangal acrecentó
su "sonrisa"... Convencido que mi cropolálica suspi-
cacia despertaba complicidad en el gigantesco oficial
de infantería, experimenté un calorcillo reconfortante
y largué la carcajada...

Rangal tornóse ígneo. Yo no sabía si echar a co-
rrer o volcarle un cubo de agua fría. El cuerpo astral
del teniente era un remolino de furia encerrado en sus
costillares. Entonces "comprendí" que su "sonrisa"

CAPÍTULO XVI

El Teniente Rangal

era a pesar suyo. Era su cepo. En ese momento la ira lo enloquecía pero su boca negaba aquel hecho, más aun, parecía que estuviese riendo".

El instructor al ver mi terror, en su oscura mente entendió la situación. Trató de apretar los labios lo más fino para borrar su traicionera y anfibia exteriorización. Por fin, consiguiéndolo o no, pudo balbucear:

— ¡Retírese!

En esa frase enarvaba toda su tragedia, pues la pronunció cargada de expresiones a la vez contritas como ruborosas. Su voz de timbre habitualmente hosco y gorgoteante, adquirió un matiz trágico. Saludé y me fui.

Dragomar bramaba. Ambos estábamos castigados, pero aquel de rigor, yo, tan sólo por el sábado. Contaría al menos con mi domingo, en cambio Dragomar no vería a su novia en quince días y esto lo hacía pensar en el suicidio. Una novia que yo le había fabricado merced a las cartas que me suplicaba que le escribiera!... Pero Dragomar era del mismo valle mistiano que Rangal, y ambos padecían de la lunática enfermedad que afecta a los naturales de esa región. Dragomar quería ir a ver a su novia o se moría. Repetidos ataques de angustia seguidos de escenas de histeria en las que empitonaba muros con la cabezota, lo sacudían y lo tenían hecho un guiñapo. Le aconsejé que hablara con el teniente de los cúpricos bigotes y le explicara su caso... Dragomar se encaminó hacia la Prevención con sus pasotes que aplastaban guijarros.

A poco volvió lívido, con negra mirada, comiéndose los labios. Ni qué preguntarle. Rangal había sido inflexible. Nada de permisos en sus servicios. Entonces el obtuso cadete me confió que saldría así se le pusiese por delante todo el ejército peruano. Está

bamos a fin de año. Las faltas que se cometían por esa época eran consideradas gravísimas. Calculé. Dragomar no servía para otra cosa que para aviador, que era lo que quería ser. Si escapaba por amoríos pueriles, se le churreteaba su carrera. Pero Dragomar se vistió de parada el domingo y se preparó a embarcarse en el "Thorton" destinado a los que tenían salida aquel día. Después de misa, vi su corpachón mezclarse con los bulliciosos cadetes que iban de francos. Reculé. Me fuí a la cuadra y me puse a reflexionar. En pocos minutos me había troquelado una decisión. Contestaría por mi compañero en la lista de la noche, a riesgo de que me descubrieran.

¡Oh, al fin y al cabo yo no tenía ninguna carrera que seguir, ni me importaba el futuro! Mi porvenir era yo mismo. Me despojé del uniforme de parada. Me calcé los botines. Y sobre el camastrín me eché a soñar.

Es noche. Sombras anegadoras difuminan los pabellones. Los arbustos. Los seres humanos. El suboficial de guardia llama a lista.

- ¡Batallón buenas noches!
- ¡Buenas noches!
- ¡Subordinación y constancia!
- ¡Viva el Perú!

El corazón me aporrea aceleradamente conforme avanza la lista. Ya está cerca de Dragomar... Ya lo van a llamar. Me agazapo como un felino para saltar... Contesto por él. Doy un paso al frente y me reúno con los que han pasado la revisión. De súbito, emerge de las tinieblas la figura encapotada del oficial de servicio... ¡Ah maldito tenientazo!... Rangal ha sospechado algo. Se me aproxima. Husmea. Me ve.

Sus ojos escrutadores me miran fijamente. Parece que no van a dejarme de observar nunca...

Con una fijeza que me hace sudar frío ¡Dragomar está perdido y a mí me expulsan!... Rangal jamás ha perdonado ni pasado por alto nada... ¡Pobre mi madre, y mi padre y mis hermanas y todo aquel que confió, que en el Colegio Militar terminaría mis estudios!... ¿Pero qué pasa?... Rangal no despega sus sardónicas pupilas de las mías... ¿Me engaño?... ¡Rangal sonrío! ¡Pero de "verdad"!... ¡Lo juro!... ¡El monstruo sonrío liberado!... Se da vuelta. Hunde con fruición las manos en los bolsillos del capote... Se restituye a las sombras.

¡Y ahora me dan estas noticias!... ¡Pobre teniente Rangal! A poco que cambió de cuerpo fué rápidamente ascendido por sus méritos que eran muchos. Llegó a ser edecán del Presidente de la República y en alguna ceremonia nos vimos y nos estrechamos las manos. Su "sonrisa" ya era un gesto profesional. Se puso algo calvo. Ya no parecía el arrogante oficial victoriano que se hubiese lucido en Crimea, pero llevaba con mucha gracia los auríferos cordones sobre el hombro. Luego abandonó el ejército por un cargo bien rentado. ¡Y he aquí que lo traen disminuído, sin sonrisa!...

Las aguas azufrosas del Rímac siguen discuriendo por los inroíbles puentes de Lima. La vida nos ha zarandeado a su antojo. Dragomar copiaba al soslayo mis pruebas de literatura con sus ojos de oseño para aprobar el curso. Yo redactándole sus epístolas amorosas para la chica que se casó con él luego, cuando egresamos del Colegio Militar, fuí el coordinador inocente de un drama sórdido. Dragomar se hizo aviador de la Fuerza Aérea. Yo me escapé de la academia para oficiales del ejército en Chorrillos y me embarqué en el viejo y ratonesco Conservatorio de Música. Allí adoré a Aurelia y su arpa. Durante mi febril peregrinación por Europa nos

referimos muy vagamente a Dragomar, en nuestro breve encuentro con Pepe, en París. Cuando me casé con Ethel vino una vez a visitarnos Dragomar, siempre corpulento e infantil, había abandonado la aviación militar y ahora en una endeble avioneta fumigaba campos de cultivo. Inusitadamente nos enteramos por los diarios que su mujer se había envenenado juntamente con sus hijos. Años después, tres o cuatro, Dragomar se pegó un tiro en una granja selvática. Lo acompañaba una mujer desconocida.

CAPITULO XVII

HIROSHIMA Y NAGASAKI

Un amanecer nos despertó el clarín de diana con cacareante prez: "¡Se acabó la guerra!"... "¡Los americanos han volado el Japón con la bomba atómica!"... En realidad ninguna de estas dos cosas le importaba a nadie. Lo que en verdad nos hizo saltar del lecho fué un aullido: "¡Alistarse que hay salida!"... En pocos minutos todo el mundo estaba vestido y peinado y nos encaminábamos marchando bizarramente a los comedores para el desayuno, con un apetito victorioso como si hubiésemos sido nosotros quienes achicharraron a los pobres japoneses con los dos terribles hongos atómicos.

Nos daban asueto para celebrar la paz de otros continentes. Sudamérica había asistido impasible y haciendo pingües negocios a costa de la contienda mundial. Mientras los alemanes mataban de hambre a los judíos en Polonia, esqueletizándolos por las calles, asfixiándolos con gas carbónico como perros rabiosos, mientras unos a otros de desollaban con bombas de fósforo en la Europa convulsionada a despecho de los poetas pacifistas, y lo mejor de la juventud se hacinaba destrozada en hoyones o en los campos de concentración. Mientras toneladas y miriadas de sufrimiento habían tenido lugar allende el oceano, nosotros en nuestros tranquilos lares morigerados, devorábamos las noticias que el diario "EL COMERCIO" comentaba con ese dramatismo lacónico y convencional que hacía parecer hasta poética la matanza...

Y ahora, sin prevenirlos los norteamericanos quemaban vivos a centenares de miles de japoneses, ¡y con tal motivo nos daban asueto!... "FIN DE LA GUERRA"... "PAZ EN EL MUNDO"... enfatizaba con sus más grandes titulares "EL COMERCIO"... Los Jinetes del Apocalipsis sin embargo no se habían descabalgado, mirábannos salir tan contentos y joviales, explicándose ellos perfectamente, la in-

fluencia beneficiosa que la lectura del "Reader's Digest" había operado en nosotros con sus blandos y refrescantes relatos llenos de humor norteamericano acerca de la guerra y el Ogro Hitler... Atrás de sus cabalgaduras llenas de espuma fatigosa, quedaba Europa ensangrentada, Asia en llamas... Volvieron a montar, a enrristrar las enormes lanzas. Millones de cadáveres se apilaban en ciénagas inmundas, en una quemazón radiactiva. Millones de cruces blancas en los cementerios de Europa, Asia y Africa, y nosotros alegres, deseosos de ver a las chicuelas enamoradizas, nos habíamos merecido una salida extraordinaria por tan feliz acontecimiento, y así andábamos ingenuos, con nuestros pasos de bien lustrados botines por encima de aquella ruma de muertos incontables.

CAPITULO XVIII

"¡LA MUJER DEL PUERTO!"

¿He hablado del Profesor Stein? ¿Del dómine de Economía Política el enlevitado doctor Burneo? El primero fué un judío vienés alto, encorvado, de canosa pelambre patriarcal. Me tomó cariño por mis respuestas en los ejercicios en los que hacía alarde de cultura humanística. Jamás pensó hallar en estas extremidades del mundo un adolescente que hubiese devorado el romanticismo alemán, el realismo francés y el victorianismo británico y silbara de corrido sinfonías de Haydn y Beethoven. Por la misma razón se prendó de Pepe, mi heredero natural y de Fernando extraordinaria inteligencia que suspiraba por el seminario y acabó en la más descarada pederastia. El viejo Stein consiguió del coronel llevarnos a los tres de tanto en tanto a los conciertos de la Sinfónica. Su español gangoso y monótono procuraba un sueño incombustible. Yo me muni de gafas negras para dormir a gusto. Cierta vez me las arrancó de cuajo. Pero me encontró con las pupilas de vigilancia zahorí. Mis reflejos actuaron perfectamente. La carcajada de la clase fué general y hasta Stein rió. La orla de su bragueta estaba siempre orinada por descuido. Por la ventana cuando el buen tiempo rizaba las nubes la voz de Stein me embarcaba por Fenicia y me hacía pensar si los "hycksos" habrían existido en verdad. En los descansos de las jornadas de estudio, acudíamos al salón de profesores y charlábamos sobre Hoffmansthal, Zweig, Veerhaeren, Balzac, Novallis... Cuando me aventuré en la vida civil me convertí en su secretario. Conocí mucha judería. Si bien el viejo me explotaba en la redacción de cartas de estilo impecable con las que conseguía viajes y conferencias, me invitaba a cenar y hablaba sin descanso de experiencias más idealísticas que cínicas. Ocultaba un voraz homosexualismo. A las postres casó con una viuda que hizo venir de Alemania, y desapareció en una universidad de otro país. Burneo era un hombre más metódico que el método. No nos

cabía que sabiendo tanto de Economía Política gastara un único traje que mantenía merced a un milagro de... economía. Para nosotros el poseedor de teorías no podía menos que hacerse millonario con ellas. Mas el pobre Burneo era un provinciano medular. De ojillos pequeños y entrecerrados, respetuoso de los valores axiológicos y con un logaritmo de arribista paradójicamente honesto. Nos amaba a su manera. Veía en mí algo que no veía en él. Nos hablaba de Nietzsche. Admiraba la fuerza en todas sus manifestaciones y ante ella se gibaba incluso físicamente sin que nadie se lo exigiese. Solía invitarnos a su modesta salita de estudio enclavada en un barrio vulgar para que hojeáramos su "biblioteca" que constaba de un centenar de volúmenes en rústica. Nunca dejó de preocuparse por mí. Aunque cayó en desgracia con los militares jamás dejó de telefonarme y darme consejos de astucia práctica. Ya viejo consiguió la dirección de un plantel modesto.

Cierta tarde en que Stein, creyéndose en la cátedra de la Sorbona, gritaba a voz en cuello las hazañas de Héctor, con lo que conseguía arrancar aplausos a los cadetes (aplaudían en realidad para burlarse del viejo), apareció en la puerta el teniente Rangal, quitóse la gorra (honor desusado para con profesores nativos) y pidió permiso a Stein para llevarnos a Pepe, Fernando y a mí. La sétima sección se estremeció de curiosidad. ¿A dónde llevarían a los tres mosqueteros del intelecto y la prestancia? Salimos tras la quijotesca figura del tenientazo. Se abrió una puerta y entramos en una suerte de sastrería de las Mil y una Noches. Sedas. Entorchados. Franela blanca, paño de azul pastel, negra pasamanería de seda. Botines de charol, dorados espadines curvos. Un sastre gordo, sin hesitación empezó a tomarnos medidas. Deslumbrados no acertábamos a comprender. No nos atrevíamos a inquirir a Rangal que se limitaba a

mirarnos con burlona indiferencia. Luego nos devolvieron a clase.

Se trataba de un viaje a Cuba... ¡a Cuba! Borinquen florido. Mares de salazón embriagante. Horizontes de turquesa y amaranto. Puerto Limón. Iríamos en el barco insignia de la armada. Tocáramos Panamá. Esto ocurría en 1944. Los viajes tenían por esa época el encanto de las distancias inconquistadas por el "jet". Los países eran realidades aún exóticas. ¡Y Cuba! ¡Justamente Cuba, país predilecto para nuestra sed de erotismo! El tirano Batista invitaba al Perú para bautizar un barco que llevaría el nombre de Leoncio Prado, el legendario héroe que abordó un navío español en la guerra contra la metrópoli. La séptima sección y todo el batallón nos felicitó sinceramente. Emocionados nos abrazaban. Iríamos una docena, pero los tres por concenso castrense éramos los más dignos de ir. Apenas si pegaba los ojos. Mi imaginación había sido lanzada a volar por aventuras, oceanos, islas de fuego, mujeres de lubricidad fastuosa... A fin de semana nos probaron los uniformes. Me contemplé boquiabierto en el espejo, de blanco y añil, el sastre gordo compartía mi autoadoración... Pepe recordaba la impresionante bizarría de los oficiales del Imperio. Fernando transformado de curita a elegante cadete zarista.

Transcurrió otra semana. Stein pronunció un discurso en nuestro loor. Burneo gozaba nuestro privilegio como si fuese suyo. Hasta que vi la lista. Estaba allí pegada inofensivamente y ante ella se arremolineaban los cadetes. Se volvieron hacia mí en silencio. La muchedumbre se abrió como el Mar Rojo y pude mirar a mi vez. Encabezaba la lista el hijo de un mariscal que era tonto de capirote. Mi nombre no figuraba. ¡Habían puesto al hijo del mariscal y me habían desposeído a mí! ¡Precisamente a mí que ni dormía ni vivía pensando en embarcar! Pepe estaba

a punto de llorar de indignación. Fernando guardaba una actitud fatalista pero Dragomar de un rugido y un zarpazo arrancó la lista y la desgarró. Los oficiales hicieron la vista gorda. Me recliné dos días en la enfermería con cualquier pretexto. Pero me exigieron asistir a la formación de despedida. El hijo del mariscal tenía unos glúteos que movían a risa. Recibía cartas de Pepe de cada puerto. Me contaba lances con su estilo impreciso pero chispeante. Había conocido a una prostituta llamada Magalis. Por esa época estaba en boga una canción de remembranza marina. "La Mujer del Puerto" a la que siguió una película truculenta. Cuando volvió Pepe enflaquecido y tostado por el sol, borroneé una novela absurda que titulamos "La Mujer del Puerto" en honor a esa Magalis de prostíbulo que idealizamos. Chapaleando en el piano, la sétima canción entonaba filibusteramente:

"VENDO PLACER
A LOS HOMBRES QUE VIENEN DEL MAR
Y SE MARCHAN AL AMANE CER
¿PARA QUE YO HE DE AMAR?"...

CAPITULO XIX

EL MAYOR CHILONIDES

El mayor jefe de batallón enfermizo y enteco a quien apodábamos "mosquito con botas" no resistió a la malaria y se murió. Lo topaba siempre despantalonándose en la enfermería para que lo inyectaran. El nuevo mayor haría su "debut" a la mañana siguiente. Por la noche los comentarios, arreciaban. En un internado militar el carácter de un jefe es determinante. Cesáreo, castrense en una palabra. Y sólo hay dos preguntas que hacerse. Si el nuevo oficial es un "chucha" o "buena gente". El primer concepto indica a un tirano o un histérico de la disciplina y el segundo una vaguedad y por lo tanto un uniforme más con un corazón rutinario. En el caso del mayor Chilonides la cosa era inquietante. Se sabía que era un "chucha" pero afirmábase en fuentes de "alegosos" con una punta de sutilidad, que Chilonides era un caballero atrabiliario (un "chucha" pero buena gente caballeroso y tronado.) (?).

El bocinazo de diana nos levantó de un salto que constaba de doscientas precipitaciones hacia los fríos lavabos. Dragomar, Pepe, el chino Sánchez habíamos llegado a la conclusión de que Chilonides (por una foto vista en el Anuario Militar) ondeaba peligrosamente hacia el "chuchismo". En una reproducción convencional se veía un par de ojillos penetrantes bajo la visera calada. Rostro cuadrado de una energía brutal, cejas tártaras y bigotillo hitleriano. El correaje ceñía un pecho sólido y el gesto de la boca no dejaba lugar a dudas por la empecinada cerradera de dientes de que Chilonides era un reverendo "chucha" a despecho de la corriente de opiniones que lo exculpaban de un probable prusianismo a la criolla. En un baile en Miraflores el domingo anterior había pegado mi mejilla a un carrillo rubicundo, ebrio de "coca-colá" y la voz de Leo Marini lanzada estrepitosamente por los altavoces de un tocadiscos de alquiler. Mi resolución era parali-

zarme en la formación de bienvenida a Chilonides. Detener mis funciones vitales para que no me castigaran por "moverme" en formación, que era la culpa más común y que los brigadieres y suboficiales aprovechaban para castigar con delirio maniaco. "Moverse" en la recepción del nuevo jefe de batallón hubiera sido el desastre marcial más estúpido. El tema Chilonides, relatos de crueldad y castigos de severidad escalofriante se habían extinguido con la roncadura general de una noche pesada. Presagiante. Ahora nos lavábamos con jabón carbólico repartido a fin de combatir una especie de peste de pústulas y diviesos que nos atormentaban con erupciones dolorosísimas. Un silbato chilló espantándonos. Corrimos y en un periquete el batallón fué un rectángulo humano de rígida compostura. La mañana era helada. El cielo oculto por colchones de humedad. Los pabellones amoratados por el cierzo de la Perla. El Brigadier General saludó al suboficial, éste ordenó descanso para chillar ¡atención! y saludar al subteniente que venía precipitadamente anudándose la corbata. Ordenó ¡descanso! y al instante vociferó ¡atención! para saludar al teniente y éste al capitán que a su vez ordenó ¡descanso! y se paseó nervioso. De pronto se corrieron las voces. Un cadete alertó al Brigadier General, éste al suboficial, el suboficial al subteniente, el subteniente al teniente, teniente al capitán y finalmente... ¡¡el mayor!!...

Un "jeep" negruzco apareció en un recodo. Enfundado en un capote y la "cristina" hasta el ceño venía Chilonides bamboleándose en el "jeep". Puso pie a tierra desmañadamente. La nariz arremangada. Daba la impresión de una foca pulcra. Sacó las manazas cuidadas y se las restregó. El capitán que parecía contagiado por el terror general se acordó de gritar a todo pulmón ¡atención! y correr hacia el mayor juntando con vigor exagerado los talones de

sus botas. Chilonides respondió al saludo con fría deferencia. Subió la escalera del pabellón del Patio de Honor y se puso a mirarnos napoleónicamente desde su atalaya improvisada. Transcurriría media hora. Todo el mundo permanecía en posición de firmes. Chilonides parecía jugar con nuestros nervios. De pronto de ese capote, de ese uniforme instalado en la cima de las escaleras partió un chillido: "¡ese cadete!"... El horror hizo palidecer a todo el batallón. ¿Quién perdería la salida de fin de semana?... Nadie había movido un pelo. Pero el chillido continuó más agudo y penetrante. Acusatorio. Con inapelabilidad certera: ¡ese cadete! ¡se ha movido!...

Los suboficiales corrían de un lado a otro. El capitán desesperado no acertaba a comprender la situación. Yo convencido de mis facultades volitivas compadecía al desgraciado que se había tambaleado o fruncido por un estornudo a medio camino. Pero nadie sabía "quién era el que se había movido". Profunda pena me roía el alma. ¿Y si era Dragomar que "siempre tenía mala suerte"? ¿Y si era el encantador Pepe que disimularía con sonrisa irónica? ¿Y si era cualquiera que deseaba besar a su madre o espulgar al gato o simplemente ver su calle vestido de paisano, sentimientos vivenciales importantísimos luego de una semana de disciplina feroz? Me envidiaba a mí mismo que podía momificarme y estar como estaba. Solidificado. Ni un músculo, ni un nervio, ni el viento me traicionaban. Chilonides despreciando la falta de cetrería, rapacidad, de sus subalternos para detectar "movimientos" en formación rígida, comenzó a descender con el brazo estirado como un juez bíblico, tremendista. Era un gran actor. "Ese cadete, ese cadete" continuaba chillando obseso de precisión disciplinaria. El dedo continuaba viaje. Atravesaba cuerpos yertos de cadetes que hacían lo indecible por no "moverse".

Pasó ante Dragomar que cambió la carota de amarillo pánico a púrpura satisfactorio. Cruzó el dedo implacable ante Pepe, despreciativo y sereno. No se detuvo ante el chino Sánchez derrengado aunque hierático. Olvidó a uno que siempre era castigado por "moverse" con o sin su voluntad. ¡ay chucha, recontrachucha, qué huevón!... ¡Claro, no podía ser otro que el idiota que estaba a unos pasos míos y que ya había sido consultado médicamente por padecer de irregularidades nerviosas y que se había sostenido en el internado militar gracias a influencias encumbradas. El dedo avanzó enorme como un espolón hacia el desgraciado. No moví los ojos pero adiviné el gesto de desesperación de mi vecino. Esta vez le costaría la expulsión ignominiosa del cuerpo de cadetes ¡Pobre! La compulsividad fué capeada, detenida sólo por mi voluntad de metal para no moverme. ¿Pero qué pasaba? Sentí una punzante presión en el pecho. ¡Chilonides apuntaba directo a mi pecho! ¿Qué? ¡imposible gritaron mi alma, mi cuerpo, mis sentidos, mi indignación más pura!... "¡Este cadete, este cadete! chilló finalmente Chilonides. Una jauría de suboficiales obsequiosos se precipitaron. Sabían mi nombre de memoria pero se complacieron adulonamente en anotarme y detallar la enormidad de la falta. "De la falta que no había cometido". Pero si el dedo del mayor me había apuntado era igual que hubiese permanecido más inmutable que el lucero del alba.

Me anotaron. Me castigaron. Fuí el único desposeído en esa batalla de nervios. ¡Y juro por lo más sagrado que no me moví! Pero así es la vida. Siempre habrá un Chilonides con un dedo avieso que te señale... ¡y a lo mejor te has "movido"! Una falta que no ven los demás, pero si, algún mayor debutante que se aparezca en un "jeep" negruzco de pronto por algún recodo de cualquier camino.

El Mayor Chilonides

Años después en la vida civil. Yendo con mi papel pautado al Conservatorio, cuando abandoné la Escuela de Oficiales. Ví al mayor Chilonides apostado negligentemente. Esperaba a su hija que estudiaba piano. Era un buen e inofensivo padre de familia. Pero aquella vez fué como quien dice el dedo del destino.

CAPITULO XX

LA SETIMA SECCION

Átomos y moléculas. Pesos específicos. La aritmética del universo reposaba en las márgenes de nuestra inteligencia. El cifrado misterio de la exactitud y la relatividad cual emporio de eclosión vital nos hacía ver la vida de manera positiva. Todo era un juego ineludible presidido por el número. El dinero medía la vida. El sueño calculado por el reloj. La presión sanguínea por el médico militar. Casas numeradas en las calles. Numerados los zapatos en las vitrinas. El temperamento del mar por la luna péndulo exacto de parábolas matemáticas. Un médico soñoliento nos apretaba los testes buscador de anomalías que caso de ser, matemáticamente las intervendrían. Nuestra salud era matemáticas. En las visitas anuales los médicos militares controlaban nuestra salud mojándonos un hombro y apuntando con lapiztinta las variaciones de peso, pulso, estatura, etc...

—El siguiente

—Este está muy flaco... Indíqueme sobrealimentación.

Dragomar miró mi menguada capacidad torácica. Torció la jeta viendo mis pantorrillas flácidas. A las cinco de la mañana me sacó de la litera a empujones. Durante todo el año me obligó a dar dos vueltas al óvalo de carreras. Me encaramó en las barras... dos, cuatro, seis, doce flexiones. Tragaba por cuatro. Iba donde el afeminado cocinero y le rogaba por más pitanza. El resultado. Dragomar bajó cinco kilos y Garmendia subió quince. Mi naturaleza parecía haber estado al acecho de un maratonismo o de trabajos de galeote. Dragomar me transformó. Ingresé a La Perla con 53 kilos y a Chorrillos tres años más tarde con 75. Dragomar, Pepe y yo fuimos elegidos junto con otros dos cadetes para integrar la escolta del estandarte del batallón. El Brigadier General era el más peque-

ño de todos. Hubo que reemplazarlo por razones de estética castrense por un barbilindo de buen morro. A paso de ganso marchábamos rompiendo el asfalto del Campo de Marte una impresionante cantidad de metros delante del batallón. Mi madre en la tribuna lloró.

Cuando pesqué la malaria el termómetro medía la batalla de los virus y anticuerpos. Las diez secciones divididas en tres compañías estaban mandadas por los tenientes Kedensky, Rangal y Loret. Pronto la séptima se distinguió de las otras. Loret era un blanquiñoso de gafas con sobremontura de cristales verdes. Arequipeño como Rangal y Dragomar. Facciones de casta. Caminaba cejijunto y doblegado como por una preocupación roedora. Educado en el pulcro provincianismo de la clase media alta, se graduó en Chorrillos muy joven. Despedía un tufillo aristocrático subrayado por una voz gangosa de matices halagüeños, engreídos. Tozudo jugador de ajedrez se batía impenitentemente, así lo ganase cualquier cadetillo intonso. Barnizado por otras veleidades de la vida, dejaba de lado las tediosas academias sobre materias militares y charlaba despojado de galones con la séptima sección. Una vez al mes quitábame de mi pupitre, sentábase él, y me ordenaba dictar clase a mí... ¡sobre música!

Mantenia secretas reuniones con Burneo y Stein a las que éramos admitidos seis o siete privilegiados. Se hablaba de Nietzche, de sicología, del sentido de la guerra. Burneo estirando sus únicos y anchos pantalones, sin mover sus carnosos labios bajo el mostacho decimonónico aludía al positivismo, al imperativo categórico. Stein peroraba sobre la deshumanización de las artes, reseñando la "belle époque" y el preámbulo de la segunda conflagración mundial. Otras hablaba yo sobre Beethoven o Liszt, leía algún cuento, en veces Pepe recitaba poemas empa-

pados de Neruda. Bajo la dirección de Stein empecé "La Tragedia de Petrópolis", drama que plañía el suicidio de Stefan Zweig y que presenté al concurso nacional de teatro. Ganó Juan Ríos u otro escritor adulto. La sétima habló de linchar al jurado. Sin embargo la pieza fué publicada por entregas en una revista judía. La sétima, la de "los degenerados" convino en designarme una "guardia de corps" para darse toño ante las demás secciones que no poseían una "rara avis" dramaturga. ¿Por qué a la sétima de la tercera compañía se le apellidaba la de "los degenerados"? Los mozos adolescentes tienen razones precisas rellenas de humor satírico, intuitivo y multi-sentimental. Quizás fuese que el profesor estadígrafo y sicotécnico calculó chambonamente la combinación de caracteres de la sétima y la terminó de cagar con la inclusión del "rara avis". El resultado fue embrujante. Anarquía. Soberbia. Abismal negligencia. En la sétima había bravucones de tierno corazón, malditos de audacia histérica, sabios de prematura discreción, pillos redomados que chancaban (1) con ahínco irracional.

En los intermedios de clase, increpaba a la sétima disuadiéndolos a seguir las carreras de las armas. Sin embargo fuí uno de los primeros en correr a la escuela de oficiales de Chorrillos. Muchos torcieron sus ideas y se han hecho ingenieros y abogados. Uno se metió a fraile.

No sé por qué historia uno de los bravucones trató de arrimarme una pateadura. Casi fué despedazado. Las razones: "Tú no pasarás de vulgar chachaco (2) en cambio éste escribirá muchos libros"...

METODOS DE RELAJACION SICOMOTRIZ de

(1) Estudiar por afanes de calificación.

(2) Militar obtuso.

BRUNO GARMENDIA: Payasear incesantemente emitiendo graznidos y gesticulando como chimpancé. La sétima contagiada por esa regresión a la animadidad contagió en cadena a todo el batallón, los suboficiales fueron imponentes para controlarnos... ¡baaa... baaa... baaa!... íbamos gritando y perneando como desarticulados peleles. El capitán nos salió al paso y batallón y suboficiales fueron castigados frente al mar, en posición de firmes, helándonos, sin "rancho" (3). Todo el Colegio Militar perdió la salida de sábado y domingo. Nadie me reprochó. Por el contrario fué una victoria.

CAMBIO DE PROFESOR DE MATEMATICAS: a mitad de año vino uno joven, de gafas inseguras y de expresión asombrada pero enérgica. Este no era un paporretero de los números como sus colegas. No permitía el Profesor Zegarra ni un suspiro en la explicación de un teorema. Pero en ratos charlaba como un hermano o un dómine despellejado de oscurantista autoridad.

—Garmendia— me llamó una vez.

—Sí profesor...

—A usted le dispenso el estudio de las matemáticas...

—Gracias— le dije sonriendo ladinamente.

—Es decir— prosiguió volviendo las gafas corredizas al ceño—, le excluyo de "chancar" la geometría euclidiana, pero le encomiendo un cursillo sobre la Historia de las matemáticas... Una vez por semana luego de que haya tomado "paso"(4) irá usted al pizarrón donde nos enseñará a nosotros.

—Prometido profesor.

Me extendió la diestra. Convinimos que mi

(3) Colación de Cuartel,

(4) Breve examen semanal

clase versaría sobre... ¡el número SIETE!

Averigüé en la biblioteca todo lo que pude. El bibliotecario, vejete de dicción profunda como un viejo actor, me proporcionó lo que tenía en sus anaqueles. Y el sargento destacado allí me sirvió de aprendiz de brujo, pues el siete, número divino, era materia caudalosa en todas las enciclopedias y tratados.

7 son los días de la semana, 7 las vidas del gato divinizado animal de viejas culturas, 7 los pecados capitales y las virtudes teologales, 7 las maravillas del mundo, 7 las artes humanas, 7 las notas de música fundamental, 7 los sacramentos católicos, 7 las colinas de Roma y 7 sus primeros reyes, 7 los Macabeos, 7 los bíblicos ángeles de las 7 copas de oro, 7 las plagas de Egipto, 7 brazos tiene el candelabro judío, 7 años los requeridos para la racionalidad del planetícola, 7 las esferas de Brahma y 7 los cuerpos sutiles del hombre, 7 los grandes iniciados, fundadores de religiones, (Buda, Jesucristo, Mahoma, Confucio, Zoroastro, Zaratustra y Hermes Trimegisto).

Día señalado, día que estaba con la tiza en mano, frente al plano hocico del pizarrón, lancé lo que se leyó en párrafos anteriores, aclarándome la garganta, con bien timbrada laringe. Zegarra sentado en mi pupitre escucha absorto:

“—El número siete— argüí a modo de introito y fiel a la Enciclopedia Espasa—, fué el favorito de los astrólogos y alquimistas, precursores aquellos y éstos de las actuales y avanzadas ciencias astronómicas y químicas... Representó el 7 para los antiguos el número que aliaba misteriosa y exactamente a los metales y planetas, es decir que el oro correspondía al Sol, la plata a la Luna, el estaño a Júpiter, el cobre a Venus, el plomo a Saturno, el hierro a Marte y el Mercurio a Hermes, consideróse

también incluso hasta avanza la edad moderna, 7 los colores naturales. La primitiva comunidad cristiana de Jerusalén eligió siete varones justos para recibir de los Apóstoles la iniciación de la religión que fundó nuestra civilización occidental, recordad también que 7 fueron los dolores de la Virgen y 7 los Santos Durmientes,... etc. ... etc.

No hubo peor sección que la sétima por discolora, rebelde y enfática. Para desollarnos los sesos de tabúes y ansiedades recurriamos a métodos brutales. Riñas entre quienes éramos dilectos camaradas. Así, sobre frío. Me tocó pelear en la sala de baño con Dragomar, mis "segundos" me aconsejaban tal o cual golpe de mala leche. Arremetí furioso y desesperado. Dragomar retrocedió ante el ímpetu pero la fatiga me doblegó los brazos y Dragomar me rompió la nariz. "Groggy" tenté sobrehumanamente levantarme y otro golpe me derribó. El propio Dragomar me lavó y reanimó con abluciones a agua fría y me condujo al tópicico donde no averiguaron nada, sino que me metieron una mecha de a cuarto de metro en las fosas nasales, que al día siguiente me saqué por la boca. Aún veo los claros ojos decididos de Dragomar esperando mi fatiga de gladiador inexperto. Y luego ¡pammmmmmmmmmmmmmmmm!.... lucecitas.... rostros contorsionados, hurras y dicterios.

En lugar de el "buenos días" matinal nos saludábamos aludiendo al sexo materno, no por afán croplálico sino por desvalorizar la injuria. En la sétima llegamos una academia de lenguaje anárquico donde la metáfora precisaba un fogonazo de ingenio y cinismo militante. Oficiales y cadetes de otras secciones meneaban la cabeza al pasar por la sétima la de "los degenerados".

—Hay que azotar a los de la primera... —declaré una noche de desvelo colectivo.

—¿Por qué?

—Porque son unos huevones. Y los más grandazos.

—¿Cómo haremos? Son unas bestias.

—Desnudos. Las correas en las manos. Antes que amanezca.

Nos deslizamos sin ropas ni zapatos como fantasmas. No se oía el menor roce. Elegimos nuestra víctima. Yo al hijo del mariscal. Hice una seña. El chino Sánchez emitió un silbido de sierpe. De un tirón les quitamos las cobijas y azotamos los tibios cuerpos durmientes con aplicación feroz, exacta y decidida. Luego nos volvimos dejando a la primera en un mar, de imprecaciones, aullidos de dolor, gimiendo estupefacción. El chino Sánchez echó el candado a la "cuadra" (5) y allí estuvieron tratando de tirar la puerta abajo.

El gallardete. Morado. Recamado de oro. Era otorgado a la sección que se hubiera distinguido en todas las disciplinas. ¡Qué diablos lo iba tener jamás la séptima! Cada semestre iba de la sexta a la cuarta y de la cuarta a la sexta. Hasta los "brutos" de la segunda lo obtuvieron nada más que portándose bien y "chancando" del alba al anochecer, no saliendo los fines de semana. Adulando a los profesores. Enviando, al provocarles diarreas a los más brutos de "los brutos", a la enfermería para que no les restasen puntos. Poniéndoles miradas santurronas a los sorprendidos oficiales. Le compraron un terno a Burneo. Aplaudían a Stein hasta despellejarse las manos. No pedían permiso ni para orinar. Enceraron su "cuadra", pulieron los "taburetes"(6), pintaron puertas y ventanas y batieron récords de lectura en la biblioteca aunque se desorbitaran los idiotas ojos, pero... pero... nada más que por el placer de fregar. Por

(5) Dormitorios de Cadetes

(6) Mal llamados así los roperos

la actitud campeona, desafiante, de joder, llamé a mi lugarteniente en maniobras maquiavélicas.

—Hay que sacarse el gallardete.

La máscara que tenía por cara el chino Sánchez se contrajo. La pelleja tensa de sádico placer, se arrugó con un crujido.

Barrimos. Saboteamos. Robamos. Camuflamos. Sudamos. Traicionamos.

Pero el gallardete de eficiencia, el trofeo que iba del portaestandarte del de la sexta a la cuarta y de la cuarta al de la sexta y que una vez hasta "los brutos" rompiéndose el alma y los forros de los cojones consiguieron, lo obtuvo la de "los degenerados". El escándalo sacudió todo el cuartel el día que se conoció la victoria. Los oficiales corrían. El profesorado se demudó. El viejo coronel se rascaba la pelambre y casi se come la gorra. El batallón habló de fraude y hasta los "padres de familia" intentaron que el gallardete quedase en manos de los habituales campeones. Pero los números hablaban por sí solos. Ganamos. Ni siquiera nos tomanos el trabajo de reclamarlo en tropel entusiasta Formó el batallón furioso, admirado, estupefacto y quizá, ¡no! ¡seguramente conmovido! Nuestro brigadier recibió el gallardete oro y grana de manos del brigadier de la cuarta. Inmutables, permanecíamos en posición de firmes. Por la noche al ir a mi litera encontré enhiesto al gallardete amarrado en mi lecho. Lo habían quitado del armario para ofrendarmelo. Lo tomé y clavélo en el pedregullo frente a la séptima. En el patio. Para que todos lo vieran cuando viniera el nuevo amanecer.

Cuando terminó el año. El viejo coronel nos reunió en el casino de cadetes. El sol atravesaba las ventanas proveniente del combado horizonte del mar

de La Perla.

—Bien mis queridos muchachos, —empezó... Rangal con un papelito en la mano vínosele y le dijo algo al oído. Me recordó aquello que había pasado con Zavala. Y mi presentimiento no fué falso. El coronel interrumpió su discurso y leyó el papelito.

—Muchachos, un camarada de ustedes, Crovetto de la sétima acaba de fallecer en el Hospital Militar de San Bartolomé... Vamos a guardar un minuto de silencio por Crovetto. Qué en paz descanse. ¡Atención!...

Se produjo un estruendo espantoso al recular las sillas en las que permanecíamos por causa de la posición ordenada. Siguió un silencio impresionante. Recordaba cuando con Crovetto nos aproximamos a los murallones del cuartel. El adagio de la quinta sinfonía. Sus maneras un poco afeminadas. Mordía las orejas de sus gafas. Lo habían llevado a mitad de año al hospital. El sol murió lejos. ¡Descanso!... Volvimos a sentarnos. El coronel improvisó un discurso de despedida al batallón. A Crovetto en una de esas lides de exabrupto le habían atizado un porrazo en un ojo. Chilló. Se tapó el ojo poniendo mano sobre mano. Implorante.

CAPITULO XXI

MOSQUITO

En la última carpeta de un rincón, callado, sumiso, apenas sonriente, mascaba la vida un cadete anónimo. Su nombre era Mosquito. De Yauyos. Mosquito había ingresado al Colegio merced a su perseverancia india. Y trataba de mantener su vida intelectual con una digna súplica; sólo deseaba que lo alentaran de una manera amical. Su nombre risible, no lo quitaba del anonimato. Estudiaba día y noche. Me consultaba acerca de libros para graduar su cultura. Era de los míos. De su rincón venía hasta la primera fila donde charlábamos con Pepe y con el lápiz en la oreja nos comunicaba sus humildes impresiones sobre Balzac o el "Juan Cristóbal" que daba vueltas de mano en mano por el salón de la sétima.

— Mosquito ¿qué vas a seguir cuando salgas de aquí?

— Militar.

— Te falta un centímetro.

Mosquito sonreía con sus afilados caninos. La ferocidad de su dentadura primitiva contrastaba con la mansedumbre de su espíritu.

Mosquito terminó el último año ayudado por toda la sétima. Fernando le repasaba las matemáticas. Yo le explicaba los cursos de letras. Los dos últimos meses la férrea voluntad de Mosquito le permitió pasarse en vela chancando... ¡pero aquel maldito centímetro que le faltaba!...

— Lo buscan señor Garmendia...

— ¿Quién?

— El profesor Mosquito.

¡Carajísimo de mí, qué oía! ¿Mosquito? ¡No me había acordado de él en veinte años.

— ¿"Profesor" dijo usted?

— Sí señor.

— Que pase.

Entró Mosquito con un humilde terno gris. Le temblaba la diestra no resolviéndose a tendérmela, pero yo lo abracé. Quería un favor. Un pequeño favor. Su hermana en Yauyos, profesora también quería un traslado a la provincia de J. para juntarse con su marido maestro igualmente. Oficié valiéndome de un alto funcionario y la Mosquita fue trasladada.

—¿Dónde enseñas Mosquito?

—Dirijo la sección primaria de la Escuela de Yauyos. Si te animas Bruno ven a verme, tienes mi casa.

—Gracias Mosquito. Parto para Europa en octubre, a la vuelta te escribiré para visitarte... adiós.

Mosquito recula, pero vacila y se vuelve...

—Siento mucho lo de Pepe... ¿Murió en La India verdad?

—Así es Mosquito. Pepe quiso ser marino y tú militar. Tenía una lesión en el ojo ¿sabes?...

—Y a mí por un centímetro me rechazaron en Chorrillos...—. Volvió como antaño a lucir su sonrisa medio animalesca.

—Pero en Yauyos eres director...

Mosquito se irguió como el día que recibimos el gallardete. Juro que quiso llorar. Ese hombre sin emociones recibía la recompensa de toda su vida en una frase de aliento. "Eres director".

—Gracias, Garmendia...

Todos los años, el 22 de mayo, fecha en que ingresamos al Colegio Militar en la nacarada, yerma, alejada localidad balnearia de La Perla, recibo esté donde me halle, una canasta de frutas. Un libro. Una tarjeta... de Mosquito:

Mosquito

Vosotros que os veo en mi memoria
de pantalón añil y blancas gorras,
vosotros que me prestábais la "polaca",
para lucir de hulano o húsar gótico,
donde estéis acordáos de Mosquito
que era el más humilde hijo de las sierras,
combatientes, es Mosquito frente a su brigada,
los rapaces lo escuchan boquiabiertos,
transfigúrase Mosquito, saludadlo,
¡ah de la sétima, ah del batallón,
aún ayudadle, la guerrera no me cabe,
prestadme la más negra!, ¡oh qué cerca
y qué lejos la vida nos ha puesto!
Pero a él, a Mosquito aún alentadle,
porque sinó os tomaré cuentas,
escuchadme, no importa que de mí no hagáis caso,
me degraden, me asciendan o desarmen...
mas a Mosquito que era el último en la clase,
¡respetadle, que es ahora de todos el más grande!...

CAPITULO XXII

EL CAPITAN BANRANDUN

—¿Va a tocar el violín Bronislaw Mitman?
Soleada tarde de mediados de junio. Cosquilleo de interés en la barriga. Inquietud anal.

—¿Es ese que baja con su violín?...

Bajó el violín. Una mano venosa, marmórea, con vida propia asía con habitual seguridad la manija del negro estuche.

—El viejo Stein y el profesor de música van a tocar la Marcha Militar de Schubert...

—¿Qué diablos es a cuatro manos?

El electrotécnico era un gnomo, bolonio, algo memo pero que vivía en una paz octaviana complotado con nosotros para regalarnos música en su taller, lleno de tornillos, alambres... Oíamos óperas cuando el batallón dormía despatarrado y bestial. Barandún nos había dado permiso.

VADEMECUM DEL CAPITAN BARANDUN:

Cuajaba armoniosamente con la etiqueta castrense. Hermoso macho. 1.90 cms. de estatura. Hazañoso rostro de cierta barbarie cautelosa. Como si avizorara algo acosado e inútil. Figurativamente podemos decir que el capitán Barandún era un resplandor concluyente con botas, chaqueta de cuero y perfectamente nutrida gentileza. Cabalgaba sobre una enorme motocicleta, bajo el desnivelado firmamento de La Perla:

“—¡Suboficial Dávila! ¿Es usted suficientemente loco como para zambullirnos en el aputamadrado mar que allí al frente nos salpica los bigotes?

“—¡Putá agua salada, zamba agua mariconá, de cabeza mi capitán a ese infierno de sopa de algas!

El mar rizado de paralela espuma los espera flemático y pendejo. Con su enorme lomo de rata ploma. Descendieron por el acantilado, abajo a la playa amarillenta. No eran más que dos oscuros puntos en el regazo de la rada. Y fueron dos cabecitas

zarandeadas por ese caldo frío, brujo, succionador hasta que salieron amoratados, moribundos pero triunfantes: "Hurra" gritó todo el batallón agitando las cristinas. El Coronel mohino, miraba extraño, desapegado pero orgulloso.

EL CONCIERTO DE BRONISLAW MITMAN:

Stein y el profesor de música tocaron a cuatro manos la Marcha Militar de Schubert. Stein alargaba el mentón y atacaba el teclado del "Pleyel", furibundo, dejando garbosos fragores en el aire al digitar estilo "belle epoque". El profesor de música, gran flautista, perlaba las teclas altas. Stein no oía por la izquierda. Un culatazo en la guerra del 14. Los sábados antes de los ejercicios de campaña, el electrotécnico lanzaba por los altavoces del comedor "Oro y Plata", "Los Patinadores", "Poeta y Paisano"...

EN LAS MANIOBRAS DEL CERRO SAN JUAN:

Llegados que fuimos al mar, tres cadetes zozobraron distantes de la playa. Se limitaron, agotados de luchar con la resaca a abrazarse y esperar la muerte. ¡Barandún! gritamos todos. ¡El capitán Barandún! Ya el oficial sin oírnos se había despojado de las botas, quitado a rasgones la chaqueta y los calzones de montar y zambullido en el océano. Los cogió de las mechas y los fué halando hasta la orilla. Amoratados yacían moldeando las arenas.

—Barandún es una ballena...

—Uno de los "ahogados" es el Brigadier General...

El Coronel se aproximó al Brigadier General yaciente a quien hacían respiración artificial:

—¿Sabe usted lo que esto significa?

Barandún fué citado "por espíritu de cuerpo" en la Orden del Día. Imperturbable escuchó la mención a la hora de la lista vespertina. Beethoven as-

cendía por las torres del Colegio Militar. Las maniobras del Cerro San Juan me habían descoyuntado, muerto de fatiga, la arena se escapaba bajo mis botines, la mochila, el fusil y el casco, todo era fuego. Las dunas reverberaban. Sonó un silbato y los "Thorntons" se pusieron en marcha pesadamente. A un lado arenas al otro mar. Los disparos triturábanme un tímpano enfermo por el abuso de la quinina. ¡Oh sol de los pachacamacs te hundes en la nata azur del Pacífico! Balboa fué degollado por descubrirte tras las montañas. "Tomo nombre de este océano mar en nombre del Rey"...

—Qué cojudez debe ser la guerra —apuntó con su descolgamiento fonal el chino Sánchez. Era escéptico por carencia de problemas, de una fe. De un destino continental. Era simplemente el chino Sánchez, nacido en América "tierra sin nombre y sin América".

EL PASO POR PACHACAMAC: Hernando de Soto había sido comisionado por Pizarro, para ir a Pachacamac y comprobar si había indios alzados, según bisbeaban, a fin de apresurar el ajusticiamiento de Atahualpa. Soto la emprendió a marchas forzadas. Amaba al inca. Encontró restos sanguinolentos de holocaustos humanos. Los españoles derribaron el ídolo del templo. Colocaron la cruz en el ara del vencido dios. Un catedrático de historia invitado por el Coronel, con voz meníflua frente al escamado mar de Lurín nos explicaba los acertijos legendarios que llaman Historia. El Coronel miraba melancólicamente una fosa en la que había osamentas milenarias.

Los "Thorntons" tomados al asalto por el batallón prosiguieron ronroneando por el asfalto candente que cocía los neumáticos.

—Esto es una cojudez— comentó el chino Sánchez—. Lo miré con un rencor que me invadía el vientre, me lamía los genitales y me buscaba la lengua para maldecir. Buscando un insulto que aniquilara no al chinó Sánchez, sinó a esa invocación deshuesada e innoble.

—Todo esto no es más que una cojudez — repitió meneando escépticamente la cabeza y soplando el cañón de su fusil el chino Sánchez.

—¡Cállate mono amarillo, parido en el Callao por inmoralidad de la suerte! . . .

—Munificente Garmendia — terció Sforza, un cadete que habían pasado de la quinta a la sétima con ánimo de “reforzarnos” según el comandante subdirector—, no gastes tu mundana saliva en este “sudra” de dulce pacatería negligente—. Sforza se inclinó bufonamente ante el cadete Garmendia.

—Repito que es una cojudez— concluyó fríamente el chino Sánchez sacando brillo con su pañuelo a las guarniciones de su arma capturada por la agrupación norte a los ecuatorianos.

—En la idea representada por la voz “pueblo” hay más individualidad pero menos dignidad que en la representada por “nación”. Usamos esta última — mi querido Sánchez, arguyó con untuosa burla el cadete forastero que lucía gafas con fina montura de oro sobre un rostro de aceitunada cachaza—, cuando hablamos de las instituciones, del territorio del régimen político, del idioma, de la literatura propios y peculiares de alguna gran fracción de la humanidad. . . Y decimos “pueblo” cuando hablamos de sus costumbres, de sus hábitos, de sus vicios, de su “cojudez” como dirías tú querido Sánchez. Porque tú eres “pueblo” mi querido Sánchez es decir “co-

judez", en cambio la "nación" es un ideal más compacto, un ser más homogéneo, más abstracto que "pueblo". El pueblo son las partes de un gusano cojudo. La nación lo es todo incluso soporta como a una tenia a ese gusano demótico; pero excluyendo la idea de los grandes vínculos que ligan a las mismas partes. Garmendia, mi querido Sánchez es "nación", digamos mejor: un selector u ente, pues Garmendia, querido Sánchez, ha tomado del pueblo lo ha elevado a la nación y lo ha devuelto al pueblo...

—¿Qué cojudez ha devuelto al pueblo? ¡A mi no me ha devuelto un pájaro!

—Decía selector de la "physis", estimado Sánchez, un ente cultural, o catalizador de la vida. No te pido, querido Sánchez profundidad psicológica, la "nebulosa" de tu Callao, el nepotismo de las naciones Orientales donde se ha arraigado el arroz y la indiferencia como formas de vida opuestas sin embargo a un misticismo incondicional, te han "nebulizado" la mente...

—De todas maneras me parecen cojudeces tanto la campaña esta, como tu labia cuatro ojos charlatán y politiquero...

—Con la venia de Garmendia debo —y tan sólo a título de deber moral— hacerte ver que todavía no te has desprendido como suele acontecer a la mayoría de los adolescentes peruanos, de tu cascarón de primate. No tienes "nacionalidad"... Escucha esmirriado Sánchez: "Nación y nacionalidad" vienen del sustantivo latino "natio", "nationis", que no tenía el sentido que tiene en castellano. Para los latinos "pueblo" era una nación civilizada... cosa que como puedes comprobar no ocurre en tu salobre Callao, "Ciudad" era una nación política, por lo tanto no existimos como ciudades, a lo más somos indígenas automatizados por un colonialismo tentacu-

lar (y esto es pura etimología querido Sánchez), de otro lado y para concluir, una nación originaria, genealógica por así decirlo fué una amalgama de hombres, sin los vínculos del derecho y de la cultura; una población no una masa política, de ninguna manera una sociedad, por eso y al decir de Tácito, el nombre de "nación" fué prevaleciendo sobre el de "gente" de tal forma que todo el mundo una vez se llamó "germanos:" **itanationis nomen in nomeñ gentis evauisse paulatim, ut omnes Germanis vocarentur**"...

—Cojudeces... cojudeces... —el chino Sánchez tornó a menear tristemente la cabeza sacando lustre al cañón del fusil y poniéndose a silbar una tonada pasada de moda.

—Sólo te pido — se esforzó postreramente Sforza limpiando a su vez el cañón de su fusil — que no te niegues al pensamiento queridísimo Sánchez, tu negativa es parte de tu aversión a las frases, pero si tu alma niega la deliberación de la razón te has cagado Sánchez, créeme, tu negación tocará al pensamiento mismo de las cosas, no tendrás indicios de la vida, ¡de la vida me oyes! ¡Háblale tú Garmendia o dale un puñetazo!

—Cojudeces... cojudeces... —repitió maquinalmente Sánchez mirando indiferente el disco rojo del sol que ilusoriamente achicharraba el viento inconmensurable del horizonte. Miró a Garmendia con tímido pero insultante desafío. Se oyó el seco golpe característico de un puño sobre una quijada. Sánchez soltó estúpidamente el fusil y rodó dentro del "Thorton". El golpe le causó una especie de tic que le tiraba la cabezota forzando los tendones del cuello. La caravana se detuvo. Acudió el enfermero.

—¿Qué ha pasado?— inquirió Barandún asomándose al "Thorton".

—Nada mi capitán— el chino escupió. No ha sido nada. Me caí.

Barandún se retiró. A los oficiales no les gustaba meterse en líos viriles. El chino me quedó mirando sin pizca de rencor. Tomó su fusil y siguió limpiándolo:

—Como decía...son cojudeces...cojudeces...

Me acordé del clavo. Del clavo que se hundió en la espalda del gordito aquella vez en el "Guadalupe". Los "Thortons" rugieron sordamente en una cuesta. Luego parecieron silenciarse en un derrotero manso. Pasamos frente a "Lomo de Corvina", una duna enorme. Se veían las luces de Chorrillos. La tercera compañía empezó a corear una canción. Efectivamente eran cojudeces. Si, chino Sánchez. Perdóname el puñete. Cruzamos por Barranco erizado de casuchas estilo Walt Disney. Esquivamos Lima y por fin vimos a "La Bastilla" ácido apodo del Colegio Militar. Avanzaba hacia nosotros abriendo sus carcomidos brazos. Estábamos en La Perla. Descabalgamos de los "Thortons". El teniente Kedsy como oficial de rancho en las maniobras del cerro San Juan se ganó hurras. Con los brazos en jarras nos miraba cachaciento, mayestático. Me quedé último en el camión. Vi mis botines sucios. Mis escaarpines enpolvados. Eché mano de mi pañuelo de bastista y me sacudí los zapatones. Barandún me había estado observando.

—Es lo mejor que ha hecho...

Barandún sabía el valor oculto de las cosas ocultas.

CONFERENCIA SOBRE SCHUBERT: el Coronel, que había estudiado en Francia y era sensible a cosas "civiles" me encargó una breve charla sobre Franz Schubert, luego de la famosa cutrimanesca in-

terpretación del profesor de música y Stein. El comandante Subdirector se adelantó y dijo unas palabras. Me sentía muy turbado. Conferencia, charla o proclama me encogían las partes pudendas aunque siempre salía bien librado de ellas, vocalizando con timbrada voz y cambiando de posición para dominar el temblequeo de piernas. Mitman guardó su violín en la cucaracha de cuero. Los dos viejos sentados en el piano cruzaron sus brazos. El Coronel se limpió las gafas. Me aclaraba la garganta cuidadosamente tragándome las flemas del espanto. "En Viena... Schubert..." empecé. Barandún había hecho cerrar filas al batallón para que se me escuchase mejor. El electrotécnico marró sus preparativos y los altavoces no habían funcionado. El pobre estaba más nervioso que yo. Todo giraba. El piano. Mitman. El Coronel. "Es una cojudez" estaría pensando Sánchez. Pepe pensativo se abrió paso hasta las primeras filas. "Murió muy joven... la Sinfonía Inacabada"... La candela de los cuerpos del batallón era una pestilencia insoportable. ¡Crannn! había sonado la cabeza de Sánchez contra la baranda del "Thorton". Visajeaba perdido el sentido. Lo abanicaron con las cristinas. Barandún, me miraba fijamente. Con una fijeza en la que ponía toda su alma hermética. Mis labios se movían mecánicamente. Todo era un remolino en el que mi lengua aglutinaba frases pensadas de antemano. Al final un cañoneo de aplausos. Antes del saludo a la bandera, en la oscura tarde, Barandún me mandó llamar y me estrechó la mano preguntándome tímidamente si me había gustado una película sobre Chopín que daban en el "Colón". El chino Sánchez vino y me abrazó en silencio. La vida se componía de su desagrado... de su cojudez.

LA INVITACION DEL CHINO SANCHEZ: en las vacaciones de Julio, el chino Sánchez me invitó

a visitar Huancayo. Era hijo de un alto funcionario de los ferrocarriles ingleses. ¿El limeñito Garmendia se iba a enfrentar al terror andino de Ticlio? ¿Cruzar el Infiernillo? ¿Traquetear por los raíles más elevados del planeta? Me orinaba de miedo. Sudor frío corría por mi espinazo pero acepté. Pepe partió a Puerto Pizarro. Fernando se enclaustró en Santo Domingo. Barandún nos llevó en su motocicleta. Vino a despertarnos al filo de la madrugada. La moto hundía las azulidades de un amanecer incierto. El tren acoderado en los andenes resoplaba vapor por las bielas de cigarrón. Barandún nos hizo una seña de despedida y se alejó en su moto rugiente. En Huancayo nos hospedamos en un hotel helado y ampuloso. Había una chica de apellido italiano. Traté de impresionarla, pero un solitario cadete de Chorrillos de convincentes ojos verdes se aventó y me la quitó. El chino había venido de sobretodo y sombrero, yo de uniforme. Veía pocilgas piojosas, en las que se arrastraban indios mezclados con gallinas y puercos. El sol me helaba. El granizo me enfadó. Pero el valle del mantaro era una ancha sierpe esmeraldina.

LA DESPEDIDA DEL CAPITAN BARANDUN: para disimular las defecciones viciosas los gobiernos apelan al escándalo revisionista, que empinga el patriotismo amojonado y efervesce por la complicitad de la prensa proclive a punzar odios que distraigan a los pueblos de los incumplimientos de los gobiernos matriculados en la democracia continental, jorobada ante las subvenciones para armamentismo y cuotas de materia prima que compra el compadre Rico.

Todos sabíamos que el viejo Coronel había estrategiado la guerra con el Ecuador pero otros se habían llevado los ascensos y la Historia los conocería como héroes. Barandún que siempre callaba debió cometer una indiscreción macha y sincera. Adoraba al Co-

ronel a quien yo y todos seguíamos hipnotizados por su cautivante oratoria y abertura de ideas. Inmiscuído queriéndolas o no, en los vicios de la política, en los orines que pisamos todos mientras no desatoremos el cubil anegado en pútrido boyardismo, amordazados, sangrados por los obesos pederastas millonarios, traicionados por el que está a nuestro lado y es un soplón, relegados por el pecado original de la inteligencia, herrumbados por una historia enseñada con frailuna mentira, el Coronel trataba con su apacible nobleza de adoctrinarnos de valor universal y exigirnos con martirizante disciplina el órgano mental que no florece en el marasmo manicuradamente conservado por la clase dirigente, o sea las familias ricotonas que se creen envidiadas y que su poder emana del Dios Algodón o el Dios Azúcar, y no son más que unos ignorantes melífluos. Pues bien, a Barandún como castigo lo enviaban a desollarse a un regimiento de alerta, justamente en lo que fuera el teatro de la guerra. Se reunió el batallón de cadetes. la despedida de Barandún. ¡Descanso!...

¡Jonnnn! Ordenó Loret. Asistió toda la oficialidad a
“¡Viva Barandún” gritó todo el batallón cuando este apareció.

“¡Firmes” gritó débilmente el jefe de cuartel y se adelantó hacia el coloso. Barandún ordenó ¡Jonnnn!, y según la liturgia de formaciones fué hacia el coronel parado en un ángulo, con las botas abiertas en compás y las manos cruzadas por detrás de la cintura y le pidió permiso como es costumbre para dirigirnos unas palabras de despedida. ¡Descanso!.....

“De todos los cuerpos que he servido este es el que me ha procurado más honor”... empezó con su voz grave, de inflexiones que decaían a veces por la gravedad del momento... Nos quedó mirando fijamente movía los labios gruesos bajo el bigote dorado... Trataba de transmitir una verdad intrasmisible

en una oratoria de lance reglamentario... (1) ... Miró hacia atrás como buscando ayuda del coronel. Era algo infantil y terrible. Barandún mirábanos vagamente, pero con una firmeza legendaria, de pronto alzó el brazo derecho y ordenó rutinariamente ¡Jonnnn! El batallón se cuadró con un estruendo con el que expresaba. Comprendía. Se rendía con una salva atronadora al respeto y la admiración, como bloques, tal una rigidez aliviante y benemérita. Barandún dió media vuelta, cruzó ante la oficialidad que lo saludó con denuedo llevándose las manos a las viseras y cruzó ante el coronel. Ambos se miraron en posición de firmes y se saludaron militarmente. Barandún desapareció.

(1) La Promoción Fundadora perteneció los dos primeros años al Ministerio de Guerra.

CAPITULO XXIII

LOS OCHO MARINEROS

Tac tac tac... son los tacones del Jefe de Cuartel.

Los veinticuatro de la séptima se meten en sus literas.

Tac tac tac... se aleja el Jefe de Cuartel.

Los veinticuatro de la séptima saltan de sus literas y se agrupan en un rincón. Un sólo cigarrillo va de boca en boca.

—La esposa del director de "EL COMERCIO" golpeó con su bolso al asesino, pero éste le disparó hasta que cayó encima de su marido... — Arteaga succionó la milimétrica colilla... — ahora tiene un monumento en San Marcelo... Recuerdo las fotos en los diarios. Parecía que la sangre manchara el papel...

—La gente estaba como loca con las ideas políticas —comentó Aspiazu fríamente...—, nadie mata por fe sinó por ideas generalmente inculcadas por doctrinarios profesionales... ¡puaf!

—¿Y los ocho marineros?— dejó caer la frase sibilinamente Hurtado que era de la octava pero se venía a dormir a la séptima sobre todo cuando olía el insomnio... ¡los ocho marineros que estuvieron prisioneros aquí, en capilla, antes de que los fusilaran!

—¿Qué pasa con los ocho marineros?— ojos, alientos y oídos estaban pendientes del "espiritista" Hurtado, llamado así por sus experiencias animistas. Un parte de castigo había estremecido de risa al batallón: "Cadete Santiago Hurtado, ocho puntos por vagar desnudo a altas horas de la noche". El "espiritista" confió luego a un íntimo que acudía a un "meeting" de almas en pena. Los soldaditos de la prevención empavorecidos casi disparan sobre el noctívago.

—Bien— Hurtado se relamió los negros la-

bios mochicas—, si se les invoca vienen...

—Calla cojudo, anda asustar a tu madre — chilló el gordito Rubín.

—¡Chissssssstttttt! — qué siga, qué cuente, qué hable... — todos se estrecharon...—. Recordé el asesinato de Sánchez Cerro. Asomado a mi balcón oía con espanto el galope de los coraceros de la Escolta que se desbandaban por todas partes como buscando una víctima propiciatoria para alancearla con sus venablos.

—Esta misma noche — prosiguió Hurtado bisbeando, los ojos desencajados, sintiéndose el centro de una veintena de atenta, hechizada audiencia...—, esta noche; si hacia las cinco de la madrugada vamos al “sitio que yo sé” los veremos. Rubín intentó gritar desacreditando al “espiritista”. Un racimo de puños amenazadores silenció a Rubín.

—¿Qué hicieron? dijo una voz temblorosa.

—Se amotinaron— informó Arteaga—, fueron juzgados por una corte marcial y les quemaron el cuero no sé si aquí o en San Lorenzo.

—Son las cuatro cuarentaicinco— hice notar—. Enmudecieron. Hurtado se irguió. Yo lo secundé. Poco a poco los demás se pusieron los capotes y nos siguieron. Hurtado como sonámbulo iba delante. La bruma lechosa solo dejaba ver los perfiles ennegrecidos de los pabellones y el remate de la torre central.

—¡Aquí!— Hurtado señaló un sitio en el pedregullo de oxidada sílice frente a la empalizada vecina al mar. El grupo se detuvo con la respiración anhelante. Hurtado se apartó un poco y empezó a invocar mudamente moviendo los labios. De pronto entre la niebla “vimos” ocho uniformes azules dibujarse y desdibujarse en la bruma ácida. Rubín corrió. Clareaba ya el día. No distinguimos más. Volvimos en silencio y en silencio nos acostamos.

CAPITULO XXIV

LA VISITA DE ARTEAGA

Sorprendido intestinalmente. Sforza vino a pie desde la Magdalena a leerme unos poemas. Era 1º de Mayo. La ciudad estaba paralizada.

Sorprendido en el escroto y en el alma. Arteaga vino un domingo, de paisano. Llevaba un chal cubriendo el negro cogote, chaflando la jeta. Arteaga azezaba con asma incipiente. El domingo era un domingo sucio, vacío, penetrante, estreñado.

—Tengo angustia— me dijo el negro Arteaga— ayer fué sábado de gloria y sin embargo vi parejas en el Campo de Marte... ¡qué falta de respeto!—. Arteaga quería llorar.

—Ven, vamos a la iglesia, —díjele—. Lo agarré por un brazo y lo levanté. Se sorbió los mocos.

Hacía años que no iba a la iglesia. Desde mis estudios en el claustro agustiniano. Beatas con mantillas de negra arpillera encajada. Viejos con un pie en la tumba. Hombres jóvenes con ansioso fanatismo en los ojos. Lisiados con fe ortopédica. Jovencitas de senos puntiagudos contrastando con la gangosa mística voz que reclamaba desde un púlpito, todos entraban lentamente por las puertas de San Pedro, a dos tiros de piedra de mi casa.

El altar mayor incendiando de churrigueresco ardor.

—Moja tu mano en el agua bendita —le dije a Arteaga. El negro dócil, se santiguó maquinalmente, al besarse el pulgar con el índice cruzados permaneció con un bello pendulante.

—Hermanos míos— dijo con voz hueca el predicador alzando los brazos para desembarazarse de las holgadas mangas de su talar—, dijo Salomón Un muchacho paseaba camino de su casa mancebo falto de inteligencia

era la tarde que ya oscurecía
y una mujer le salió al encuentro
con atavíos de hembra maliciosa de corazón
vulgar y pendenciera inquieta de pies
se escapaba de su casa a las calles y plazuelas
acechando por todas las esquinas
y encontró al muchacho y lo besó en la boca
diciéndole que era a él al que buscaba
ven a mi cama ataviada de paramentos
recamada con cordoncillo de Egipto
he sahumado mi cama ven
con mirra, áloes y cinamono,
ven embriaguémonos de amores hasta mañana;
porque mi marido no está en casa;
rindió al muchacho con mucha suavidad
con magia de palabras
y el muchacho fue como ave propicia al lazo
porque ella vence a los más fuertes
caminos del sepulcro son su casa,
que descienden a la cámara de la muerte...

Arteaga miró al fraile. El fraile miraba a Arteaga. Arteaga miró al fraile. El fraile a Arteaga. Arteaga al fraile miraba...

—¡Vamos Bruno — gritó traspasado de angustia.

Morada espada de angustia de domingo.

CAPITULO XXV

EL CAPITAN OLIVEIRA

El capitán Barandún fué reemplazado por Oliveira, cara de mellada culata y alma de correaje seco. Era un hijo de puta. Rastrillado el cutis por chirlos de viruela. Plisados párpados de ineludible crueldad. No se tomó la molestia de convocarnos para el saludo de recepción. Anunció Revista de Cuadras. Esta frase, al parecer insustancial me causó años más tarde malestares reflejos en el estómago pues se realizaban luego del rancho del medio día. ¡REVISTA DE CUADRAS! dimensión mayor que la simple revista de policía. Rangal o Barandún se contentaban con rasgarnos los pantalones en las costuras desprevenidas, exhibiéndonos como bataclanas en posición de firmes y pedir luego "diez últimos" en coser la rasgadera. Pero Oliveira...

—¡Buenos días mi capitán!—. Aguirre entrecocó los botines. Oliveira no se ocupó de contestar. Una mueca de risueña amargura plegaba sus labios descoloridos. Cuando el extraño oficial volvió a cruzar por el patio de aulas latigueando sus botas con una ramita desbrozada, el "bocón" Aguirre reiteró con cachita: "¡Buenos días mi capitán!"...

—Oiga bocaebuzón se saluda "al frente" pero no se habla. Guárdese la trompa para lamer el taburete esta tarde ¿qué sección es usted?

—Sétima, mi querido capitán, tercera compañía.

—¿Mi "querido" qué?...

—Disculpe el entusiasmo.

—¿Usted es de la sétima? —sádica alegría brilló bajo la gorra de forma nazi que encasquetaba grotescamente el destemplado rostro de Oliveira.

—La de "los degenerados", a sus órdenes mi querido capitán.

—Eso de "querido" métaselo en el culo.

—Orden cumplida mi quer... digo mi capitán.
—¿Con qué "la de los degenerados" eh? ¿Quién es el brigadier?

—El "charapa" Reátegui...

—¿QUEEEEE?... ¡firmes!

—¡Fiiiirrrmeees! ¡Orlando Reátegui Cahual!

—¡Llámelo!... ¡Aguante!... Usted que es un bocazas sabrá decirme si es cierto...

—¿Cierto qué, mi quer... mi estimad... oh... digo mi capitán?

—Que no hay oficial que no pueda con ustedes.

—¡Cierto mi querid...!

—¡Firmes!— Oliveira introdujo el vergajo en la bocaebuzón de Aguirre.

—¡Fiiiigggmes!— respondió subalternamente Aguirre mordiendo el vergajo.

—¡Paso ligero, llame al brigadier de la sétima! ...¡Alto! ¿Qué es "eso"?— Oliveira me señaló al tiempo que trataba de ocultarme en una palmera del jardín de aulas.

—"Eso" mi querido capitán es el cadete Bruno Garmendia honra y prez de "los degenerados"... gana todos los concursos literarios del colegio.

Oliveira enganchó un dedo reclamándome. Me aproximé.

—Hay algún sitio que esté limpio en este uniforme ¡qué uniforme! en estos harapos — chilló señalando dramáticamente mis vestiduras.

—Es un caso excepcional. ¡Considérelo mi capitán! ¿Qué haríamos sin Garmendia?

—¿De qué está disfrazado?... ¡conteste!

—Es inútil, es inútil... —soltó Aguirre No abrí la boca mirándolo con hostil ausencia... Oliveira procedió a "descoserme" con precisión cirujana.

Desmangándome. Despantalonándome. Quedé hecho un espantapájaros.

—¡Pero ni siquiera tiene calzoncillos!—. Atónito Oliveira señaló mis frutos genitales, inocentes y recogidos, expuesta mercadería de la tarde ventarrosa.

—Conceptos particulares de la higiene mi querido...

—¡Llame al brigadier! ¡Paso ligero!—. Aguirre salió volando. El capitán dió vueltas en torno a mí. Incrédulo. Su encallecida alma se encontraba ante un motivo de excitación desusual en grado luctuoso.

Me desbolsilló a su gusto disfrutando del ruín ruido de los rasgones. Procedía lento y feliz. Convencido. En toda su carrera no había hallado "algo" más propicio al holocausto de sus perversidades principistas. ¡raaaaaaaaaagggggggg, cruajjjjjj, troppppppppp, fhissss! Los botones saltaban. Tañían las bastas, gimió la sisa, las hombreras arrancadas de cuajo. Miró mis zapatos sin piolines y ordenó quitármelos. Los lanzó a la pileta. Quedé calato con mis libros en las manos.

Los libros eran tabú para Oliveira. Trató de tomarlos pero una repulsa le aguantó las muñecas. Llegó Reátegui con Aguirre. A paso tardo detrás de los primeros llegó otro cadete.

—¿Es usted el brigadier de la sétima?

—¡No! — rugió respetuosamente el indómito "charapa", Reátegui.

Oliveira miró como una fiera a todos los circunstantes. Aguirre abrió la boca pero Sforza que se cuadró negligentemente explicó:

—Soy de la quinta, pero me han enviado por razones que no son de mi incumbencia a la sétima...

—La de "los degenerados" — intervino para cerrar la boca que había abierto el cocodrileo Aguirre.

—Así es mi inapreciable Aguirre — prosiguió Sforza y continuó dirigiéndose al inmutado oficial—, como quiera que en el cuadro de méritos del batallón soy el más “calificado” o “antiguo”, he tomado el mando de la sétima... ¡Eso es todo capitán!

—¡“Mi” capitán! —bramó Oliveira destrozando la ramita entre sus manos temblorosas de ira. En su vida le había ocurrido algo semejante ¡y con mozelos cagones!

DIA DE REVISTA DE CUADRA: Damero de losetas encerado. Los fusiles engrasados por egipcíacos procesos de conservación. Mirra y áloe. Literas apechugadas según la última moda de West Point. Murriendo, más he aquí que viviendo en las zarzas de una inmolación, en azotes, en cárceles, en el ayuno de la imaginación.

CADETE BRIGADIER SFORZA.— ¡Un mes adentro de “La Bastilla” por el menor error o falta, en la Revista que inminente y aciaga practicará el capitán jefe de la tercera compañía a horas 13’... ¡Con la sétima tención! ¿Dónde chucha está “ganzúa” Concha?

CADETE CONCHA.— ¡Preeesente!

CADETE BRIGADIER SFORZA.— ¿Ha sido saqueada la cuarta para proveer al cadete Garmendia de nuevo uniforme de aulas?

CADETE CONCHA.— ¡Orden cumplida, el falsificador de marcas está terminando su comisión!

CADETE BRIGADIER SFORZA.— ¡Falsificador de Marcas!

CADETE DONAYRE.—Preeesesente! (QUITAN-DOSE LA AGUJA ENSARTADA DE LA BOCA). ¡Sólo falta una marca!

AULLIDO PROVENIENTE DE LA CUARTA SECCION.— ¡¡Ayyyyyyyyyyyyy, por la recontramilputa madrequeloparióladrónmalditomiuniforme, brigadier me han robado!

CADETE BRIGADIER SFORZA.— ¡Firme el corazón, el hacha está acicalada, inmisericordes, ah de la sétima! ¡Garmendia!

CADETE GARMENDIA.— (IRGUIENDOSE PEREZOSAMENTE DE LA CAMA). ¡Velad, estad firmes en la fe, esforzaos!

CADETE BRIGADIER SFORZA.— ¡En bondad, en castidad, en longanimidad te tributamos oh Garmendia admiración ante la inmundicia de nuestra carne, pero hoy, censo de gentiles, rogámote arreglar tu litera y...!

CADETE AGUIRRE.— (ENTRA VOCIFERANDO). ¡Oliveira viene, no comienza por la sexta, viene directamente aquí!...

CADETE BRIGADIER SFORZA.— ¡Metan toda la arregalada mugre de Garmendia en su taburete, échenle el candado!... ¡Con todos, atención!... ¡Me cago, desarruga tu litera Bruno!... ¡Saludo al frente, saludo! (ENTRA OLIVEIRA CON AIRE DE ANGEL EXTERMINADOR LUEGO DE HABER HECHO UN VIAJE DE PLACER A LAS CATARATAS DEL NIÁGARA, QUE SATÁN CONVIRTIO EN CHORROS DE ARENA CON ANIMO EXPRESO DE FREGAR AL ANGEL EXTERMINADOR OLIVEIRA).

CAPITAN OLIVEIRA.— ¡Brigadier, esté o no todo en orden anóteme cinco cadetes que hayan incurrido en alguna falta, de otro modo se anota usted un mes sin salida!

(LA ATMOSFERA SE DESCONGELA PARA

TORNARSE EN AZOTE, HIEL Y DESESPERANZA ASENTADAS EN LA SECCION ELEGIDA. BAAL: NO QUEDARA PIEDRA SOBRE PIEDRA, ODIOS Y FLAGELOS ADJETIVARON LOS PECHOS, VENGANZA CONTRA LOS FARISEOS ADULTOS Y LA JERARQUIA TEOCRATICOCASTRENSE. DESGARRADOS, TRISTES Y MARCIALES. ESTAMOS MUERTOS. AZOTADOS PUBLICAMENTE SIN SER CONDENADOS).

RUIDO DE BOTAS CAPITANAS.— Tac...tac...
tac...

CAPITAN OLIVEIRA.— Todo en orden, sí, limpiísimo, perfecto... (PASANDO EL DEDO POR LOS TABURETES). ¡Da gusto ver y oler una sección tan perfecta!... ¡Diablo, qué bien cosidos estos bolsillos! ¡No los rompe ni el campeón de nudo de guerra! ¡Veamos los taburetes... (HUSMEA EN EL PRIMER TABURETE, RELUMBRADO EL SATANICO ROSTRO DE ADMIRACION. SILBIDO DE RESPETO ANTE LA PULCRITUD A LA ENESIMA POTENCIA SERVIL. COJE LAS ZAPATILLAS DE DEPORTES). ¡Oh, qué bien lustradas pero...! (SUJECION AL PECADO FLAGRANTE Y DESCONOCIDO... TERROR INCONFESO Y DESPEÑADO). ¿... pero no sabe la sétima sección que las suelas de las zapatillas de deportes "también" se limpian y rasquetean? (OLIVEIRA CON LUZBELICO DELIQUIO RESTREGA LAS SUELAS ENLODADAS EN LOS ROSTROS ROJOS DE SANGUINEO PUDOR. HERIDA DIGNIDAD TIZNADA POR LA HUMILLACION ZAPATERIL DEL DESPOTA AUTORIZADO POR SIGLOS DE TRADICION Y GLORIA DE ARMAS, OH CACHETES OFENDIDOS LENTAMENTE POR LA ESTULTICIA DE UN PRETOR ABORRECIBLE. LLEGA HASTA EL TABURETE DE GARMENDIA. DUELO DE MIRADAS. GORGOTEO EN LA GLOTIS DE GARMENDIA PREPARANDO UN

El Capitán Oliveira

SALIVAZO EN CASO DE SER RESTREGADO. SONRISA DE OLIVEIRA. MIRA EL TABURETE QUE HA PERMANECIDO CERRADO, COMPRENDE QUE NO ES NECESARIO ARRIESGAR QUE LO ENTUER- TEN CON BABA SOBERBIA). ¡Abra su candado! (EL CANDADO ES ABIERTO Y LA TRAPERIA EMPUJADA CON DESESPERADA PREMURA RUEDA POR LAS LOSETAS PULIMENTADAS ARDOROSA- MENTE). ¡Brigadier! ¡La sétima castigada un mes sin salida!

Y vi otra señal en el cielo
grande y admirable, que era siete ángeles
que tenían las siete plagas postreras;
porque en ellas es consumada la ira de Dios...

CAPITULO XXVI

EN EL "ATELIER"

Llegamos tan quebrantados que la angustia no tenía lugar en la fatiga.

—Algo me chorrea por los pies — le dije a Anderson — al tiempo que caía sobre la litera semidesvanecido. Anderson me quitó como pudo los botines y me restañó la sangre con la toalla. Más allá Sforza jadeaba y fué conducido a la enfermería. Oliveira en la campaña "Batería Espinar" había forzado al batallón a marchas inhumanas y ensañándose con la sétima en especial. Esto le costó un castigo del Coronel y que lo enviaran a podrirse de hastío en un puesto de avanzada limítrofe. Arrastrándome decidí zambullirme en la pileta del patio de aulas. El simulacro había sido peor que una campaña de "a de veras". Como Narciso miré las aguas espesas y me zambullí pero en vez de perecer robustecieron mis energías. Vi el altillo que servía de "atelier" a los que seguían el curso libre de pintura y que no harían ni media docena. Experimenté deseos de echarme en el suelo de ese embrujador solaz, tan lejos de la arquitectura militar que lo rodeaba. Ascendí las escaleras penosamente con mis pies húmedos y desnudos que me ardían punzantemente.

Abrí y vi dos uniformes entrelazados. Eran dos cadetes. Uno de ellos el que estaba en rara pasividad era Fernando, el otro, uno que ahora es un idóneo sobrecargo superada la ambivalencia erótica. Mudo, no supe cómo reaccionar: "¡Hola qué tal la campaña!" me dió el que más me inmutaba... "Bien...dije tímidamente por decir algo..." ¡Oh, yo creí que iba a ser terrible por eso nos escondimos aquí"... Cerré la puerta y regresé a la cuadra. Siempre estuve seguro que veedor de un acto enmalezado me iba a obligar a disparar o conducirme a extremos iracundos. Con Fernando seguí siendo tan amigo. La vida me enseñó luego que el sexo es una gama y el sexo humano una dolencia continua.

CAPITULO XXVII

LA RAMERA Y LA BESTIA

Después que el sol heráldico se había hundido en la melancolía concreta de Lima. Después que impalpabilizable el véspero se había derramado tiñendo de violáceo los automóviles, el tiempo, y había enmantillado los transeúntes y el mundo se claxoneaba apagadamente. Cuando los monumentos se caían bajo las sombras abatidoras y la vida asesinaba con su ritmo de reloj (aunque en realidad todo es un sapiente alumbrarse a sí mismo, como una luciérnaga en el augusto sacramento de la tarde...) nos fuimos con Arteaga a los burdeles.

La avenida Grau parecía haberse matriculado (tortuga inmaterial de lo fúnebre) con el leprosorio sistemático de las pompas fúnebres. Obligatorio camino de las carrozas de negros penachos que iban al dulce agusanamiento del cementerio, portando cadáveres de cera y una retahila de autos con cholos compungidos y sonrientes. Cruzamos. Era un "jirón" (1) flaco, chato, amarillento y alumbrado como con zumbidos. Las meretrices estaban arracimadas en ventanas practicadas en las macizas puertas. (Se trasmitía por cada molécula el olor indefectible de prostituta acicalada, y esas puertas rojizas eran las del infierno...

—Me bailan las piernas dijo Arteaga...

—Has estado antes con alguna mujer —dije.

—No sé. Agarraba a una gorda

Era muy chico... ¿Y tú?

—Nunca lo he pensado. No sé cómo es.

—¿Y ahora a qué hemos venido?

—Vamos a ver. (La arteria del oído izquierdo me latía de una manera pulsante.) (El mar detrás de los acantilados movía sus labios de vidrio).

Soldados y marineros medían la opulencia de los pezones, y sentían masturbadoramente un placer de a media libra (Banco de la Reserva), y con los

demás masturbadores visuales, se apelonaban en las puertas donde se colaba un parroquiano que trataba de agazapar el rostro mientras la meretriz triunfante gritaba al proveedor por algún implemento que le faltaba para la operación. De pronto una putita me llamó.

—¿Por qué no entras? — Se corrió el tirante del sostén para ofrecer la mercadería magra de un hombro escuálido (¿Y el amor?)... Arteaga salió a escape... “entra, entra, entra”...

El cuarto hedía dulzonamente a semen, papel higiénico húmedo, en un brasero se quemaban hierbas crepitantes. Sobre el chinchoso catre abría sus brazos ecuménicos un Jesucristo de estampa comprada en la vidriería de algún japonés. Era un Cristo Rubio, barbilindo, con un corazón sangrante y coronado de espinas, de tiernos ventrículos. Sobre ese corazón alucinador ardía una llamita amarillenta. Olía a ruda que es la hierba de la suerte de las rameras. La mujer se tiró en su camastro y abrió unas piernas de rana. Su sexo era morado vivo oscurecido por una pelambre ensortijada...

—Bueno... ¿qué esperas ...¡demuéstrame qué eres hombre!— dijo sin convicción y bostezando. Los ojos azules del Cristo relumbraron desde su tricomía barata. No experimentaba nada. Ni asco. Estaba anonadado por ese sapo-hembra de pierrecitas en forma de tenazas.

—¿Qué crees, qué mi tiempo no vale? — se indignó tramposamente para que le pagara y me fuera. Miré la estampa. El Cristo había agarrado su corazón sangrante y me lo ofrecía. Aterrado saqué media libra de un bolsillo, la puse sobre su velador y esperé con la frente baja ante la puerta. La tipa abrió. “¡chau amor, vuelve!” profirió con burla can-

sada.

Bestial la noche de mercenarismo, lo encontré a Arteaga que me aguardaba. Una chica de quince años freía pescado. Un cholo gordo voceaba preservativos... (árbol de caucho, pioneros caucheros, heroicidad en la selva, industria, cultura occidental, enorme, metiéndose por el huequito de una tarde putañera. Good Year. Subproductos, Jebe... jebe... millonés... millonarios, bancos...) el cholo voceaba: "¡jebes, jebes!"...

¿Qué país? ¿Qué turbia marejada volvíalo hipócrita, embustero, desvanecido, hipócrita? El apra que perseguido, encarcelado, mártir y retardado en su justicia de médula popular, se lanzaba ahora a las calles, víctima de una amnistía, de una elegante defeción de Prado, de súcubos e ícubos que fermentan la vida política de la nación prostituída por sus propios hijos. Mi emoción política era una cáscara. ¿Qué cosa era ser peruano? ¿Cadete? ¿Hombre con derechos apaleados por la guardia de asalto o el dogma de pactos secretos entre millonarios y las alzas y bajas de Wall Street? ¡Mierda! ¡Jebes! ¡Putas! La Bestia aurífera. Propaganda. SOLO EL APRA SALVARA AL PERU. ¿Qué Perú? ¿El de contenidos ovarios tensionado por las potencias mundiales? Pero ahora la plebe descañonada por las calles, vitoreante, en Día de Ira, se concentraba lenta y tenaz, sucia, desarrapada y presurosa, con una escuálida esperanza inyeccionada de pavor por una libertad desesperanzada. Por un grito estrangulado en su fetal turbonada, un aullido de dolor cholo, insolente y esclavo. La Plaza San Martín era una colmena de hormigas rugientes.

—De aquí lo veremos mejor — dijo Sforza. Pujamos entre la multitud que olía a sexo sucio y contenido. Arteaga no resistió al calor avernal y se fué como gimiendo. Una enorme bandera ondeaba ociosamente encima de un balcón. Enormes

cartelones y efigies del Gran Líder sobresalían por ese tumulto pestífero y ardiente. Los caballos de las fuerzas regulares de choque a la expectativa; flanqueaban a la muchedumbre, cagando y meando con indiferencia equina. Los sables tintineaban en las monturas. La estatua de San Martín miraba hacia el mar distante. Como una torta conmemorativa.

Como si la historia lo momificara todo con su inexorabilidad, y le cobrara cuentas hechizando su heroicidad hamletiana. América desposeída de su crueldad de tuétano católico, Perú, Lima, Plaza San Martín, chanfaina de ideas torvas y clarividentes. SOLO EL APRA SALVARA AL PERÚ. El mercado del Pacífico y el Atlántico abierto a la ambición anglosajona: "¡Arriba el Apra compañeros!" entonaba la bestia de millares de testas con la música de los Derechos del Hombre. ¿Qué Derechos del Hombre? ¿Somos hombres los que moramos aún clamando de trópico a trópico, de antípoda a antípoda?

—Allí está — el brazo de Sforza se distendió hacia un punto del balcón...—. Un vitoreo craquelador de tímpanos resonó en la plaza. Era el Profeta. El legendario perseguido con hambre y sed de justicia de su pueblo. Alzó las manos. Se produjo un silencio de lazareto. "HOY ES UN DIA DE EMOCION Y DE REENCUENTRO" empezó esa voz cautivadora. De serrallo, de Emir engolamiento vaticinador y fariseo... "EN ESTA AGORA PLAZA"... la voz resonaba como lánguidos estampidos de una cónclave derviche...

—Es un discurso maravilloso — bisbeó Sforza. Sus ojos brillaban extrañamente detrás de los espejuelos. Los perfiles se unían en el vórtice de aquella voz de encantador de serpientes. Yo no sentía nada. Me percataba de una electrización rodeante, que respiraba su propio hedor. Me acordaba de la muer-

te de Leguía, de los coraceros de orirojinegro pánico cabalgar, de los balazos en el torso de Sánchez Cerro. De los odios despertados por los diarios en titulares de patetismo hiriente. De la persecución y martirologio de apristas, que yo no comprendía dentro de mi clase social de epidermis blanca, por qué se entregaban a un neronianismo ni que buscaban con la libertad. ¿Libertad de qué? ¿Para qué? Pero la libertad era la libertad y la palabra no era sólo un invento. En todo caso una infamia filosófica. Un albedrío sujeto a tráfico. Siguió luego la rebelión del 3 de Octubre. El Palacio de gobierno se zarandeaba como un regio disfrazado. Los militares cabalgaban sobre la nación. Todo el mundo tenía la razón pero no la digería. Un oficial de marina se suicidó. Marineros y soldaditos cayeron bajo balas. Cañearon el Real Felipe. El apra reptaba resbalosamente y para sobrevivir y cambiar de piel ritual, pactaba y pactaba. Odría, un general con rostro adoquinado y rapaz tomó el mando de la nación... ¿Qué nación? Se formó un Congreso. Y otro. Y otro. Todo el mundo se daba las manos con el beso de Judas. El General vino una vez al Colegio Militar cuando me empleé de dómine en franchute. Era rubión, elegante sin ser distinguido y emanaba el poder satánico de diablo menor, de tiranuelo latinoamericano. Conciente de su poder y su debilidad. Habló aflautadamente. El Profeta se asiló en una embajada. Pero al cabo de años salió tan tranquilo. Los esbirros del General habían matado apristas evangélicos. Pero la política es la política y el General y el apra se dieron las manos para formar el gobierno del legislativo en un país donde la ley es agria crema chantilly. Volvió a reynar Prado. Destituyólo una tetrarquía militar que zafarrancheó y convocó a comicios. Eligieron a un Presidente Bueno, progresista y de buen ver. Habían levantado un monumento a los cholos que cayeron peleando por la

patria en las campañas contra los ecuatorianos. Allí en el desolado Campo de Marte, los degenerados y los amantes dejaban las excrecencias de una libido furtiva. En una patria sin letrinas públicas, también defecaban junto a ese monumento, los pobres cholos a los que ni siquiera les es permitido cagar. Hasta que en un rpto vindicatorio y a raíz de un reavivamiento de hostilidades ecuatorianas, se acordaron de limpiar el monumento, y rodearlo de luces y cadenas.

CAPITULO XXVIII

LOS NIÑOS DEL PARAISO

En la salina navaja de la tarde.

Orden del Día.

Director interino Teniente Coronel Esteves (calvado cráneo de centurión, irrigante corazón de bravo, voz cuadrumana, ligero tic en el hombro izquierdo, torneadas botas de broche).

—...“los miércoles y jueves se da permiso de salida al cadete Bruno Garmendia de las 17 a las 19 horas, para seguir estudios de perfeccionamiento musical en el Conservatorio Nacional de Música”...

Murmullo del mar-batallón-saludo a la bandera...

—¡Brigadieres, anotar cinco por sección!...

Beethoven ascendía desgravitado hacia los cirros que empujaba el viento: sinfonía de la salina navaja de la tarde.

—¡Castigos! —aulló el Brigadier General. (Heladera de genitales, silencio de olor a espada) ...dos días al suboficial Cordero por... (pobre cholo con mujer preñada, orden, paz y trabajo; disciplina, moralidad y trabajo!)... cinco puntos a los cadetes A, B, C, D... (¡la tarde relumbró, marítima la noche!)

—Ha embrujado a Esteves —comentó el “espiritista” Hurtado.

—Te presto mi “polaca” a tí te va bien —se ofreció Aspiazu.

Conservatorio Nacional de Música: Faraónica ratonera deshichada por el metrónomo y el chirriar de estudiantes descoagulados.

Bocinazos, Gorgoritos, arpegios de instrumentos gemidores, torturados. Melenudos rascatripas miraron el insolente uniforme. Una profesora menopáusica me hacía aguardar junto a una jovencita judía de conmovedores granos en las paliduchas mejillas: pan pin

pan pin pan pin pan pin... Agarrrotada mecánica de los dedos y una mandada a la mierda a la profesora. En vez del Conservatorio ¡a la cazuela del Municipal!

Con un viejo impermeable ocultando el uniforme ascendía las rampas hasta llegar sin aliento a las bancadas circulares. Abajo. Abajísimo el escenario iluminado de amarillo deslumbrador. La artillería de aplausos recibió a Bruno Walter. Las hormiguitas enfracueadas detuvieron sus afinaciones para mirar con sorprendente disciplina al famoso intruso. La bestia de metal, cuerdas, parches y crótales se agazapó esperando la señal de la batuta:

—Para empezar el primer compás de la Quinta hay que fraccionar de tal manera los valores de los silencios de espera, de tal modo, que el efecto sea el que concibió Beethoven... —El que hablaba era un hombrecillo de protuberante calavera orlada por una cabellera negra pegosteadada a las sienas hundidas, por chulapas en forma de cola de pez.

—¡Chissssst!—. Conminaron los que se hacían los respetuosos y cultos.

—¡Fíjese! —Qué Maestría con un dedo ha frenado el "crescendo"!

—¡Chissssst!....

Miró despectivamente a los Niños del Paraíso.

—Son unos huevas, no saben nada de música...—chapóme de un brazo y me sentó a su lado:—¿estudiante del Conservatorio?

—No. ¡Jum! Bueno no me gustó y me largé. Soy cadete del Leoncio Prado. Toco al oído... piano.

—Y lo voy a presentar a Chabelita que le va a enseñar con paciencia —susurró —, es mi amiga, añadió con un timbre trinnnn de orgullo orrrrrr...—

—¡Chissssst!....

Los tablones aplanaban el rabo y dolían hasta topar el cocxis. Sin respetar la Sinfonía, los mingitorios (DAMAS a la derecha, HOMBRES a la izquierda) eran entreabiertos con descarada pestilencia a orines que quedaba flotando mezclada con la culta atención auditiva. Pausa. Empezó el "Scherzo"...

—¡Chissssst!...

En el intermedio me relamí contemplando el blasonado teatro. Me acordé del Presidente Leguía. Los balazos en la espalda a Sánchez Cerro. Ahora se llamaba Teatro Municipal. Los rojos tapices sudaban en todas partes, Cariátides de coneiformes tetas suspendían lámparas sobre los espectadores de platea. Obesos, calvos y gringas perfectas. Liras, faunos y máscaras alegóricas remataban las pancitas de los palcos. Chocolateros y vendedores de coca-cola destapaban, daban vuelto, se apresuraban como si el Intermedio fuera el intermedio de sus miserables existencias. Al finalizar el concierto bajé con el tísicoide diletante. Se presentó. Se llamaba Román. Violinista fracasado. Jamás faltaba a un concierto. Me presentó a otros delintantes amariconados, cultos, gentiles. Me presentó a Chabelita pero nunca fuí a estudiar a su academia. A Román lo apodaban "Beethovencito".

—¡Chissssst!....

Fuimos a la librería "Universidad" que cerraba tarde, para hojear libros de musicología.

—Ahora sí que llego fuera de permiso... se me pasó la hora...

—¿Te castigan?

—Claro. Dime ¿quién es la que toca el arpa?

—Un italiano.

—No. En el Conservatorio.

—¡Ah, es Aurelia la hija del Director!

Atraído por un gemir de hapsicordioso ejercicio entreabrí una puerta. Estaba ella con su uniforme azul de San José de Cluny. Sin quitar los dedos del cordaje me miró con sus ojos de gacela ámbra, artera y diosa.

Empezó la garúa en Lima, maldición perfumada y "Beethovencito" se ajustó un astroso gabán color gato desteñado y tosió.

—Mierda... llueve—. Y se fué señalándome su hotel. ¡Oh Flor Azul de Novalis! Aurelia. ¿Nombre? Cámbala de garúa. Detenida arpa. Detenida vida. Hasta hoy día viejos y animosos por haber perdido lo que no se pierde nos amamos en el torvo silencio de una nación exterminadora.

"Beethovencito" murió tirado en su hotelucho de la calle Cequia Alta.

Garúa, garúa, arpa, arpa, tisis, tisis, Lima, Lima...

Orden del Día.

Silenciosa navaja de la tarde.

— ... quedan sin efectos los permisos de salida del cadete Bruno Garmendia... firmado Coronel Director Juan Mendiola...

Desenvainado sable...

"tu tu ru tu tu ru tu tu ru tu tu ru ru"...

Bajan la bandera ¡saludo al frente.. saludo!
Purpúreo, linfático, desernabolado, arriaron el bramante sangriento de la patria...

jamás de sus heridas ya se salva.

quien al amor más alto se convierte

NOVALIS.

CAPITULO XXIX

LA FLOR AZUL

En la cuadra observé la quietud del dormido rebaño. Las nasales rechiflas de los hipnotizados. La luna: melódico faro alumbraba quedamente. Me planté en medio del dormitorio y a voz en cuello empecé un manifiesto que despertó por jolines a la sétima:

—El hombre vió primero que en la naturaleza había cosas grandes e inventó la palabra grandeza... Ahora bien, después observó que en las creaciones naturales y artísticas hallaba cosas grandes y bellas y la primitiva grandeza tomó el concepto de grandiosidad... ¡Decidme roncadores de mal formados tabiques nasales de la sétima! ¿Habéis sentido el impulso de la grandiosidad de la música que cien esclavos construyen forrados en sus fraqués leyendo obesos las patas de mosca de un genio?...

—¿Qué chucha pasa? — interrogó en sueños Dragomar.

—Pasa — continúe—, que las lenguas no son otra cosa que un sistema de derivación...

—Clase de castellano... Profesor Arista... mañana... —gorgoteó Sánchez—. Me fuí a su litera, tonificado con el mayestático sacrificio de Beethoven y destapé el cubierto rostro mirando la ausente máscara de mi compañero...

—Eso... eso... —grité en el amarillento jade sonambúlico que tenía dos invisibles rayas bajo las ausentes cejas—, hay que preguntárselo mañana al Profesor Arista... Ya Schiller decía que la música empieza donde mueren las palabras...

—¿Quién se ha muerto? — apuntó semidormido el "charapa" Reátegui dándose vueltas en su cama...

—¡Vosotros estáis muertos!— vociferé afiebra-

do de embriaguez beethoveniana. Sonó un cuesco.

—¡Pequeñas bestezuelas sordas y bienamadas en vuestra torpe rutina glandular, sabed que para Beethoven la música era una revelación más alta que la filosofía...

—Filosofía... ética... moral... de nueve a diez de la mañana, jueves y sábados cuando no hay ejercicios de campaña... Profesor Lozano...—babeó Sánchez sudando en su sueño.

—He aquí pues que un bien criado gusto por la música — proseguí desabotonándome la guerrera de parada—, contorno que habla a los sentidos, con extrema y directa pulcritud, invade y toma aliento en el verdadero espíritu de las cosas y los acaeceres, no así vuestra maliciosa inteligencia negada para el adusto arte del sonido... ¡Hasta mañana, ah de la sétima, esta noche he dialogado con cien escarabajos musicantes que un corifeo insuflaba con su batuta! ¡Oh los primeros compases de la Quinta!... ¡Oh si algún día sintiérais el gozo eterno y visceral del segundo de la Sétima!... —Y caí redondo en mi litera para roncar como los demás tripulantes de la escorada sección...

—¿Qué carajo va a mover a la sétima? — preguntó Rubín bostezando y partícipe de la somnolienta intriga general.

—Garmendia hablaba — acotó limpiándose las gafas en su sábana Sforza —, de una sinfonía y tengo mis razones para aseverar que aludía al celeberrimo "andante", mi inapreciable Rubín, de la Sétima Sinfonía de Beethoven, llamada "la de la danza" ..¡jum!... ¡A dormir muchachos! ¡Admirable! Mañana pediré a nuestro camarada Garmendia una pequeña bibliografía. Pienso ampliar mi cultura musical... Aooooohhh...—bostezó arrebujiándose en los tocuyos.

—Bien, si no se trata de que la sétima participe en maniobras con la sétima en “andante”, que fue lo que entendí, (y tengo resuelto entrar a la FAP no a quemar pezuña en la Infantería), si es así no hay cuidado por la rechucha... ¡Hasta mañana!...

Amaneció la mañana mañanera.

—¿Qué te pasó anoche. — los amarillentos ojos de Dragomar me miraban inquisitivos.

—¿Qué relación puede haber entre la Niña que toca el Arpa y la Flor Azul? Consagraré mi corazón a esas emociones.

—¿Quién es la que toca el arpa?

—No sé... Habita a la vuelta de mi casa detrás de unos mamparones polícromos... la he visto cruzar por la catedral... Entrar en el Conservatorio... ¡Oh Dragomar!... No podía ser de otra manera porque su presencia lo torna todo solemne... Mi amigo se alejó ajustándose el cinturón, (blancuzca mañana interrogativa de onanismos)...

CAPITULO XXX

LAS PALTAS DE SFORZA

Sforza miró una nube y creyó ver a los Siete Angeles estar sobre un mar de vidrio mezclado con fuego y una gran voz que le decía: "id vosotros de la sétima y derramad las siete copas de la ira de Dios sobre la tierra!...

—Anderson — confió con alterada voz Sforza a su compañero—. Ve y reúne a la sección, algo me ha sido revelado...

"—Haremos un gran banquete — nos anunció Sforza — pues he visto y oído señales porque Dios ha puesto en nuestros corazones ejecutar lo que le plugo, y enviándonos ha siete ángeles vestidos de blanco lino, con siete copas de oro, que al son de arpas eólicas han cantado:

PRIMER ANGEL: Id y derramad la ira de Dios en nombre de la sétima y ofreced un banquete que con ello alcanzaréis la victoria sobre la bestia...

"SEGUNDO ANGEL: el segundo angel derramó su copa sobre el mar de La Perla y la convirtió en sangre como de muerto significando el duelo de Dios mientras no se desagraviare su tutela sobre los justos...

"TERCER ANGEL: derramó la copa sobre los ríos y las fuentes secándolas para que haya la sed de venganza...

"CUARTO ANGEL: vertió su copa sobre el Sol advirtiendo que le era dado abrasar a los hombres si la sétima no cumplía su sagrada misión...

"QUINTO ANGEL: este derramó su copa sobre la silla de la bestia, y su reino se hizo tenebroso esperando la luz vindicatoria de la sétima...

"SEXTO ANGEL: el sexto ángel derramó su

copa sobre el delta del Rímac donde está enclavada la Batería Espinar, y se secó el agua del Rímac a la espera del camino de los elegidos de la sétima.

“SETIMO ANGEL: y el sétimo angel derramó su copa por el aire y salió una gran voz del templo del cielo, del trono diciendo, id y hacedlo...”

“—Por lo tanto tú Anderson “Cara de Angel” irás a los de la sétima y de uno en uno colectarás sus trabajos para el gran banquete que llevaremos a cabo en el Comedor de Cadetes; y la mesa de la sétima estará bullente de piedras preciosas y de margaritas y el mantel será de lino fino y será de madera olorosa, y los vasos de marfil, oro y hierro y de mármol... Y habrá canela y olores y ungüentos; inscienso, vino y aceite; será un banquete de almas de hombres y se apartarán y pondrán lejos de nuestra mesa los semianalfabetos suboficiales y los capitanes publicanos, y echarán ceniza sobre sus cabezas diciendo: ¡ay ay ay qué somos así desolados por no hacer caso de estos que eran justos y haberlos ofendido! Y Oliveira, falso profeta que ha engañado incluso al Patriarca Coronel con el pacto de sus señales, será lanzado vivo dentro de un lago de fuego ardiendo en azufre...”

El día señalado fué un viernes. No podíamos ver los ángeles porque el cielo de La Perla estaba encapotado por Satán, que presentía su aherrojamiento de mil años. Así y todo Aspiázu mandó preparar a su casa los entremeses que eran dignos del chifazo de Baltazar. Rubín encargó el plato fuerte: Pavo relleno horneado. Arteaga se portó con los dulces, natillas, manjarblancos, manás, jaleas y confituras. Donayre y Samplini florecieron la mesa con corolas de jardines japoneses, Reátegui vino con una torta impresionante al brazo, Anderson había hecho bordar un mantel de lino. Mosquito hizo traer desde

su lejana alquería choclos frescos, quesos y chicha, Rubín asimismo transportó la vajilla de su casa. Pepe trajo mondadientes, aguamaniles y una caja de puros. Dragomar hizo venir a su padre transportando en su automóvil una sopera inconmensurable llena de humeante yantar. Filosóficamente, Garmendia adquirió dos docenas de coca-colas en "La Perlita", bar de cadetes, y al crédito...

Y no habrá más maldición;
sino que el trono de Dios y del Cordero
estarán sobre la séptima alumbrándolos
y la gracia será con ellos. Amén.

El batallón se prepara para el desfile hacia los comedores. El Brigadier General se desgañita: "¡Desfile a los comedores, pase la primera sección"... Los brigadieres de sección frenan a sus hombres hasta que les toque el turno en el tren famélico: "¡firmes!"... Cuando los de la séptima se detienen frente a la mesa ornada de lino y flores y fina vajilla, se extiende un rumor de estupefacta intriga. Suena un silbato y todos genuflexionan hasta que el popo tiente la "azana" del descanso primitivo. Pero Sforza intranquilo no cesa de gemir: "Cara de Angel , ve Cara de Angel" a la prevención y pregunta por mis paltas"... Sforza ha encargado unos soberbios aguacates aliñados, pero estos no vienen, es el manjar supremo...

Aleluya, aleluya a las paltas de Sforza
que hoy serán lanzados al azufre ígneo
los reyes y los ejércitos que manda la bestia
contra el Espíritu, aleluya, aleluya,
el Señor está con nosotros,
ánimo Sforza no temas a los filisteos
que ríen de tus trabajos, porque después
del banquete vendrá expiatorio un río,
un río de luz limpio y claro,

resplandeciente como cristal
que sale del trono de Dios y del Cordero...

¡trinnnn!... ¡trinnnn!... oía Sforza en el fono... Descuelgan y contestan... ¿Y las paltas? ¡El banquete ha comenzado! ¿Qué ya vienen?... ¡Suboficial de servicio, mándeme un "número" a avisar cuando lleguen mis paltas! El suboficial estira la jeta superior anonadado. Desarticuladamente, con el lápiz y las papeletas de castigo en las manos, están idiotizados los suboficiales en el comedor, no saben qué hacer. ¿Suspender el banquete? Los oficiales no se pronuncian. Se telefonea al Patriarca Coronel. Este responde ambigua y justamente. El banquete permanece. Los demás no comen por vernos comer. Sforza se devora las uñas... por fin aparece un "número" trayendo una bandeja argentada con las paltas. Aplausos. Hurras. Cánticos y consuelo. Todo era fino y limpio porque finas y limpias son las justificaciones de los santos.

Después del engullimiento, admonitorias y terribles, empiezan las imprecaciones rebeldes... Todo el batallón concurre, los suboficiales silbatean pero no se les hace caso. Sforza se encarama en la mesa e improvisa un discurso:

"—Desde hoy declárase en estado de sitio el Colegio Militar y la sétima toma el mando constituyéndose en Estado Mayor... (APLAUSOS).

"Me nombro a mí mismo Coronel Director, cadete Reátegui Cahua, Teniente Coronel Subdirector, Director de Estudios cadete Garmendia, los demás cargos recaerán según méritos... (APLAUSOS Y VIVAS).

"Está visto y probado que la justicia en el Perú es un látigo caprichoso cuya ira consume actos de violabilidad impunes, y como espinas entretejidas

la arbitrariedad y el vejamen cunden embriagando con la coca las sierras, con imposición complotada las costas y con promesas de sátrapa la zona selvícola...

“Que nosotros ordenaremos juicio contra los tiranos y serán pasados por las armas los criadores de langostas que devoran este país, cansado para levantarse contra los que lo aplastan y le arrebatan el agua de vida, porque aquí se padece sed de justicia por siglos y siglos, y esa porción maldita de explotadores, reyezuelos protegidos por la diplomacia imperialista... (RUGIDOS DE APROBACION). ¡será ajusticiada con fuego y horca!... (CLAMOR).

“Camaradas de la sétima a las armas, a defender lo que no ha sido defendido ni lo será nunca, porque ahora somos la canción de la libertad y debemos sumir en el sepulcro a esos viejos de potencia inícuca, para que no pase la salud de nuestro pueblo como nube errante, ni la calamidad se arraige cada vez más, ni se acreciente la costra de la inopia sobre las espaldas ofendidas de nuestro pueblo que esconde el rostro, porque hasta el semblante le ha sido negado... ¡a las armas!” (CORRE LA SETIMA A SUS ARMEROS CON TAL ALTERACION Y DELIRIO QUE LOS SUBOFICIALES ATERRADOS AVISAN A LA OFICIALIDAD LA CUAL ORDENA ENCERRAR EN SU CUADRA A LOS REBELDES. REUNIDO EL CONSEJO DE DISCIPLINA SE CASTIGA A LA SETIMA CON UN MES SIN SALIDA).

CAPITULO XXXI

LA LLEGADA DEL MINISTRO DE GUERRA

El corneta, depollándose del cascarón de la Prevención, embocó y trompeteó un anuncio ingrato a las orejas. No era diana ni fajina, ni llegada del Coronel, ni salida, ni rancho, ni silencio... ¡Había llegado el ministro de Guerra! Era sábado y los sábados siguen a los viernes con una fidelidad calendaria que sólo volviéndose dorado el caballo de Marco Aurelio podrá ser el revés. Bien. El viernes de la rebelión, la sétima se preparó para no asomar al mundo exterior, parlante y moviente, durante un mes. El hemisférico Coronel Capellán vino a consolarnos diciendo que abogaría ante el Coronel Director para que nos diesen una tregua, unas horas de paseo, que se nos permitiera ser visitados: "Estos galones que me ha dado la patria —nos manifestó con la seguridad seráfica de su doble papada— no están simplemente para entallarinar mis mangas, hablaré por vosotros". Dijimos muy humildemente que nohes. La sétima recibía el castigo y peor aún haría lo imposible para que éste se cumpliera en todo su rigor: Consignación, Incomunicación y privación de cine en el casino de cadetes por un mes. Peor aún, berreamos y rompimos taburetes, navajeamos pupitres, hicimos hielo a justos y pecadores... Pero, pero, pero hete aquí que se ordenaba formar al batallón... Los oficiales nos apretujaron sabiamente en el recinto que servía de salón de actos. El Coronel espada en mano escoltaba a un viejito amable de uniforme impecable y condecorado profusamente. Las sienes nevadas de canas. Nos quedó mirando paternalmente. ¡Jonnnnn! Rugió el mayor jefe de batallón. Un ruido terrígeno fué el eco de la posición ordenada. El viejito preguntó algo al Coronel. Detúvose frente a un cadete y formuló otra pregunta, luego se fué como quien ha cumplido una misión en el frente visitando un hospital de sangre.

¡SALIDA! fué el grito unánime. ¡SALIDA GENERAL!
¡AMNISTIA!... La costumbre castrense indica que
la visita del Ministro de Guerra es la venida del
buda encarnado. La sétima a pesar de sus protestas
fué obligada a forrarse en el uniforme de parada y
embarcada en los "Thortons" rumbo a los paraderos
de los vehículos interurbanos. ¡SALIDA! ¡Ja ja ja ja!
¡Quisimos dilatar nuestros propios padecimientos en
aras de una redención gratuita y he aquí que nos
echaban al placer y la disolución por la llegada de
un vejete galoneado! ¡Aborrezcamos las solemnida-
des de humana volición y digamos con Jonás: "la
salvación pertenece a Jehová y Jehová hizo que el
leviatán que escogimos por prisión nos vomitase en
tierra"!

CAPITULO XXXII

LA MUERTE DE PEPE

Mientras dábamos examen de admisión se volvió hacia mí.

—¿Dónde lleva acento Vercingetórix? —preguntóme con arriesgada naturalidad. No me conocía.

—¡Cállense! —aulló un teniente.

Era alto y hermoso. Con la espontaneidad de un niño o una mujer O gamo con algo de vegetal. No tenía sexo en realidad. Hay seres que vienen al mundo pero no se van de una manera definitiva. Dejan una especie de estela de alegría y tristeza. Cierta vez, vestidos de paisanos nos metimos en una cantina con un amigo de mi barrio que odiaba a los militares aunque nos admiraba. Se da el caso. Bebimos cerveza negra. Fué una tan brutal borrachera (la primera en nuestras vidas) que llegó hasta el cielo. La ciudad oscilaba y las luces se multiplicaban en fognazos hamacados por vaivenes febriles. Gritamos y cantamos dueños del mundo hasta que rodamos vergonzantemente por el césped del Parque Universitario... "qué horror, tan jovencitos y decentes"... una vieja de mil caras nos miraba. Su voz llegó hasta mí desde una distancia retumbante.

Pepe tenía una lesión en la retina y no pudo ser marino como yo no pude atrapar la "parusia" del amor a su tiempo, sazonado y terrible. Siguió la carrera diplomática y se dejó mostachos a lo Harold Laske. La frente se le amplió con calvicie prematura. Pero sus ojos siempre reían. Ojos de "sahib" agacelados y contentos de vivir esta mierda de vida. Nos encontramos accidentalmente en París. Pepe venía de Tokyo. Me dejó unos francos. Mucho se había quebrado entre nosotros. Mi alma era demasiado sexual para un mundo diplomático, recaudador, financiero y bélico. Supongo que Pepe no podía soportar mis emanaciones animales. Era más fino si se con-

sidera la finura como una debilidad en pro de la adaptabilidad a la realidad. Lo exterior para Pepe estaba unido a lo intrínseco. Como el misterio para mí era la entrada de lo exterior. No le importaba el trasfondo del mundo sino sus ardientes beneficios. Nos unió el amor por las cosas bellas y lejanas pero éramos completamente distintos biológica y anímicamente. En el internado militar nos hermanamos porque el gusto (simplemente el gusto) por una mujer, por Wagner, por un perfume de brea o por los horizontes amarantados unen pese a la grasa del fusil y la vulgaridad del roce castrense. Pobre Pepe: quería ser marino como un bonzo pirata (su padre fué marino y murió joven, fué como si quisiese revivir en la virilidad paterna desaparecida). Jamás —así lo creo— estableció una diferencia real entre los valores no establecidos. Todo fué como flores para él. Las mujeres, el mundo, la diplomacia... y se suicidó lentamente a raíz de esa lesión en el ojo... o en el alma. Rangal y toda la oficialidad se dirigían a él con deferencia, con tímida deferencia como quien habla con una gran dama. A mí, con miedo. Sin intimidad ni simpatía. Con admirada suspicacia. El mundo fué demasiado seco para Pepe. Un mundo de lucha al que yo estaba dispuesto a humedecer con mi sangre y la de los demás.

—Escríbeme desde París— me dijo cuando vino a mi guardilla de la Place de la Contrescarpe y me dió más dinero. Pepe sufría. Sabía también que yo sufría más que el resto, que él mismo, pero esperaba una compensación para Bruno Garmendia. Para él, el dulce deterioro fatalista. La muerte violenta. Fué precoz. Leía en el Colegio Militar a poetas que no estaban aún a mi alcance.

Cierta hora vespéral, con Stein, de paisanos tomábamos el té en las mesillas de un local de la Pla-

za San Martín. Pude ver que gozaba intensamente de la tarde estival y de las tostadas y de estar vestidos de paisanos. Habló de la India. De poetas. De Inglaterra. Del Mar. En rigor estábamos completamente borrachos de té y tostadas con mantequilla y del sol que fulguraba por el extraño edificio del cine "Colón". Stein sonreía beatíficamente. Luego pasamos a Judea, Siria, criticamos el Imperio Otomano, deploramos el éxodo de los armenios y la resistencia de este pueblo heróico en el Musa Dhag, nos enterneció hasta las lágrimas. Adoramos Egipto. Wagner pasó al olvido. Stein tarareó un lied de Schubert.

Los sábados frecuentábamos fiestas bailando sin cesar, ditirámicamente. Pepe escogía siempre a la más fea. El Coronel era de opinión que yo empezaba a corromper a mi compañero de banco. De toda la sétima sección fué quizá el único cuya alma pude atrapar con mi anzuelo y sacarla un poco de la grasa de fusil. Del optimismo pequeño-burgués, de los símbolos castrenses y civiles. Pero Pepe escogió la muerte como derrotero final para su alma mutilada. En Tokyo llevó una vida intensamente social. Pero cuando le preguntaba por el Japón no podía decirme nada concreto o mágico como antes, cuando limpiábamos los fusiles al caer la tarde, en el Colegio Militar. En Agen (Gascuña) recibí una postal de Pepe, fechada en Nueva Delhi donde estaba pasando vacaciones. En Madrid donde nos citamos una tarde para ver el Prado, me confesó que se sentía feliz en la India y que pensaba radicarse definitivamente en Nueva Delhi o Bombay. En Agen trabajé gibado escarbando la greda con pico y lampa hasta que reuniendo una paca de francos me fuí a Orleans. Es decir, quise detenerme en Orleans para cumplir un mes más de trabajo en los "chantiers de travail" y llegar a París con más dinero y sin calor, pero por un

inexplicable error en mi sistema de viajar gratis en los trenes me encontré en París sin saberlo. Entramos en barrios de usinas extensas y foscas era la "banlieu" interminable. Aún incrédulo le pregunté a un changador al descender empujado por la muchedumbre.

—“C'est París?”...

—“Oui monsieur, c'est París!”...

En Lima, Pepe me esperaba. Fué al Callao para aguardarme. También había ido a despedirme cuando me fuí a Europa. Vi su rostro resplandeciente entre la trigueñería macabra de changadores, policías de resguardo y gordiflones que esperaban pasajeros. Me llevó a un matrimonio donde conocí a Ethel, que sería mi mujer. Años después vino Pepe con una tarjeta de invitación para su boda. Casaba con una chica de sociedad. Se fueron a la India. Pepe fué nombrado Primer Secretario en Nueva Delhi.

La francachela duraba y los jóvenes diplomáticos diluían el tiempo en aquel país amenazador e ilimitado. La mujer de Pepe estaba encinta. Arrugó la frente, tersa de ordinario. Sentía agudas punzadas en el vientre dilatado.

—Vamos Pepe— suplicó tirándole de la manga—. Se hallaban a unos trescientos kilómetros de Nueva Delhi. Pepe asintió cariñosamente pero siguió brindando exaltado. Por fin se pusieron en marcha. Pepe era el que conocía mejor el camino. Los jóvenes diplomáticos se pasaban la voz, achispados, de automóvil a automóvil sobrepasándose peligrosamente. Pepe iba a la cabeza de la caravana a gran velocidad. El asfalto se extendía inacabable bajo un sol muriente, bhramánico. El crepúsculo empezó a coagular su chisporroteo lejano hasta aquietarse en gamas de rojo punzó. De Khol. “No corras tanto Pepe” le advirtió su mujer apretándose la barriga. Pepe tenía la mirada fija en el horizonte y reía de manera extra-

ña. Se acordaba del internado militar de la feroz galerna durante el viaje a Cuba. De cuando fuí tachado de la lista en favor del hijo del mariscal. Sintió la lesión en su ojo como un dedo burlón. Se vió en uniforme de marino riéndose de sí mismo. Luego con su chaqué de diplomático. "No corras tanto Pepe"... Se había hecho paracaidista. Buceaba a la pesca de animales tentaculares en profundidades riesgosas. Su mujer estaba encinta... ¿Vendría otro Pepe al mundo? Así: ¿sin una fe en algún dios o en algún sexo? "No corras tanto Pepe"... Bajo las ruedas la carretera se enrollaba vertiginosamente. Los diplomáticos entonaban melódicos sonos latinoamericanos. Al dar una curva apareció un camión enorme eclipsando al sol.

Para mi cumpleaños Pepe me había regalado una crema de afeitar mentolada. La sétima sección respetaba su belleza a lo Billy Budd. Su caballerosidad sin recursos. "¡París... París!" solía gritar Pepe ebrio de felicidad, como un grito de guerra. Los sábados bebía pisco y gritaba que era Dionisios. Los homosexuales lo perseguían. Yo no tenía una idea muy general ni particular sobre París, mas él lo conocía como si hubiese estado allí. Un tío tarambana se lo había descrito. "Usted llegará a algo, pero tenga cuidado con los demás" me enfatizó un día Stein torciendo un gesto enigmático. Se volvió hacia Pepe: "Le deseo mucha felicidad en su vida" dijo sonriendo con su extraña boca semita.

La madre de Pepe casó con otro y a Pepe lo educaron sus tías. Su aromosa inteligencia tal vez tuviera algo del encaje de las tías lo mismo que su ligero acento norteño. Su infancia transcurrió en Puerto Pizarro. Ahora pensaba en ese puerto tórrido, abandonado, como si guardase en las fauces de los perezosos lagartos, secretos de la naturaleza indominada. "No corras Pepe". En una ocasión, un cade-

te cetrino, musculoso, avieso, le propinó un mal golpe en el asombrado y bello rostro. Pepe me miró de soslayo. Yo me volví para que no se avergonzara. Pepe no servía para las peleas furtivas. Quizá un balazo, pero nada de puñadas corajudas. Una noche gritó y tuvieron que operarlo de apendicitis. Fuimos al hospital a visitarlo. En el hospital militar de San Bartolomé él ya había hallado motivo de alegría y anécdotas. Por azar yo también fui recluso atacado de malaria. Afiibrado salí al jardín seguido de Pepe que se apretaba la herida. Vimos un capellán ¡Cura! le grité. A Pepe tuvieron que reforzarle el vendaje. Moría de risa. Cuando nos graduamos alquilamos un taxi para ir a nuestras casas.

El se presentaría a la marina. Yo me interné en la Escuela de Oficiales de Chorrillos. El camión no desviaba su sentido de marcha. El impacto fué terrible. La India y sus cúpulas que él tanto amaba. Su mujer se partió las piernas. La criatura salvó. Fué una niña. La sangre de Pepe corría por el parbrisas trizado. La sétima sección entonaba rodeando el viejo piano "Pleyel", que yo chapaleaba con energía blandengue:

"VENDO PLACER,
A LOS HOMBRES QUE VIENEN DEL MAR,
Y SE MARCHAN AL AMANECER,
¿PARA QUE YO HE DE AMAR?"...

CAPITULO XXXIII

EL SARGENTO BIBLIOTECARIO

—¿Pero quién diablos ha pedido el libro?

—El cadete Sforza...

—¿Y qué le interesa al cadete Sforza las costumbres amorosas de los animales?

Sentado frente a su mesita el sargento bibliotecario sonrió. El profesor Carmona encendió su trigésimo cigarrillo de la mañana.

—Me debe usted el segundo tomo de la Enciclopedia de la Música...

Gustaba chorrearse en consideraciones que dejaban pito a las convicciones naturales. La nuez bailaba con la corbata. El sargento se irguió con crujido de polainas. Empezó a echar "Flit" en los anaqueles. Las moscas caían en el ajedrez de las baldosas. La luz plomiza echaba haces de profundo hastío sobre los lomos de los libros, proveniente de vitrales lechosos. Pataleó una mosca.

—¿Qué significa "sodomita"?...—: Alvarado chapó al tun tun una palabra de su barajado diccionario de bolsillo. La respuesta cabal excitó sus facciones liliputienses. Cada mañana venía a recaudarse con la etimología obsesa de su estúpido diccionario "BREVIS". Desde el "Guadalupe" venía hacia mí apresurado:

—Ahora sí te fregué... ¿qué significa "auto-didaxia"?

—La facultad de aprender solo.

Se iba cojudamente boquiabierto. Quitado de una constipada angustia de su confianza en el peligro.

—... "crin" ... "criptántero" ... "crisopacio" ... "churrulero" ... "chuzón" ...

—¿Sabe usted lo que me ha costado persuadir

al nuevo Coronel que no le forme consejo de disciplina y lo expulse?—...: La voz partía de un hombrecillo sinuoso, con verrugitas, gafas de carey y caspa. Era el Director de Estudios... ¿cómo se le ocurre escribir DEJENME VIVIR MI VIDA; en la prueba de trigonometría y pintar monos? Es una burla...—.

Habló del espíritu geométrico y su contraparte. Metodología. Otra mosca se debatía en las baldosas. Olía a insecticida. A las postres me despidió muy contento por adentro y muy agestado por sus bigotes. Bigotes mejicanos. Faz cetrina. ¡Pobres moscas— DEJENME VIVIR MI VIDA!... ¿Qué vida? Sable pertinaz de los diecisiete años que cree en la vida heroica. Sétima sección Rebelión. Sí. Rebelión de tersos parietales. DEJENME. ¿Déjenme qué? ¿VIVIR? ¿Vivir qué? ...MI VIDA! ... ¿Qué vida? ¡Atención a la lista! ¡Subordinación y constancia! ¡Viva el Perú! Y esas moscas de élitros paralizados, mirando agonizantes con sus polifacéticos ojos el último deslumbramiento de DEJENME VIVIR MI VIDA! Metodología. Silbato, a ponerse los buzos, las zapatillas... ¡un dos un dos un dos un dos!

El sargento bibliotecario fue licenciado y pasó a trabajar a las oficinas de estadística. De aprendiz de brujo en la biblioteca lo pasaron a practicante de alquimia en sicoestadigrafía. Allí lo encontré como jefe de la sección calificaciones cuando torné de Europa y daba lecciones de francés. Me tocó la tercera compañía. En el salón de la sétima mi banco lo ocupaba un cadete de mirada vaga y el de Pepe un largirucho cuya atención se concentraba animallescamente a las lecciones como si de ello dependiera su pronto fusilamiento. Mis memorias sobre las hambres y penurias que hube en París las pasó en limpio el sargento bibliotecario. No me acostumbraba a su blanca camisa sin jinetas. Aprendimos a tutearnos. Su sonrisa blanca, de esmalte de origen

provinciano hasta las encías, permaneció invariable. Hambre en París. Hospital de Val de Grace. Hospital Cochin. Balzac. (DEJENME VIVIR MI VIDA! ja... ja... ja...).

—¿Sabes que Sforza es rico?

—¿Y qué le interesa a Sforza las costumbres amorosas de los animales?

—¿Cómo?

—Nada. ¿Tiene plata?

—Creo que política y una poderosa editorial. (Costumbres amorosas de los animales?)...

—Muchos se han salido del ejército. ¿Oyes, tocan rancho de cadetes? ¿Vienes a almorzar?

—Me ha invitado el Coronel a su mesa. ¡Espera! Te invito yo al comedor de profesores... (Electrotécnico de "Oro y Plata"... "Los Patinadores"... "Poeta y Paisano" antes de las maniobras... al Patio de Honor lo habían almidonado con asfalto.)— En el comedor dos tenientes jóvenes se tiraban migas de pan. Se nos añadió el viejo profesor que había sido bibliotecario:

—¿Pero no va usted a la mesa del Coronel?—
tentó sentarse con nosotros, rozó los fundillos pero reflexionando se fué a la mesa del Coronel, me palmeó el hombro:

—Si no me equivoco me debe usted el...

—...segundo tomo de la Enciclopedia de la Música...

Ya no era el bibliotecario de voz de bajo cantante. Lo habían elevado a Director de Estudios. Encendió un cigarrillo, el trigésimo de la mañana sin duda...

—Vengan a mi oficina a charlar después del

almuerzo —añadió y se fué envuelto en la acre pestilencia del humo de su cigarrillo "Inca".

—¿Y Pepe?

—Está de segundo secretario en Tokyo. Vino a recibirme cuando atracó el "Reyna del Mar". Pero hace un mes que lo destacaron al Japón...

(Sonrisa. Anchurosa sonrisa de éxitos. "Triunfos. Dudosas pero fácilmente glorificables glorias. Sforza es rico. Pepe en Japón. Yo paso en limpio la novela de Garmendia".)...

—Hay que buscar un editor para tu novela...

—Que no frieguen.

—En "Mexía y Bacca" dicen que si das la mitad la publican.

Maté una mosca que zumbaba. Los tenientitos seguían tirándose bolillas migajosas. (América de cholos amarillentos, camisas arrugadas, sin orinarios públicos, América de Junín y Ayacucho, América de golilla, esta América india cholazambainjertá).

¡Oh mi novela ponderada en la cachazuda malicia que nace de la desesperanza esquizoide del clima subtropical atragantado por maquinaria IBM y la Standard Oil! El sargento bibliotecario leía y releía. Copiaba. Dictábale confundiendo su camisa blanca con la "polaca" de botones de cobre.

—Tengo guardada tu prueba de trigonometría...—. Quitó su oblonga cara sonriente del teclado de la "Remington"... No me acordaba. ¿Trigonometría?

Alvarado vino corriendo con sus piernecitas...

—"trigonometría"... "triptongo"... "triquinosis"... "trirrectángulo"... "trirreme"... (Me encogí de hombros. (Eso fue lo que quise diez años atrás. Clásico cadete eufórico, rebelde autócrata de

sus agallas inocentes.)

El sargento (camisa blanca) extrajo de un archivo un grueso folio doblado y me lo mostró. Reconocí mi garrapateo. El Director de Estudios había muerto. Impidió que me formaran consejo de disciplina. Impidió. Pero no pudo impedir su muerte. DEJENME . . . DEJENME CARAJO! . . . ¡Ahora sí! DEJENME VIVIR MI VIDA! . . . Ah, pero esas letras de caligrafía insolente estaban tan lejanas. . .

Pelea con el Coronel coronelito. (El viejo Coronel era ministro ministrito). También los sargentos se casan (camisa blanca, novia de blanco, parte matrimonial de blanco). Alto en su frac alquilado. (Había sonreído con fe acusatoria. . . "Tu novela" . . . ¿Qué novela? . . . Tannhauser. . . Stein. . .) Me largué de las altas torres del Colegio Militar. Me aposté esperando el viejo bus de latón y me tiré en la ancha cama de mi bordada casa. Agreste movimiento de la Octava. La banda de guerra descansó. Me quité el casco. La agusanada camionada de la caravana de los "Thortons" bramó rechinando en la pendiente. Sol hostia laminar efervescente mar Pacífico.

Un día de invierno vino a mi casa.

—Bruno— me dijo muy serio. Llevaba un correcto terno azul-gris—, tengo ahorros. Los he hecho pensando. . . pensando. . . Bueno no lo sabe mi mujer. . . y creo que yo mismo he evitado el repetirme el destino de mis economías. . . Bruno. . . vamos a editar "tu novela" . . .

Hice disimulos. . . ¿Plata familiar? ¿Yo héroe? ¿Macho y tierno sacrificio de un sargento cambiado a camisa blanca? Que venga a mí el destino biográfico. ¡Oh "clase" de transversales jinetas desposeídas, tu acto moral, teologal, orgánico y humilde reconforta como la enfermedad de una rotativa feérica!

—No te la vas a pasar mandando a la mierda

a todo el mundo... Te peleaste con el Coronel (Coronel coronelito)... ¿Te seguirás peleando con todo el mundo?

—Acuérdate de mi prueba de trigonometría. Guárdala siempre y muéstramela cuando sin resuello me falte el valor (nunca nunca) para la única intransitiva libertad de poder mandar a la mierda...

Apretón de manos. Anchurosa sonrisa. ¡Presentenn aaaaarmas!

CAPITULO XXXIV

VEINTE AÑOS DESPUES

Y en este estado de cosas, empujado por mis propios huesos hacia alegrías provenientes de estados químicos, me alejaba cada vez más de todo. Todo era una lejanía. Una calle. Una iglesia. Un amor. Atisbamientos. El mar. El espíritu del agua en el Colegio Militar. Un día Agustín de Hipona halló un niño que habiendo cavado un hoyo en la playa iba y venía a la orilla echando con una concha agua al oceano, infatigable en su tarea. Detúvose el docto teólogo sorprendido y le preguntó:

—¿Qué haces niño? ¿Tratas de hacer un pequeño lago para jugar?... Las arenas absorberán tu agua, te advierto, o la marea más tarde te impedirá jugar en las orillas...

—No— repuso el niño con seráfica calma—, estoy tratando de meter las aguas del mar en este hueco...

—Pero es imposible...

—Lo es también querer meter en tu inteligencia los misterios de Dios.

En pocos años he sido actor, viajero, neurótico, santo, fornicador, pintor, periodista repudiado, camarógrafo y burócrata.

—Ha sido usted nombrado ayudante quinto de la División de Sucesiones, etc. ...

Vinieron a mí, viejas llorosas por expedientes abandonados años y años y años. Amé una mujer que me amó y se quitó de mí. Soñaba entre vetustas "Underwood". Dormitaba en carpetas yertas. Por fin tenía mi barco del Tío Pedro.

El viejo cumplió su palabra, me embarcó en un bergantín bien apairado:
¡Oh gloria te he perseguido tanto,
mas tú corres a brazos de poetas falsos!

¡te amo así vejada y corroída, amarga gloria!
¿Te voy a obtener como a las que me aman
y consienten luego de mil lamentaciones
y miran los tesoros de mi alma a sus pies,
y se deslumbran en verdad aciaga,
gloria, todo está perdido, a qué huirme,
si te amo en mi velamen desplegado,
por mares distantes y solemnes,
escoltado por fantasmas tan lejanos?
Vamos a las azoradas pirámides,
donde nos esperan Aurelia,
la esfinge de cocotero, y mi baúl marchito,
vamos. ¡a la mar! ¡rizad el foque!
¡a sotavento, al imbornable abate el mar,
bajad a la sentina, su fleco de cabellera recortada,
oscura, marmórea, por la Iglesia de San Pedro,
proa y peto, se me infla la virilidad bajo las torres,
oh gloria, lanza puerto y luna,
bajel y estepa, ven eco fatal, deseoso viento;
¡ven amor y no olvides de traerme a mí contigo!

CAPITULO XXXV

EL HOMBRE DE LA CABEZA LADEADA

Sueños empecinados en incógnita profunda. Pavoroso el tema del infinito incomprendido. De la nada conteniendo la nada. Del vacío sostenedor del vacío. Universo de expansiones sin fronteras celestes. El hombre moderno no tenía otra cosa para explicarse el fenómeno de la existencia que una tautología de palabras ya gastadas. Fórmulas de físico-química. Ciencia aplicada. Cadillacas. Cohetes teledirigidos. Vehículos cósmicos. Pero incapaces de reproducir una hormiga, proeza baladí que sin fuerza ni empeño, de la nada las creaba Dios cada segundo, cada infinita fracción de segundo. Se había llegado al cultivo de genes. Al homúnculo. Al escrutar la antimateria.

Pero el infinito seguía patentizado y angustioso ¿Qué habitaba sinembargo el pecho del hombre, ese estrecho costillar, del que dimanaba una energía inexplicable?... ¿Qué hálito genial lo hacía testafarro de la fé, desafiador de la muerte y sus terrores?... ¿Cómo sacrificaba a millones de sus semejantes en guerras y al mismo tiempo propalaba el arte, abonaba de nuevo el campo para la paz, organizaba la filantropía hasta el último rincón de la tierra y a nombre de ideales absurdos pero vigentes?

El Hombre de la Cabeza Ladeada, sin respuestas, callejeando por Lima, trotaba por calzadas, por los parques, respirando apenas pero viviendo, por decisión, por capricho, por la omnitolerancia de un Dios tan lejano y vivo, tan aparente y desconocido...

Todos los días las potencias amenazaban destruirse unas a otras. Las asambleas no llegaban a nada. Había prisiones en las que se hacinaban aún hombres y mujeres que se vendían por poco o mucho. Magüer, el hombre había planeado llegar a la luna. No se había aniquilado la defectuosa Justicia. Era el hombre libre de surcar el cielo, empero su

alma permanecía aherrojada por una moral expedita y maliciosa, con el virus de la imaginación exacerbada por la publicidad, la prensa, la radio, la televisión y el sexo tallado como un diamante para controlar la animalidad gimiente y amordazada. ¿Qué podía importarle todo esto al hombrecillo de nuca envarada que un día de niño ví en la peluquería del nisei, frente al claustro agustiniano? ¡Oh, si pudiera departir con el espectro de Pepe, en París por ejemplo, o evocar nuestra ardiente juventud en los portales de la Plaza San Martín? Estrechar las manotas de Dragomar... barrenar tiernamente los recuerdos de Rangel, Kedensky, ir con la misma espiritual ansiedad a los conciertos, con el viejo Stein!

¡Si pudiera meter a todos en mi maleta y viajar, con mis plegados recuerdos por los dilatados mundos! ¡Asombrar a papá, a mamá! ¡Ja ja ja! ¡Sacudir la ultratumba con mi tarambana locura! Revivir esta vida en que mis células se habían desarrollado sin permiso de mi voluntad.

Me la pasaba horas mirándome en los espejos, tratando de comprender mi presencia en este mundo de ilusiones propensas a la inutilidad, acariciando mis rasuradas mejillas aún candorosas sabiendo que la inteligencia es limitada y que otras zonas del cerebro no nos pertenecen todavía. El hombrecillo de cabeza rígida, estaba muy viejo y muy raído, pero vigoroso zancajeaba por doquier. ¡Tanta juventud había caído en las trincheras del otro hemisferio! ¡Y aquí el Jinete de la Peste y la Miseria asolando países quiméricos fundados por un tuberculoso como Bolívar merced a la extravagante codicia de Pizarro!

Pero tú vas por allí, atraviesas una plazoleta bañada de luz ténue, te adentras por pasajes enlodados, con tu rictus impasible. El Hombre de la Cabeza Ladeada, continúa andando, andando, andando...

ELEGIAS A LA MUERTE DEL TENIENTE RANGAL

Te han llevado teniente a una época grisú,
la vida cuartelaria hiende,
está virtuosamente plana
y llena de evocaciones como guijarros.
Las altas torres del Colegio Militar
te extrañan, profundas, solemnes.

En el véspero azota el frío
y estás enhiesto, llegado de Bombay
o Benarés, mirándonos severo antes de la batalla:
¡Cómo recuerdo tu brin verde, tus botas,
que ahora yacen bajo un terco mausoleo,
cómo recuerdo tu blonda rizada cabellera
de sahib, yo y Pepe solíamos decir:
“Mañana ordenará el ataque de la brigada ligera”
e íbamos a dormir nutridos de esperanza.
El mar te extraña,
tu boca de obstinado rito,
presurosa al ver al comandante,
nunca hubo más risueña seriedad
teniente Rangal,
ni más alto Quijote de verde dril,
¡Y te mató el zarpazo de tu sangre!
¡Quién iba a pensarlo!
¿Pensamos acaso en la inmortalidad?
El rojizo pedregullo que aplastó tus botas
es ahora una serpiente de plata.

Los tiempos y las nubes cambian
ante la agorera mirada del tiempo,
el tiempo enemigo imbatible.
Pepe murió también,
dicen que cumpliendo una misión diplomática,
¡mentira! Fué un lanzazo,
una emboscada de adoradores de Kali,
de Roma al Himalaya me di un salto y supe;
¿para eso son los amigos, para morir?
¿para entretenerse entre recuerdos
esplendorosos y tristes?

Yo lo vi, fué un lanzazo,
¡y os vengaré!
Preferidos de los dioses los hermosos
caen rápido, dos cadetes y un teniente,
y el tiempo se me ha huído de las manos,
soledad, soledad, dos cadetes y un teniente,
longevo os recuerdo,
y una secreta amargura afila mi espada,
y es imborrable, tres figuras de brin verde,
las polainas, el tambor, la agreste melodía.
Recuerdo la gran parada ante el sultán,
teniente Rangal, los palanquines, las sedas,
los políticos, el pueblo, aplaudían,
lloraba mi madre, y mi fusil sangriento,
y tu voz teniente Rangal de viril ternura,
ululante, bélica, ay mi enguantada mano,
solitaria, tal como es la vida
un grito en las arenas.

En la flagrante libertad del verano
en las tardes quejumbrosas, bailábamos
vestidos de paisanos y poetas
antes de bajar a la oscura noche del deber,
en los armeros y literas,
y el furioso mar arremetedor.
Montabas guardia Rangal
bajo las estrellas ignotas.
Y en la noche de la muerte has hecho guardia:
Teniente Rangal,
¿Cómo son las estrellas,
tú que vas raudo al insondable misterio?...
El rojizo pedregullo permanece
en la memoria, hija dilecta de los sentimentales...
Las noches de cuartel ¿quién las recuerda?
¿Y las vísperas de una parada?
El alarido de la diana.

El virgen despertar de cien cadetes,
sigue soñando para nuevas vidas,

Elegias a la muerte del Teniente Rangal

bien que tu muerte es antigua,
de almirante, prócer o coracero,
despojado de tus jinetas,
la falta de ideales, época de usinas,
te saliste de las filas y moriste,
no estabas hecho para otras cosas;
como Pepe en la India, muerto de un lanzazo,
pero os vengaré, a la carga,
con mi yatagán en alto,
cercenaré los pólipos nefastos,
y sonreirás teniente Rangal levemente
como cuando estabas vivo,
aprobando desde tu inerte corazón.
el valor del peor de tus soldados.
Teniente Rangal, yo no quiero la vida como es,
a mí se me enseñó para la guerra.

He incendiado horizontes y cabalgado nubes,
de uno a otro mar,
sólo recuerdo botas y sangres
y flamíferas promesas,
¡A la carga! ¡Bayonetas!
fué un delirio de niños ancestrales,
¡Ah, veo tu sonrisa fruncida ante la historia!
¿Qué historia? ¿Quién nos engaña?
Nacidos para obedecer, inventando mundo,
murió también el profesor de geografía,
adiós, el puño de tu espada está en cien manos,
adiós, el puño de tu espada está en cien manos,
adiós, saluda a nuestros muertos,
florida tierra, cuna y sepulcro,
ten piedad de él.

CANTO A LOS DE LA SÉTIMA SECCION

Allí van los treinta por la estepa,
por el mar. ¡a la carga con denuedo!
Allí van los treinta, uno cae
este recoge el raído gallardete,
y los treinta son un hombre,
es la sétima que carga enfurecida
en tropel de oropel y armaduras
y caballos desbocados, sable en mano,
es la sétima que avanza irrefrenable:
¡Aquí la sétima!
¡Saltad prestos, aferráos de las bridas,
y el corneta que resople hasta el averno!
¡a la carga compañeros, aquí un herido,
y otro, ya los fosos van saltando, oh la sétima!
¡Un Josué que pare el sol por la victoria!
¡Os presto mi esqueleto, mi coraje,
un yelmo en la gramática olvidado,
el más pequeño, defendedlo! ¡bravos, arriba
el corazón, de la tercera compañía,
es la sétima, la de "los degenerados"
la que ganó el gallardete por honor de cuerpo!
Kublai Khan apresta sus cañones
y tira sobre ellos...
¡Oh la sétima, van cayendo los mejores
y sólo tienen lanzas y sables los tenientes.
pero llegan, llegan, inmortales,
por sobre las barricadas, bravos centauros,
hombres de la sétima, loor, vosotros,
atravesad el maligno pecho traicionero,
relevad el mando, otro jefe ha muerto!
Y en la estepa regada de cadáveres
vencedores y vencidos, se hace el silencio,
el silencio augusto, ¡es la sétima!
¡ha vencido y ha perdido hasta el último lancero,
es la sétima qué era un sólo hombre!

